DOC SAVAGE

por KENNETH ROBESON



EL MISTERIO EN LA NIEVE

El misterio en la nieve

Kenneth Robeson
Doc Savage/13

CAPÍTULO I

UNA VISITA MISTERIOSA

NUEVA York es una ciudad en la que numerosas personas se dedican a trabajos poco comunes. Así, por ejemplo, existen allí individuos que se ganan la vida recortando diarios con una tijera.

Dichas personas poseen agencias de recortes mediante el pago de una determinada suma, las empresas a que nos referimos proporcionan recortes sobre cualquier persona, de todas los diarios del mundo, siempre que, naturalmente, sea suficientemente importante como para que dichos diarios se ocupen de ella.

Pero las agencias de recortes no solamente proporcionan esos recortes referentes a la propia persona o comercio de quien los adquiere, sino que también los provee sobre cualquier otra.

Las personalidades que gustan poseer álbumes de recortes, referentes a su persona, son las que dieron origen a estas empresas, siendo aún en la actualidad sus principales clientes.

Pero esta circunstancia no excluye ciertamente a otros clientes, a quienes guían propósitos de menos vanidad, aún cuando quizá de mayor conveniencia.

Entre los clientes de esta última categoría podía contarse a Mahal.

Era éste un individuo de facciones bronceadas. Su cabeza tenía la forma de una almendra y poblaban su boca dientes muy blancos. Aseguraba ser oriental y quizá fuese sincero en esa afirmación.

También decía ser místico, pero ello, evidentemente, era mentira. No obstante, había ganado algún dinero con sus trucos de fakir.

La policía había pensado en repetidas ocasiones establecer una discreta vigilancia a cargo de un agente de investigaciones.

Desgraciadamente, esto no fue puesto en práctica, pues las autoridades van teniendo conocimiento de algunos hechos muy interesantes.

Mahal tuvo la precaución de elegir una agencia de recortes que no se preocupaba de los motivos que sus clientes pudiesen tener para contratar sus servicios.

AL penetrar en la agencia, el pseudo-fakir se dirigió al empleado:

—Soy Mahal —le dijo—. Ayer solicité telefónicamente una serie de recortes acerca de otra persona. ¿Ya están listos, sahib?

Mahal hablaba perfectamente el inglés, pero de tanto en tanto, empleaba alguna palabra aislada perteneciente al vocabulario de su lengua de origen.

Eso le daba mayor sello de oriental.

El empleado le entregó un sobre. Mahal mostróse un tanto sorprendido ante el número de recortes que contenía.

Pero, sin hacer ningún comentario, guardó el abultado sobre en el bolsillo exterior de su inmaculado abrigo, pagó el precio del servicio —que por cierto era muy reducido— y salió de la oficina.

La agencia de recortes se hallaba instalada en el 17 ° piso de una casa de escritorios, y Mahal tomó el ascensor para bajar.

En el interior del ascensor ocurrió una cosa extraña. En la cabina se hallaban numerosas personas y, entre ellas, un caballero anciano, de larga barba blanca, que vestía elegantemente y que se apoyaba en un bastón negro.

Era un hombre de aspecto bondadoso y apacible.

De pronto, el bastón del anciano resbaló sobre el piso del ascensor y el hombre cayó pesadamente sobre Mahal.

—Burha bakra —gritó el oriental, retribuyendo el empujón al anciano.

El respeto por los hombres de edad es, precisamente, una de las cualidades más arraigadas entre los orientales; pero Mahal no la poseía.

En su idioma acababa de calificar al anciano de “chivo viejo”. Hubiese querido decirle lo mismo en inglés, pero pensó que era mejor evitar cualquier incidencia, ya que el de la barba blanca seguramente no comprendería el idioma de los orientales.

Pero si hubiese sabido la verdad, sin duda habríase sorprendido

en alto grado, porque el anciano bondadoso de la barba blanca, con toda su apariencia inofensiva, tenía en aquellos momentos en su poder el sobre con los recortes.

Su aparente traspié habíale puesto en posesión de ese objeto, que sacó hábilmente del bolsillo de Mahal durante el encontrón.

El ascensor llegó a la planta baja y sus ocupantes salieron de su interior.

Mahal atravesó el vestíbulo y salió a la acera, mirando en derredor, como si buscase un automóvil de alquiler. Aún no habíase enterado de que le faltaba el sobre.

Por su parte, el anciano demostró gran agilidad, colocándose en contados segundos detrás de un puesto de venta de cigarrillos y periódicos, de forma que no pudiera ser visto desde el lugar en que se encontraba el oriental.

El sobre no estaba cerrado y el anciano lo abrió, sacando los recortes. Había una buena cantidad. El título de uno de ellos decía así:

“DOC SAVAGE DESTRUYE LA AMENAZA TIBETANA”

Otro recorte llevaba por título:

“EN UNA MISIÓN SECRETA DOC SAVAGE SE DIRIGE A ARABIA EN UN SUBMARINO”

La barba blanca se agitó cuando el lector pronunció una exclamación brusca, relacionada con aquella información.

Otro recorte poseía el siguiente titular:

“DOC SAVAGE, EL HOMBRE DE LOS MILAGROS, REVELA A LA MEDICINA UN NUEVO PROCEDIMIENTO DE CIRUGÍA”

La observación de aquellos tres recortes bastó para que el anciano comprendiese que todos ellos se relacionaban con la persona de Doc Savage.

Volvió, pues, a colocar el contenido dentro del sobre, dirigiéndose pausada y dificultosamente hacia la puerta de entrada de la casa de escritorios, apoyado siempre en su bastón.

En la puerta encontró a Mahal. Éste habíase percatado ya de su pérdida y se hallaba seriamente preocupado. Una expresión extraña apareció en sus ojos cuando vio el sobre en la mano del anciano.

—Chivo viejo —gritó, esta vez en inglés—. ¿De dónde ha sacado usted eso?

—Salió de su bolsillo en el ascensor, señor —contestó el

interpelado, con voz temblorosa. Esto era verdad.

Mahal se apoderó ávidamente del sobre y, sin una palabra de agradecimiento para quien acababa de restituírselo, se alejó rápidamente.

Un automóvil de alquiler se detuvo junto al bordón de la acera. Mahal ascendió a él y dio al conductor las señas de su sala de sesiones, en otra parte de la ciudad.

Aun cuando el oriental no reparó en el detalle, cabe decir aquí que el conductor de aquel automóvil de alquiler tenía algunas características poco corrientes. Sus manos eran de una robustez desusual.

La cara del conductor era alargada y en ella se observaba una expresión adusta y severa, como si en ese momento se dirigiese a un funeral. El individuo se hallaba profundamente arrellanado en su asiento, al parecer con el propósito de disimular su extraordinaria estatura y su peso, que no bajaba de 120 kilos. Si Mahal hubiese estado en aquel momento sobre aviso o si siquiera se hubiese dedicado a observar con algo más de atención algunos detalles, sin duda habría reparado en que el automóvil poseía un motor de extraordinaria potencia y una marcha mucho más suave que la de cualquier otro coche de alquiler.

Pero Mahal estaba abismado en sus pensamientos. Fumaba un cigarrillo perfumado, que dejó caer distraídamente sobre los almohadones del asiento, aún encendido, cuando llegaron a la casa cuyas señas diera previamente al conductor.

Mahal penetró en el edificio en que estaba instalada su oficina y sala de sesiones, sin dirigir siquiera una mirada hacia atrás.

Pero si hubiese mirado a sus espaldas, probablemente le habría llamado la atención la circunstancia de que el conductor pusiese nuevamente en marcha su vehículo, diese la vuelta a la esquina, lo estacionase, extinguiese el cigarrillo que su pasajero había dejado sobre los almohadones y abandonase sigilosamente el asiento de detrás del volante de dirección.

Y es que el individuo de las grandes manos tenía especial cuidado en que Mahal no viese sus movimientos.

En la casa en que había penetrado el oriental había una puerta metálica, junto a la acera, que daba a los sótanos del edificio.

El conductor del automóvil la abrió y se deslizó en el sótano. Al

parecer, había estado allí anteriormente ya, con alguna frecuencia, porque sin la menor vacilación se dirigió hasta un estante, sobre el cual se encontraban numerosos aparatos de extraño aspecto, tomó unos auriculares y se los colocó en la cabeza.

*****

Las habitaciones en que Mahal tenía instaladas su oficina y su sala de sesiones se encontraban en el tercer piso. La casa no tenía ascensor y era preciso emplear unas escaleras de madera, viejas, para llegar hasta aquel piso.

Todo era tan viejo allí, que las escaleras rechinaban al posar el pie en ellas y se recibía la impresión de que hasta debía haber ratas.

El establecimiento del místico estaba compuesto por dos habitaciones. Una poseía ventanas. En cuanto a la habitación interior, en la que el oriental llevaba a cabo sus ritos místicos, sacando algunos dólares a los clientes crédulos, si ello era humanamente posible, estaba permanentemente a oscuras.

Las actividades de Mahal eran de una naturaleza tal, que no florecían con la luz. El santuario de las experiencias del fakir estaba cubierto de gruesos cortinajes, los que, de haber podido ser observados a plena luz del día, habrían revelado a los clientes su escasa calidad. Había en aquella habitación varios almohadones, cortinajes, una tarima y la infaltable bola de cristal, que brillaba merced a la luz que sobre ella proyectaba una pequeña lámpara inteligentemente disimulada.

AL penetrar en su santuario, Mahal escuchó una voz que le decía con tono autoritario:

—No encienda la luz, amigo mío.

Las palabras llegaban hasta él desde un lugar situado detrás de la tarima.

Aun cuando los ojos de Mahal se iban acostumbrando a la oscuridad, no pudo distinguir el rostro del que hablaba.

Se encontraba éste detrás de una cortina y la voz se notaba que era fingida.

Mahal sabía quién hablaba, aun cuando solamente conocía al personaje por su nombre.

Jamás había podido verle la cara. Todas sus relaciones con aquel individuo habían sido, hasta entonces, por teléfono, o bien se había tratado de entrevistas en las que el otro se había cuidado de

permanecer alejado de la luz.

Por otra parte, la voz de falsete del misterioso individuo constituía un disfraz tan perfecto, que Mahal ni siquiera tenía la seguridad de sí se trataba de un hombre o no.

El misterioso personaje empleaba el nombre de Stroam.

—Se rodea usted de precauciones innecesarias, Stroam —sugirió Mahal.

—Es posible —respondió el otro— pero creo que es mejor que guarde el incógnito. ¿Qué informes ha logrado usted hoy acerca de Doc Savage, amigo mío?

Mahal parecía gozar de bastante confianza por parte del misterioso individuo, a quien no había visto nunca. Hasta cierto punto sabía de lo que se trataba, pero quería tener sobre el particular un informe más amplio.

—¿Cree usted que Ben Lane puede estar persiguiéndole aquí en Nueva York? —inquirió, a su vez, sin contestar la pregunta de Stroam.

—Ben Lane está en el Canadá —replicó el otro con una voz chillona, que permitía reconocer la impaciencia que le dominaba.

—¿Entonces, por qué tiene usted miedo?

—No se trata aquí de una cuestión de temor —respondió el otro severamente—. Es simplemente una medida de precaución. Ben Lane es un hombre inteligente, puede haber estado vigilándome.

Mahal era un actor consumado. En aquel instante se sentó junto al globo de cristal y en sus ojos había una expresión, como si estuviese en comunicación con un mundo superior.

En realidad, estaba tratando de averiguar astutamente algunas cosas más del misterioso personaje. Esperaba estar en condiciones de emplear en beneficio propio cualquier información que pudiese obtener.

—¿Pero dónde hubiese podido colocar Ben Lane a la gente, destinada a vigilarle? —preguntó.

—He tenido un incidente con Ben Lane —replicó Stroam—. Esto ocurrió en la parte más septentrional del Canadá. Pero acerca de todo ello ya le he hablado a usted. Ahora quiero deshacerme de Ben Lane y en ello no debe haber interferencias desde fuera.

—¿Quiere evitar también que Doc Savage pueda interesarse por el asunto, sahib?

—Doc Savage no deberá escuchar una palabra acerca de Ben Lane —gritó Stroam con su voz chillona—. Y yo estoy aquí para evitarlo.

*****

El hecho de que Stroam se encontrase en Nueva York para evitar que Doc Savage corriese en auxilio de Ben Lane era conocido por Mahal.

Pero había muchas otras cosas, que Mahal ignoraba. En consecuencia, prosiguió sus tentativas, tendientes a lograr una información más completa.

—¿Cree usted que Ben Lane puede haberle hecho seguir por alguien? —preguntó.

—Lane no es ningún tonto —chilló Stroam—. Pero ahora pasemos a la información que haya usted podido reunir acerca de Doc Savage...

—¿Quién es usted realmente? —interrumpió Mahal—. Me agrada saber algunas cosas acerca de las personas para quienes trabajo.

—No se preocupe demasiado por ello, amigo mío. Sepa solamente que yo soy poderoso y misterioso. Tengo conocimiento de algunos hechos ocultos y sé algunas cosas que los simples mortales ignoran.

—AL escuchar esas palabras, cualquiera diría que usted también ha venido de Oriente, como yo.

—He estudiado durante algún tiempo en Oriente. Pero no me ocupo de actividades de vulgar fakir. Se trata de un asunto más grande. Yo soy el director de una de las organizaciones industriales más grandes de Europa y Asia.

—¿Y Ben Lane posee algo que usted necesita? —se aventuró a preguntar Mahal.

—Es algo que yo necesito obtener, pues, en caso contrario, se arruinará mi organización.

—¿Qué es?

—La nariz le está creciendo demasiado, amigo mío.

Mahal hizo como si no hubiese escuchado esta advertencia, que le recomendaba ser menos curioso.

—Seria una gran ayuda para mí —dijo si usted pudiese...

—No. Sus servicios han sido contratados únicamente para que

usted me proporcione, acerca de Doc Savage, informaciones que me permitan combatirle mejor. ¿Qué ha logrado usted saber hoy?

—Si usted quisiera decirme...

—No me formule más preguntas, idiota. ¿Qué ha sabido de Doc Savage?

Mahal quiso suspirar, desilusionado; pero se contuvo.

—Su declaración en el sentido de que es usted poderoso me trae a la memoria a Doc Savage —gruñó.

—Exprese su pensamiento con mayor claridad.

—No tengo inconveniente en ello. Por lo que he podido averiguar, haciendo preguntas, Doc Savage ha desarrollado su inteligencia en forma extraordinaria, al punto de que, actualmente, posee uno de los cerebros más privilegiados de cuantos existen en el mundo. He podido averiguar, Stroam, que Doc Savage es un verdadero mago mental. También he podido saber que tiene una fuerza increíble. Finalmente, no me cabe la menor duda de que todas esas manifestaciones son exactas, después de haberle visto.

—¿Ha visto usted a Doc Savage?

—Sí, señor, le he estado siguiendo y observando.

—Eso ha sido una imprudencia.

—Usted menosprecia mis condiciones. No existe la menor posibilidad de que Doc Savage comprendiese que le estaba siguiendo.

Stroam, detrás de la cortina, permaneció en silenció durante algunos segundos, cual si no estuviese convencido de lo que le decían.

—¿Ha traído usted los recortes de diarios, Mahal?

—Sí, señor; aquí están.

Mahal sacó el sobre con recortes del bolsillo y se lo alcanzó al que estaba detrás de la cortina. Apareció una pequeña luz, pero ésta no iluminó las facciones de Stroam, con gran disgusto de Mahal. Stroam comenzó a revisar los recortes.

—Esos idiotas de los diarios parecen creer que Doc Savage es un hombre milagroso —comentó desde detrás de la cortina.

—Savage es realmente, un individuo extraordinario —manifestó Mahal.

—¿Cuál es su profesión?

—Castigar a todos los malhechores del mundo.

—¿Qué?

Esta expresión de Stroam reveló todo el asombro que le embargaba.

—Sé que la cosa suena extraña, pero es verdad —gruñó Mahal—. Ese individuo se pasa el tiempo ayudando a los que le necesitan, y castigando a los malhechores, de acuerdo con su criterio.

Esta información pareció no agradar mucho a Stroam. Desde detrás de la cortina salieron exclamaciones de disgusto.

—Si usted es lo que Doc Savage considera un malhechor, va a tener un mal enemigo en el Hombre de Bronce —declaró Mahal—. Ese hombre se asemeja a un gigante de bronce y, la verdad, pocas veces habrá visto usted músculos como los suyos.

Stroam estudió el contenido del sobre.

—Aquí hay un recorte que asegura que Doc Savage tiene una misteriosa fuente de inmensa riqueza.

—Así debe ser. Ha construido hospitales gratuitos, que cuestan millones de dólares y siempre parece tener dinero en abundancia.

—Eso es un inconveniente. Ben Lane puede necesitar la ayuda financiera de Doc Savage, a la vez que requiera su cooperación para combatirme.

—Savage es un mal cliente —argumentó Mahal.

—A mí me agradan los enemigos de valer.

Mientras Stroam proseguía su lectura, solamente se escuchaba el ruido del papel y, de tanto en tanto, el sonido de la bocina de algún automóvil en la calle.

Finalmente, el misterioso individuo preguntó, con un tono algo inseguro en la voz:

—¿Está usted seguro de que Doc Savage no tuvo conocimiento de que usted le observaba?

—Segurísimo —insistió Mahal.

—Está bien. Porque no quiero que ese individuo se ponga en guardia.

Mahal descubrió una intención encubierta en esas palabras.

—¿Qué quiere decir usted? —inquirió.

—Ya he tomado algunas medidas para librarme de ese Doc Savage.

—¿Pero cómo supo usted dónde estaba?

—Por sus anteriores informes, amigo mío.

Mahal tembló ligeramente.

—Cuento con la discreción de usted, sahib —dijo—. ¿Cuáles son esas medidas que ha tomado usted?

—Eso —declaró Stroam severamente—, sólo me interesa a mí.

CAPÍTULO II

EL HOMBRE DE BRONCE

MAHAL hubiese estado un poco menos seguro de sí mismo, si en aquel momento se hubiera encontrado en un determinado lugar del puerto que bordeaba las aguas del Río Hudson.

En efecto, lo que ocurría allí en aquel instante, forzosamente habría sorprendido al astuto fakir.

En esa parte del muelle se levantaban numerosos depósitos y almacenes, formando una ininterrumpida fila los vapores de pasajeros y de carga, de los cuales algunos parecían estar fuera de servicio.

Entre esos almacenes se destacaba, por su tamaño, aun cuando no por su actividad, que era nula, uno que llevaba un gran letrero con la leyenda "Hidalgo Trading Company".

El muelle sobre el cual se encontraba el depósito era de construcción algo extraña, porque las paredes del almacén llegaban hasta el agua. Dichas paredes eran de cemento armado y, a pesar de su poca vistosidad, se notaba en ellas que poseían una extraordinaria solidez.

Si cualquier persona hubiese tenido la oportunidad de medir el espesor de esas paredes, habría podido observar que era de cerca de un metro y que estaba provisto de un enrejado de gruesos barrotes de acero.

Y es que se trataba de una construcción a prueba de bombas. El almacén no poseía ventanas. El techo, aunque de aspecto inocente, era tan fuerte como las paredes.

El almacén de la "Hidalgo Trading Company" tenía todas las características de una gigantesca bóveda.

Un automóvil de dos asientos se acercó al almacén, deteniéndose

delante de sus grandes puertas de acero. Aun cuando su conductor no detuvo la marcha del motor, éste no hacía el menor ruido.

El que guiaba el vehículo era el venerable anciano de barba blanca, que quitó a Mahal por un momento el sobre de recortes. Al parecer, la llegada de aquel hombre estaba prevista por los ocupantes del almacén, pues las puertas de acero se abrieron para dar paso al vehículo, cerrándose nuevamente después de haber entrado.

El interior del almacén presentaba un espectáculo singular. En él había, por lo menos, una docena de aviones, hallándose representados varios tipos, desde el gigantesco trimotor rápido, capaz de llevar 20 pasajeros a una velocidad de 500 kilómetros por hora, hasta algunos verdaderos helicópteros o autogiros, que estaban en condiciones de elevarse verticalmente.

En su diseño, cada uno de esos aviones mostraba la obra de un verdadero maestro, cuya habilidad como ingeniero aeronáutico se aproximaba a la magia.

El hombre de la barba blanca se apeó del automóvil, llevando su bastón negro en la mano. Fue saludado con una estrepitosa carcajada, a la vez que se escuchaba una voz burlona, que decía:

—¡Qué simpática figura de abuelo!

El de la barba blanca giró sobre sus talones, con una expresión de disgusto en sus facciones.

El autor de la carcajada y de la expresión irónica, al parecer, había sido el encargado de abrir y cerrar la puerta del hangar.

Su aspecto era sorprendente. Quien le viese en una calle un poco oscura, le habría tomado por un mono de 120 kilos de peso.

Aquel individuo tenía todas las características de un simio. Su boca era desproporcionada. Sus manos le colgaban hasta debajo de las rodillas y estaban cubiertas de un vello rubio muy tupido.

Era este personaje Andrew Blodgett Mayfair. Pero pocas veces se le llamaba por ese nombre.

Sus compañeros le llamaban “Monk”. Se contaba entre los tres o cuatro químicos de mayor prestigio en todo el mundo.

EL hombre de la barba blanca blandió su bastón con gesto iracundo, pudiendo verse que se trataba de un bastón-estoque provisto de una delgada hoja de acero.

—Uno de estos días voy a afeitarte ese pelo del cuerpo y llenar

con él un colchón —pronosticó fieramente.

Monk soltó una nueva carcajada.

—Eres un sujeto ciertamente pintoresco —declaró.

El otro se quitó la barba de un tirón. Era postiza. Sus verdaderas facciones quedaron al descubierto.

El rostro de aquel hombre era alargado y de líneas severas. Su fisonomía distaba mucho de ser la de un anciano.

Era el Brigadier General Theodore Marley “Ham” Brooks. En la Universidad de Harvard consideraban que Ham era uno de los abogados más astutos, graduados en aquel Instituto.

Con un gesto de desagrado, Ham tiró la barba blanca dentro del automóvil.

—Será mejor que hagas testamento —dijo.

—¿Por qué? —inquirió Monk.

—Porque, si sigues burlándote de mí, morirás repentinamente de muerte violenta —prometió Ham.

Monk comenzó a reír nuevamente. Ham le miró con enojo y después preguntó:

—¿Dónde está Doc?

—En el otro extremo, instalando un dispositivo nuevo en el avión grande —declaró Monk, sin dejar de reír.

Ham se alejó. A juzgar por la expresión de su rostro, evidentemente habría sentido un placer excepcional en matar a Monk.

Siempre era así. Cuando ambos estaban juntos, la efusión de sangre parecía ser inevitable.

En realidad, cada uno de ellos había arriesgado la vida en mil oportunidades por el otro. Su interminable disputa era amable, no obstante su aparente violencia.

Monk echó a andar en pos de Ham. A cada movimiento que hacía, dibujábanse sus músculos, como cables de acero, bajo su blusa. Monk era poseedor de una fuerza física extraordinaria.

Para demostrarla, solía tomar las monedas de plata de un dólar entre el pulgar y el índice de una mano y doblarlas como si fuesen de cartón.

En aquel momento, alguien golpeó a la puerta:

—¿Quién puede ser? —inquirió Monk—. Desde luego no es nadie de nuestros compañeros, porque todos ellos conocen el botón

secreto que permite abrir la puerta del exterior.

Nuevamente se escuchó la llamada.

—Parece estar impaciente —manifestó Ham, dirigiéndose hacia la puerta con el bastón-estoque debajo del brazo.

Monk le siguió a corta distancia. En el frente del almacén se hallaba instalado un periscopio que permitía, a los que estaban en su interior, observar lo que ocurría delante del edificio sin ser vistos desde allí.

Un camión habíase detenido delante del almacén y descendido de él varios individuos, que se hallaban junto a la puerta.

Eran individuos bronceados y llevaban trajes de mecánico. Monk contó seis hombres.

Al mismo tiempo, tanto él como Ham repararon en que el camión llevaba el nombre de una conocida fábrica de motores para aviación.

—Doc debe haber pedido algo que nosotros ignoramos —dijo Monk, mientras descorría el pasador que mantenía cerrada la puerta.

—¿Es éste el almacén de Doc Savage? —preguntó uno de los hombres que estaban delante de la puerta—. Nos han dado estas señas… —el hombre sacó del bolsillo unos papeles—. Hemos traído un motor para el señor Savage. ¿Quiere usted firmar aquí?

Monk extendió la mano para tomar el documento. Era, de ordinario, un hombre muy listo y difícil de sorprender; pero la cosa tenía todas las características de una transacción comercial muy común y le cogió completamente desprevenido.

Los documentos repentinamente desaparecieron de sus manos. Ellos habían servido únicamente para ocultar un revólver de pequeño calibre.

El cañón del arma estaba dirigido contra el cuerpo enorme de Monk. —

¡Arriba las manos! —ordenó.

Monk vaciló un momento, meneando el cuerpo en uno y otro sentido, como si fuese un verdadero gorila, indeciso acerca de la actitud que debía asumir.

Por fin triunfó en él sano criterio y levantó los brazos.

Los demás individuos también habían sacado sus revólveres y amenazaban con ellos a Ham. El abogado también levantó los

brazos.

En realidad, no podía obrar de otra forma, pero el astuto letrado siguió conservando en la mano su bastón-estoque.

Los sujetos penetraron en el hangar. Era un conjunto muy poco tranquilizador, a juzgar por la expresión de sus rostros.

—Ese asunto del motor estuvo bien, ¿verdad? —preguntó uno de ellos.

Monk y Ham conocían bien los distintos acentos y, al oír la observación de aquel individuo, comprendieron que se trataba de un sujeto mestizo, de origen francés, natural —sin duda— del Norte del Canadá.

Los otros parecían ser de la misma nacionalidad.

—¿Espera usted un elogio? —preguntó Monk con un gruñido.

—No, venimos en busca de Doc Savage —contestó uno de los individuos—. ¿Sabe usted dónde se encuentra?

—No lo sé.

En ese momento, escuchóse un extraño silbido. Los individuos miraron en derredor, como queriendo averiguar la procedencia de aquel ruido, de naturaleza difícil de describir, que recorría toda la escala musical sin detenerse en ninguna nota.

Tanto podía haber sido producido por un pájaro exótico de la selva, como por el viento, al pasar por entre los árboles de un bosque.

Pero lo que, seguramente, sorprendió en más alto grado a aquellos hombres fue que se trataba de un sonido que, a la vez que fantástico, parecía llenar todo el hangar, sin que ningún lugar determinado pudiese ser calificado de fuente productora del mismo.

Monk y Ham cambiaron una mirada de inteligencia. Indudablemente, aquel ruido tenía para ellos un significado que conocían perfectamente.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó el que sostenía el revólver.

Ni Monk ni Ham contestaron. En cambio, sus pechos se ensancharon al respirar aliviados. Monk se movió ligeramente y Ham hizo lo mismo.

—Quietos, señores —se les ordenó secamente.

Evidentemente, aquellos hombres les vigilaban de cerca y eso era, precisamente, lo que Monk y Ham querían, para evitar que pudiesen dirigir la mirada hacia arriba.

El techo del almacén estaba sostenido por gruesas vigas de acero, que formaban sólidas cabriadas.

Y, a través de ellas, se acercaba en aquellos momentos una impresionante figura.

En un lugar, las vigas dejaban entre sí una distancia considerable, pero el Hombre de Bronce la salvó de un salto, revelando a un mismo tiempo una extraordinaria agilidad y fuerza.

Los tendones del cuerpo se asemejaban a cuerdas de plano bronceadas. No haciendo el menor ruido al desplazarse, Doc Savage llegó hasta un lugar situado encima de aquel que ocupaban los asaltantes.

Y allí se agachó como un gato gigantesco. EL bronce de sus cabellos era apenas un poco más oscuro que el de su piel, asemejándose a un casco metálico.

Había, además, en Doc Savage muchas características que llamaban la atención. Así, por ejemplo, sus ojos tenían una expresión extraña.

Parecían de oro, finamente pulverizado, que estuviese sometido a la acción constante de una corriente de aire, que le imprimía un movimiento de remolino.

De pronto, el gigante saltó hacia el suelo. Aterrizó junto al que apuntaba a Monk. Y, simultáneamente, sus puños entraron en acción.

El que recibió el primer golpe no profirió tan siquiera un grito. Cayó al suelo, con los ojos vidriosos, cual si hubiese sido alcanzado por un rayo.

Pero antes aún de que cayese al suelo, otros dos individuos del grupo fueron puestos igualmente fuera de combate. Manos de bronce, que tenían una fuerza extraordinaria, se habían apoderado de ellos.

Simultáneamente, entraron en acción también Monk y Ham. Ambos habían concentrado sobre sí la atención de los asaltantes, para permitir a Doc Savage atacarles por sorpresa.

Esperaban, además, un ataque análogo del Hombre de Bronce, por cuanto conocían el grito característico de éste. Era una exclamación que formaba parte de su personalidad y que profería citando tenía el propósito de hacer alguna cosa extraordinaria o bien cuando reconocía un gran peligro.

Mientras Monk levantaba a uno de los sujetos y, utilizándolo como protección, se lanzaba contra los demás, Ham desenvainó el estoque, contenido en el interior de su bastón.

La afilada hoja comenzó a tender en el suelo a un individuo después del otro. Todos ellos parecían quedar dormidos, porque en la punta de la hoja había una droga que producía un desmayo momentáneo.

El último de los asaltantes tuvo tiempo de dirigir su revólver contra Ham.

Pero no logró hacer salir el tiro, porque, aunque amartilló el gatillo, Doc Savage puso una mano sobre el arma, sosteniendo el percutor antes de que alcanzase el pistón de la bala.

Al mismo tiempo, con la otra mano, el Hombre de Bronce aplicó un golpe que no parecía fuerte a juzgar por el esfuerzo que exigió del gigante de bronce, pero que privó al otro inmediatamente del conocimiento, dejándolo “knock out”.Y con eso terminó el asunto.

CAPÍTULO III

ÓRDENES RADIOTELEFÓNICAS

MOVIÉNDOSE rápidamente, el Hombre de Bronce desarmó, en un santiamén, a todos los asaltantes. Salieron de sus bolsillos numerosas balas y, en total, se reunieron tres revólveres, que los bandidos tenían en su poder.

Pero entre los objetos que merecieron especial atención por parte de Doc Savage y sus compañeros, se encontraban varios horarios y billetes de tren.

Por ellos comprobó el Hombre de Bronce que aquella gente había venido, poco antes, de las regiones más septentrionales del Canadá.

Una de los sujetos, aún mareado, miró a Doc Savage, mientras se llevaba una mano a los ojos, cual si quisiese convencerse de que estaba despierto.

—¿Quién es usted? —preguntó.

Doc Savage no se molestó siquiera en contestar, sino que empujó a los cautivos hasta un rincón del almacén. Y entonces se produjo un fenómeno extraño.

Cada vez que el Hombre de Bronce se acercaba a uno de los prisioneros parecía aumentar su estatura. Esto se debía a que, aun cuando era realmente un gigante por su estatura, sus músculos y tendones poseían un grado de desarrollo tal que sus proporciones eran enteramente simétricas.

Como consecuencia de ello, desde alguna distancia parecía no ser de mayor estatura que cualquier otra persona. Los prisioneros le miraron como si estuviesen bajo el efecto de una pesadilla.

Monk, divertido por el terror de aquellos individuos, reía con todas sus ganas.

—¿Saben ustedes quién es ese hombre? —preguntó.

—No —respondió uno de ellos.

—Es Doc Savage, el hombre a quien ustedes vinieron a buscar.

Por su parte, el Hombre de Bronce pasó revista a aquellos individuos.

—¿Para qué me querían ustedes? —preguntó.

La voz de Doc Savage poseía una extraña cualidad en su tono. A pesar de no hablar en voz muy alta, ni de poner mayor énfasis en sus palabras, aquella voz llevaba al ánimo de quien la escuchaba una impresión de potencia contenida.

—No —murmuró uno, mintiendo—, no hemos venido a buscarle a usted.

—He escuchado perfectamente las palabras de ustedes —le replicó el Hombre de Bronce,— aun cuando no estaba visible. Por eso sé que preguntaron por mí.

Nuevamente se le contestó:

—No.

Doc Savage volvióse al abogado Ham.

—¿Qué has podido averiguar hoy? —inquirió.

Ham guardó nuevamente su estoque.

—Lo único que he podido averiguar es que ese individuo Mahal está recogiendo informes acerca de ti, Doc.

Doc Savage no hizo ningún comentario. En sus facciones no se produjo ningún cambio. Ham prosiguió:

—Mahal se dirigió a una agencia de recortes de periódicos y retiró un sobre de recortes. Yo logré sacárselo del bolsillo, inspeccioné el contenido y volví a entregarle el sobre. Todos los recortes se referían a ti, Doc.

—Este es el quinto día que ese individuo anda husmeando —declaró Doc Savage.

Si Mahal hubiera escuchado aquellas palabras, sin duda se habría sorprendido un tanto, porque, en efecto, hacía cinco días exactamente que había estado vigilando a Doc Savage, convencido de que en ningún momento había sido observado por éste.

Pero Mahal no era el primer hombre que se equivocaba en ese sentido.

Otros cometieron idéntico error en el pasado. Habían subestimado el poder de Doc Savage, como observador, y su

habilidad.

Pocas eran las cosas que se escapaban a su mirada de águila.

No había transcurrido ni una hora desde que Mahal se pusiera a observar al Hombre de Bronce sin que éste se diese cuenta de ello.

—¿Saben ustedes por qué el tal Mahal está recogiendo datos acerca de mi persona y actividades? —inquirió Doc Savage.

—No —contestó Ham;— pero probablemente no será por motivos muy agradables para ti. Yo me he dedicado a estudiar la personalidad del tal Mahal, llegando a la conclusión de que es un individuo tenebroso, un místico falso. Es bien conocido el juego de esas gentes. Se dedican a pescar a algún crédulo y le convences para que haga alguna donación a los espíritus a fin de obtener buena suerte. Después, ellos se quedan tranquilamente con la donación.

—¿Le sigue todavía la pista Renny? —preguntó Doc. Ham asintió.

—Seguramente —dijo—. Mahal subió a un automóvil de alquiler, que conducía Renny. Llegué a tiempo para ver las grandes manos de Renny cuando el vehículo se alejaba del edificio en que está instalada la agencia de recortes.

AL parecer, Doc Savage no había vigilado a los prisioneros durante esta conversación.

Sin embargo, sus siguientes palabras revelaron que los había estudiado atentamente.

—Esos sujetos tienen alguna relación con el asunto Mahal —dijo.

Ham no pudo menos de expresar su asombro.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió.

—Porque todos ellos mostraron suma inquietud cuando oyeron mencionar su nombre.

Doc Savage tenía numerosos enemigos. Por la propia naturaleza del extraño propósito al cual había dedicado su vida, no podía ser de otra manera.

Cualquier individuo que estuviese al margen de la Ley, aun cuando viviese en el rincón más apartado del mundo, era un enemigo.

Porque Doc Savage no vacilaba en dirigirse incluso hasta el fin del mundo, con tal de castigar a los delincuentes, corregir errores y ayudar a los que se hallaban en apuros.

Doc Savage poseía cinco socios, que eran cinco hombres que le ayudaban incondicionalmente en todas sus tareas. Cada uno de ellos era un maestro en su profesión.

EL primero era Monk, un químico de prestigio; el segundo, Ham, a quien podía calificarse de eximio abogado, al punto que, probablemente, era el profesional más aventajado, salido de la tan famosa Universidad de Harvard; el tercero era Renny, el hombre de los puños terribles y enormes.

Era un ingeniero de sólido prestigio en muchos países. El amor a la aventura ligaba a aquellos hombres indisolublemente a Doc Savage.

Por quien, además, profesaban una admiración cada vez mayor ante las maravillas que realizaba el Hombre de Bronce.

Monk señaló a los prisioneros con un gesto.

—¿Qué vamos a hacer con esas ricuras? —preguntó.

—Hacerles hablar —respondió Doc.

Había en las palabras de Doc Savage una frialdad tal, una ausencia tan absoluta de énfasis, que los miembros del pequeño grupo, formado en el rincón, sintieron un estremecimiento involuntario.

EL gigantesco avión rápido de tres motores se hallaba bastante retirado, en la parte posterior del hangar. Desde el interior de su cabina se escuchó un silbido prolongado. Doc Savage corrió hacia el aparato. Había en sus movimientos una elasticidad felina, una rapidez extraordinaria. En el interior de la cabina del avión se encontraban numerosos instrumentos.

La nota que acababa de escucharse procedió de un receptor radiotelefónico.

Doc puso en acción unas llaves que pusieron en funciones un aparato transmisor de radiotelefonía.

—Bien —dijo, ante el micrófono.

La voz que escapaba del altoparlante tenía bastante semejanza con el rugido de un león.

—Renny informa, Doc —anunció—. Estoy hablando por medio del aparato de radio que tengo instalado en el coche.

—¿Qué has averiguado? —preguntó Doc.

—He instalado un dictógrafo en la sala de Mahal —explicó Renny, a través de la radio—. Corrí los cables receptores instalados

en el sótano. He estado allí escuchando y pude oír bastante.

—¿Hablaba Mahal con alguna otra persona?

—Sí, con un individuo de voz chillona, llamado Stroam. Están planeando algo contra nosotros, Doc.

No se observó la menor operación en las facciones de Doc Savage al escuchar aquella información.

En verdad, esto no le sorprendía. Cuando sujetos extraños comenzaban a preocuparse por sus pasos, generalmente se avecinaba algún inconveniente.

Fue esa circunstancia la que indujo al Hombre de Bronce a encomendar a sus hombres la vigilancia de Mahal.

Las siniestras actividades del pseudo-fakir habían sido, en cierto modo, una advertencia de que un peligro se acercaba.

La carrera de Doc Savage hubiese terminado mucho antes si el Hombre de Bronce no hubiese tenido siempre la costumbre de mantenerse un paso adelante de sus enemigos más astutos.

—Conserva un ojo alerta, Doc —le advirtió Renny, radiotelefónicamente—. A juzgar por lo que he podido escuchar, parece que Mahal ha enviado gente para eliminarte.

—Están aquí —respondió Doc—. Ya los hemos pescado.

—¡Santo cielo! —exclamó Renny.

—¿Qué has oído, Renny? —preguntó Doc.

—Todo un cuento completo bastante interesante —sintetizó Renny, en pocas palabras—. Parece que cierto individuo, llamado Ben Lane, que se encuentra en estos momentos en las regiones más desoladas del Canadá, posee algo de que quiere adueñarse un sujeto siniestro que se hace llamar Stroam. El único temor que abriga éste es de que Ben Lane requiera tu ayuda, Doc. Ha venido a Nueva York para impedir que puedas auxiliar a Ben Lane. Mahal ha sido contratado para proporcionar informes a tu respecto, Doc.

—Los individuos que acaban de atacarnos, aquí en el hangar, parecen ser oriundos de las regiones septentrionales del Canadá —explicó Doc—. Este detalle armoniza perfectamente con lo que tú has oído, Renny. No me cabe duda, pues, que se trata de individuos pagados por Stroam.

—¿Qué quieres que haga ahora, Doc?

—Tráeme a Stroam y a Mahal.

—Perfectamente.

En el tono de la voz de Renny se descubría su entusiasmo.

—Pero no te ocupes de este asunto solo. Voy a enviarte a Johnny y a Long Tom para que te ayuden.

—Me basto solo, Doc.

—Espera a Johnny y a Long Tom.

Doc Savage poseía numerosos aparatos de radiotelefonía, instalados en distintos puntos. Todos esos aparatos trabajaban con una determinada longitud de onda fija. En esta forma resultaba tan fácil mantener una conversación inalámbrica como si hubiese sido una conferencia telefónica.

—Long Tom… Johnny —llamó Doc Savage delante del micrófono.

—Habla Johnny —respondió una voz, de cierto acento escolástico, por el altoparlante.

Doc le indicó las señas de la casa de Mahal.

—Será mejor que vayan ustedes allá, compañeros, y que ayuden a Renny. ¿Dónde estás tú ahora, Johnny, en la oficina?

—No —respondió el interpelado—. Estoy manejando mi automóvil por la parte interior de Broadway.

—Long Tom —volvió a llamar Doc—. Long Tom…Long Tom…

EL Hombre de Bronce trataba de ponerse al habla con el quinto miembro de aquella sociedad. No obtuvo ninguna contestación.

—Long Tom probablemente está trabajando en el laboratorio de tu oficina, Doc —manifestó Johnny—. Si está en ese lugar debe hallarse tan interesado en lo que está haciendo que no oiría ni un trueno.

—Bien, Johnny. Hazme el favor de pasar por la oficina y recogerle.

—Perfectamente, Doc, pero se producirá una breve demora de varios minutos mientras suba a la oficina.

—Yo esperaré hasta que ustedes lleguen, pajarracos —intercedió Renny en la original conversación radiotelefónica.

Enseguida los aparatos de radio fueron puestos fuera de funcionamiento.

CAPÍTULO IV

MIDNAT

PARA hacer funcionar la llave principal del aparato de radio y ponerlo fuera de funcionamiento, Renny empleó solamente las yemas de los dedos pulgar e índice, para que sus grandes manos no tocasen simultáneamente otros registros del aparato.

Se trataba de un aparato muy compacto que estaba instalado enteramente detrás del tablero de instrumentos del automóvil. Mahal, al ocupar el vehículo, ni siquiera había soñado con la presencia de dicha instalación.

AL descender de su automóvil, después de estacionado éste, el rostro de Renny mostraba una expresión aún más funeraria que de costumbre.

Esto significaba que el hombre sentía una gran satisfacción. La perspectiva de desórdenes y luchas siempre le volvía así. Tenía una afición extraordinaria a esa clase de actividades.

Penetró por la puerta de hierro que daba a la acera y bajó al sótano, donde había ocultado los terminales del dictógrafo. Se colocó los auriculares mientras trataba de escuchar otro trozo de la conversación, en espera de la llegada de Long Tom y de Johnny.

Pero las primeras palabras que llegaron a sus oídos cambiaron todo su plan.

—Vamos a salir de aquí inmediatamente —decía la voz chillona de Stroam—, usted trabajará para mí en lo futuro, Mahal; De manera que deberá abandonar este lugar.

El otro pretendió interponer una objeción:

—Pero mis cosas aquí son...

Stroam no le dejó terminar.

—Cosas sin valor —completó—. Déjelas. Venga; nos iremos

inmediatamente.

Renny se quitó apresuradamente los auriculares. Comprendió que no disponía de tiempo para esperar la llegada de Long Tom y de Johnny, sino que tendría que arreglárselas solo para atrapar a Stroam y a Mahal.

Rápidamente se acercó a las escaleras. La oscuridad era completa. Renny solamente pudo avanzar con lentitud y a tientas.

Los viejos peldaños rechinaron bajo su peso. AL llegar al descanso del primer piso oyó ruido. Eran pasos ligeros, producidos por una persona que bajaba las escaleras.

Renny encontró un ángulo en la pared y se situó en él. Preparándose para el encuentro, echó un poco de aliento tibio en la palma de cada una de sus manos.

Por lo pronto él se encargaría de atrapar a los individuos y después Doc se encargaría de hacerles hablar.

Renny no se mostraba en absoluto escéptico acerca de las condiciones de Doc para obtener informaciones de los sujetos.

Ciertamente el Hombre de Bronce no empleaba métodos coercitivos. Sus procedimientos eran más delicados. Empleaba el hipnotismo o bien un suero de su propia invención, que era de extraordinaria eficacia para obligar a una persona a decir toda la verdad.

El individuo que bajaba las escaleras se acercó.

La tarea no podía ser más sencilla. Renny se limitó a extender una mano y coger al que llegaba.

Y en esto sus manos eran tan firmes que ni una gigantesca trampa de acero hubiese podido agarrar con mayor fuerza a una persona. Simultáneamente, Renny colocó una mano sobre la boca del cautivo, impidiéndole proferir el menor grito.

Entonces experimentó una sorpresa extraordinaria.

Renny no pudo por menos de lanzar su exclamación favorita en tales casos.

—¡Santo cielo! —dijo.

En el mismo momento, aquel ingeniero de manos extraordinarias sacó de su bolsillo una pequeña linterna, mientras seguía sosteniendo al cautivo.

La linterna proyectó un haz de luz muy blanca, que Renny paseó sobre la figura del sujeto que acababa de aprehender. Y sólo

entonces pudo confirmar su primera impresión. Acababa de sujetar a una mujer.

Era una muchacha joven de complexión delicada. Tomada entre las manos de Renny, parecía un pájaro atrapado. A su vez, Renny, viendo que era tan delicada, se apresuró a soltarla, por temor a lastimarla.

No repuesto aún de su asombro, Renny le quitó la mano de encima de los labios. Con verdadera sorpresa para Renny, no lanzó ningún grito.

El ingeniero paseó nuevamente la luz de la linterna sobre la muchacha, comprobando que, además de joven, era extraordinariamente hermosa.

—¡Santo Cielo! —suspiró Renny.

En aquel momento la joven le dio un puñetazo en pleno rostro. Y ese golpe proporcionó a Renny otra sorpresa y es que, para ser dado por una joven, era demasiado fuerte.

Renny sintió la impresión de haber sido golpeado con un martillo. Renny soltó su linterna y la muchacha intentó alejarse corriendo como una liebre asustada.

El compañero de Doc Savage estiró un brazo y volvió a sujetarla.

—Suélteme —gritó la muchacha, mientras trataba de alcanzarle con un nuevo golpe.

Renny esquivó el golpe con una habilidad que habría causado la envidia de un boxeador profesional, mientras sujetaba con sus grandes manos los puños de la muchacha.

En el mismo momento, Renny arrugó el entrecejo, dominado por una repentina preocupación. La voz de aquella muchacha tenía un tono chillón.

Aquella voz sólo necesitaba ser modificada un poco para tener parecido con la de Stroam, tal como la había escuchado Renny por el dictáfono.

—Usted es Stroam —declaró Renny, con un cierto tono de sospecha.

—¿Qué dice usted, señor?

—Su… voz… es la de Stroam.

—Usted está loco —exclamó la muchacha.

—Escuché la voz que hablaba con Mahal —insistió Renny—, y la verdad es que se asemeja mucho a la suya.

La joven guardó silencio. Renny levantó su antorcha eléctrica y le enfocó el rostro. Pudo comprobar entonces que la muchacha estaba sorprendida.

—¿Quiere usted decir que estaba escuchando la conversación de Stroam y de Mahal? —inquirió ella.

—Así es, en efecto.

—¡Qué pena!, ¡Qué mala suerte!

Renny miró fijamente a la muchacha. El acento de ésta revelaba su procedencia canadiense.

—Lo que es una pena y muy mala suerte para usted es que yo la haya atrapado —manifestó.

—Me llamo Midnat d'Avis —declaró la muchacha, rápidamente —. Yo estaba escuchando esa misma conversación.

En este preciso instante, una voz ronca, desde la oscuridad, exclamó, con el asombro consiguiente de ambos:

—Perfectamente; eso es lo que queríamos saber…

*****

En sus numerosas aventuras al lado de Doc Savage, Renny se había visto con frecuencia en situaciones peligrosas.

Esa experiencia le había hecho sumamente precavido, de modo que pocas veces se dejaba sorprender con las manos en la masa.

Pero aquella captura inesperada, su sospecha de que la joven fuese Stroam y la afirmación contraria de la prisionera le habían sorprendido hasta el punto de dejarse atrapar por sus enemigos.

Solamente así se explicaba que no hubiese reparado en la presencia de algunos hombres que le estaban observando desde la oscuridad. También es posible que aquellos sujetos se aproximasen sin hacer el menor ruido y únicamente dieron a conocer su presencia cuando uno de ellos tomó la palabra.

Ello explicaría, por otra parte, la mala suerte de Renny.

—Sujétenlos —ordenó el individuo que había hablado.

La puerta, que solamente había estado abierta unos pocos centímetros, se abrió de pronto totalmente, permitiendo la salida de un grupo de hombres.

—Esperen —dijo uno de ellos—, las balas no estarán mal para rematar este asunto…

—No —opinó otro;— los tiros atraerán la presencia de la policía. Los puñales son siempre más eficaces.

Si Renny tenía alguna duda acerca de las intenciones de aquellos individuos, aquellas palabras fueron suficientes para desvanecer toda esperanza.

—Escápese —gritó la muchacha—. No pierda tiempo.

Con estas palabras dirigió la luz de su antorcha eléctrica hacia los hombres, comprobando que se trataba de sujetos corpulentos, de rostros decididos y curtidos por el sol.

Evidentemente eran individuos habituados a vivir al aire libre. Dos o tres de ellos llevaban cintos adornados con medallas y monedas.

Relucieron las hojas de varios puñales. Pero Renny no era de los que se entrega sin resistencia.

Lanzando una exclamación, se abalanzó sobre el hombre más próximo, le quitó el puñal, lo levantó en vilo y lo lanzó sobre sus compañeros, haciendo caer a cinco de ellos por la fuerza del golpe, que se asemejaba al de un verdadero proyectil de cañón.

Entonces reparó Renny en que la muchacha no había huido como él le dijese, sino que permaneció a su lado, en actitud beligerante.

Su aspecto causaba verdadera hilaridad.

—Tenga esta —le ordenó Renny, entregándole la linterna—. Mantenga la luz enfocando la cara de ellos y alejada de la mía.

—Bien —contestó la muchacha. Y tomó la linterna.

La escalera que conducía a los pisos superiores estaba detrás de ellos.

Inesperadamente, una voz llegó a sus oídos.

—Hay que aprehenderles vivos. Stroam quiere interrogarlos.

La pequeña Midnat d'Avis proyectó la luz del reflector hacia arriba.

El que hablaba era Mahal. Sostenía en las manos un objeto metálico que tenía el tamaño y la forma de un huevo y lo tiró contra Renny y la muchacha.

—Una granada… —gritó Renny, pero enseguida comprendió que estaba equivocado.

Saltó, tratando de apoderarse del objeto en el aire, pero no logró hacerlo. El envase metálico dio contra la pared, por encima de su cabeza.

La tapa se separó. Entonces comprobaron que se trataba

solamente de una lata que contenía pimienta, pero ella bastó para inutilizar toda su defensa.

La pimienta entró en los ojos de Renny y de la joven. El primero empezó a repartir trompis en todo sentido, a ciegas, pero pocos minutos más tarde ambos fueron dormidos por sus enemigos.

Sometidos a un registro, los hombres de Stroam comprobaron que no llevaban armas.

—Llévenles arriba —ordenó Mahal;— y uno de ustedes que baje a la calle para observar si el ruido ha llamado la atención de la policía.

Obedeciendo la orden, uno de los individuos descendió las escaleras en dirección a la puerta de entrada de la casa, mientras que los demás arrastraban a Renny y a la joven hasta el santuario del pseudo-fakir.

Cuando penetraron en esta última habitación, Renny miró en derredor, buscando con la mirada a Stroam, pero éste no era visible.

En cambio, atrajo su atención una cortina extendida en uno de los lados de la habitación.

Detrás de la cortina se oía la voz de Stroam.

—¿Quiénes son esos dos? —preguntó la voz.

Evidentemente había en la cortina un agujero, demasiado chico para poder ser visto desde la estancia, pero de tamaño suficiente para poder mirar a través.

Mahal miró a Renny y a la joven. Los otros también pasearon la mirada por encima de ellos. Pero nadie los conocía.

—Nadie de nosotros parece conocerles, señor —declaró Mahal.

Stroam se dirigió entonces a Renny.

—Usted, que tiene los puños tan grandes, ¿quién es?

—¿No lo adivina? —inquirió el interrogado, sarcásticamente.

—¿Se hace usted el chistoso? —inquirió uno de los sujetos, mientras lanzaba un terrible puñetazo contra el cuerpo de Renny.

Pero aquel golpe pareció producirle mayor daño a él que a Renny, pues retrocedió, lanzando una queja de dolor.

Los nudillos de su mano parecían haber entrado en contacto con una roca.

Detrás de la cortina que ocultaba a Stroam se escuchó un ruido de papeles.

Stroam revisaba los recortes.

De pronto, uno de ellos, que representaba una fotografía de Doc Savage con sus cinco compañeros, publicada por un diario, apareció volando desde detrás de la cortina.

—Mire eso —anunció la voz de Stroam.

Renny conoció el grabado y sabía que él estaba allí en primer plano.

—Ese es uno de los hombres de Doc Savage —exclamó Mahal, señalando a Renny.

—¿Pero quién es la muchacha? —preguntó Stroam.

—Probablemente otro ayudante de Doc Savage —respondió Mahal, equivocándose en esta apreciación.

—Felizmente tomé la precaución de tener a mis hombres distribuidos en lugares convenientes —comentó Stroam.

Mahal asintió.

—Hasta yo ignoraba que estuviese aquí, sahib —dijo.

Uno de los individuos tomó la palabra entonces.

—Señor —preguntó,— ¿qué hacemos con este hombre y con la mujer?

—Doc Savage está metiendo las narices en lo que no le importa. Vamos a darle una lección para que aprenda a cuidarse de lo suyo y nos deje tranquilos…

—¿Quiere decir…?

—Utilicen sus cuchillos, muchachos.

Mahal intercedió:

—No me agradan los crímenes…

—¿Qué me importan sus gustos, idiota?

—Pero la sangre me…

—Baje y ayude al hombre que está de guardia en la puerta —ordenó Stroam.

Mahal partió sin pérdida de tiempo.

Con afilados puñales en las manos dos hombres se lanzaron sobre Renny y la muchacha.

—Esperen —ordenó entonces Stroam—. Tengo que formularles preguntas. Usted, el de los puños grandes: ¿Qué sabe Doc Savage de mí?

—Pregúnteselo a él.

—Ya cambiará de parecer dentro de un momento…

CAPÍTULO V

UNA EMPRESA DESGRACIADA

POCAS eran las personas residentes en Nueva York que tenían conocimiento del hangar secreto que Doc Savage poseía en el muelle del río Hudson.

Pero, en cambio, eran muchos los que sabían que el Hombre de Bronce tenía sus oficinas y laboratorios instalados en el piso 86 de uno de los más modernos rascacielos de la City.

Los diarios habían informado sobre el particular en numerosas ocasiones.

Ciertamente que eran contados los hombres que, en verdad, habían visto el interior del piso que ocupaba Doc Savage en ese rascacielos, pero se sabía, vagamente, que el departamento se componía de tres amplias habitaciones que ocupaban todo el piso 86.

En una de ellas estaba instalado el laboratorio. Otra habitación contenía una biblioteca de obras científicas que, por el número de sus volúmenes, sería sin duda una de las más completas.

La tercera habitación era un despacho amueblado con una artística y rica mesa, una caja de hierro y algunas cómodas butacas. Era allí donde Doc Savage recibía a las pocas personas que tenían el privilegio de ser recibidos por el Hombre de Bronce.

Johnny llegó a esa dependencia, dando muestras de agitación. Era un hombre extraordinariamente delgado al punto de que sus sastres se veían en serias dificultades para vestirle.

Un monóculo estaba sujeto a su solapa por medio de una cinta. En realidad se trataba de una poderosa lupa.

Johnny necesitaba con frecuencia una lupa en su profesión de arqueólogo y geólogo, de modo que había decidido llevarlo así,

para mayor comodidad.

En el mundo de la ciencia, Johnny era conocido con el nombre de William Harper Littlejohnn. En cuanto a su capacidad, no tenía igual entre sus colegas.

—Long Tom —llamó.

Desde el laboratorio llegó una voz que, en su tono, revelaba hastío:

—¿Qué quieres? Vete y no me fastidies.

Johnny se acercó a la puerta del laboratorio y miró hacia el interior de dicha dependencia.

El Mayor Thomas J. Roberts ("Long Tom") era un hombre de reducida estatura y muy delgado.

Parecía haber crecido en un sótano falto de luz. Tenía la presencia de un hongo en cuanto al color de sus facciones, pero su ancha y abovedada frente revelaba que era poseedor de una inteligencia superior.

En aquel momento estaba trabajando con una serie de complejos aparatos electrónicos.

Johnny sabía que cierto aparato era la manía de Long Tom en aquellos momentos, y que a él dedicaba todos sus ratos de ocio.

Empleando la proyección de corrientes de átomos, existía la posibilidad de matar insectos dañinos. Con ello se lograban grandes ventajas para la agricultura.

Long Tom era el mago de la electricidad dentro de la organización de Doc Savage.

—¿Por qué no funciona tu aparato de radio?

—Lo cerré porque no me dejaba trabajar con su ruido producido por los estáticos.

—Pues has perdido de oír algo importante.

—¿Qué?

—Una orden de Doc Savage.

—¿Qué ocurre?

—Renny parece haber caído en una emboscada.

—Vamos, sin pérdida de tiempo, a ayudarle…

La perspectiva de nuevas luchas era la única fuerza capaz de separar a Long Tom de su laboratorio y, cuando se trataba de uno de sus compañeros en peligro, con mayor razón.

Los dos hombres salieron del laboratorio, cerrando la puerta a

sus espaldas, y entraron al ascensor privado, que solamente utilizaban los hombres de Doc Savage y que Johnny empleaba para subir al piso 86 un momento antes.

Una vez en la calle subieron al coupé de Johnny, que era un coche barato, que no llamaba la atención de nadie, teniendo todas las características de los vehículos de serie de la misma marca.

Mientras se trasladaban al lugar en que se encontraba Renny, los dos compañeros no hallaron tema más interesante que el de sus zapatos nuevos que les regalara, lo mismo que a todos los demás, Doc Savage, aun cuando no les diese otra explicación que la de que debían utilizarlos siempre.

—¿Qué razones pueden haber guiado a Doc para regalarnos a todos zapatos nuevos hechos a medida, y ponerse también él un par nuevo? —preguntó Johnny.

—Es un enigma cuya solución sólo la sabe él. Por mi parte, no me romperé la cabeza en descifrarlo. Los zapatos son buenos y no me han costado nada. Además, si Doc nos ha pedido que los usemos, seguramente tendrá sus razones para ello. Cuando llegue el momento, a buen seguro que sacaremos alguna ventaja de ellos.

Después de atravesar uno de los barrios más pobres y sucios de la ciudad llegaron a la casa en que se encontraban instaladas las habitaciones de Mahal.

Johnny y Long Tom pasaron delante de ella a poca velocidad, dedicándole un primer examen y enseguida estacionaron su vehículo a la vuelta de la esquina próxima.

A pocos metros delante de ellos se encontraba el automóvil de alquiler que guiara Renny.

Los dos compañeros de Doc Savage reconocieron inmediatamente el vehículo y se aproximaron a él para echar un vistazo a su interior.

—Este es, indudablemente, el coche de Renny —declaró Long Tom— ¿Pero dónde está el orgullo de la ingeniería?

—Tengo entendido que Renny penetró en el sótano de la casa para instalar su dictáfono, de manera que, quizá, se encuentre aún allí. Veamos.

Los dos amigos no tardaron en encontrar la puerta de acero que daba acceso al sótano y penetraron por ella. Pero en el interior no hallaron ni rastro de Renny.

Ambos llevaban en su mano una antorcha eléctrica de un modelo ideado por Doc Savage. Eran lámparas que no se alimentaban por pilas, sino por generadores accionados por resortes.

Una vuelta del resorte producía una luz brillante por espacio de varios minutos. La luz de las antorchas les permitió encontrar sin dificultad la estantería en que Renny apoyara el receptor del dictáfono y Johnny se colocó los receptores en los oídos, moviendo los controles.

Casi inmediatamente soltó una exclamación de asombro, quitándose nuevamente los auriculares.

—Renny y una muchacha están arriba... —exclamó.

—¿Y para eso me has traído aquí, idiota? —preguntó Long Tom contrariado.

—Pero... están en peligro... he oído que amenazaban con degollarlos... en los fondos debe haber alguna escalera...

Estas palabras parecieron devolver, como por arte de magia, el entusiasmo a Long Tom.

Los dos compañeros, a pesar de la oscuridad, corrieron en la dirección en que suponían la existencia de la escalera, mientras preparaban sus armas.

Eran éstas unas pistolas automáticas de diseño especial, con cargadores en espiral y provistos de balas que contenían una substancia química.

Al herir, no mataban, pero quitaban inmediatamente el conocimiento.

Pero la característica especial de aquellas pistolas era su régimen extraordinario de fuego, al punto que, cuando estaban en acción, producían un ruido que en algo se asemejaba al que produce el croar de los sapos.

Los peldaños de la escalera crujieron bajo el peso de los dos hombres.

En el ambiente se respiraba una humedad nauseabunda.

Llegaron a una puerta entreabierta cuyos goznes rechinaron al abrirla totalmente para penetrar en su interior.

La luz de sus antorchas reveló inmediatamente la presencia de un hombre que yacía en el suelo, en un rincón de la habitación, y ambos corrieron hacia allí.

—Renny —exclamó Long Tom, pero enseguida comprendió que no era su amigo y prosiguió:— No; parece ser otro.

Johnny se inclinó sobre el individuo:

—Tiene la cara como una almendra y los ojos rasgados, debe ser un oriental. Parece estar desmayado.

Johnny pronunció las anteriores palabras con una voz apenas perceptible, pero ellas parecieron despertar al desvanecido. Sus ojos se abrieron desmesuradamente.

—No me pegue más, sahib —lamentóse.

Long Tom se arrodilló:

—Nosotros no somos los que te hemos pegado —dijo—. ¿Quién es usted?

—El portero —contestó el hombre con una voz quejumbrosa.

—Estamos buscando a un hombre de grandes puños —dijo el mago de la electricidad.

—¿Lo ha visto usted por casualidad?

El hombre que yacía en el suelo parecía estar muy débil.

—Arriba —exclamó con una voz apenas perceptible.

Long Tom y Johnny corrieron hacia la escalera. No se imaginaron que eran engañados. Nunca habían visto a Mahal y, por lo tanto, ignoraban que el desvanecido era aquél.

Este era un sujeto muy astuto, única condición que, hasta entonces, aseguraba su libertad, pues de no ser por ella, habría estado en presidio desde tiempo atrás.

Al tener conocimiento de la presencia de Long Tom y Johnny en el sótano de la casa, habíase apresurado a correr para avisar a Stroam y los otros.

Estaba en esa tarea, cuando los dos compañeros de Doc Savage comenzaron a subir las escaleras y, comprendiendo que no tendría tiempo de llegar hasta donde estaba Stroam, ideó el recurso de hacerse el desmayado.

Pero enseguida de subir los dos hombres las escaleras, creyendo en su afirmación de que Renny estaría arriba —lo que, además, era perfectamente cierto,— se decidió a lanzar la advertencia.

Desde el piso superior oíase la voz chillona de Stroam.

—Ese que tiene la voz que parece de aceite debe de ser el jefe —declaró Johnny, quien recordaba que era la misma que escuchara por el dictáfono.

Desde abajo llegó la voz de Mahal:

—Stroam, retírese a la habitación interior. Rápido.

Long Tom se detuvo y apuntó su pistola automática en la dirección de la voz de Mahal, comprendiendo que éste les había engañado.

El arma comenzó a lanzar sus proyectiles químicos con extraordinaria rapidez, pero Mahal no fue alcanzado por ellos.

Después de gritar, habíase apresurado a cambiar de lugar.

—Retírese hacia la habitación interior, Stroam —gritó nuevamente.

Un momento después, Long Tom y Johnny llegaban al departamento del fakir.

Sólo pensaban en auxiliar a Renny y no tomaron muchas precauciones.

Penetraron apresuradamente en la sala de recibo de Mahal.

A sus espaldas se produjo un ruido, como si una lata de conservas hubiese caído al suelo.

Los dos hombres giraron sobre sus talones. La puerta por la que habían penetrado acababa de cerrarse herméticamente por medio de paneles de acero, que corrían sobre rieles.

Atravesaron rápidamente la habitación, pero antes de llegar al otro extremo de la misma, donde vieron otra puerta ésta se cerró también con un sonido metálico.

Nuevamente un panel de acero impedía su paso. Mahal era, evidentemente, un sujeto astuto.

Hacía ya varios meses que había equipado su sala de recibo con aquellas puertas corredizas de acero.

Su resolución había sido una consecuencia de un incidente desagradable en la vida de Mahal.

El astuto fakir había logrado ejercer su influencia sobre una matrona anciana y extraordinariamente supersticiosa de la alta sociedad. Mahal logró en consecuencia, sacarle una suma considerable de dinero.

Pero cuando el marido de la matrona tuvo conocimiento del asunto, buscó a Mahal, presa de gran indignación. Y ello tuvo como consecuencia que Mahal cobrase la más formidable paliza que le propinasen en su vida.

Pero el pseudo-fakir había derivado de aquel suceso una lección

provechosa, equipando su sala de recibo con las puertas de acero corredizas para evitar que en el futuro pudiesen repetirse esos ataques peligrosos para su integridad física y seguridad personal.

Al mismo tiempo abrigó la esperanza de que dichas puertas también pudiesen reportarle algún otro beneficio con el tiempo y así había sido.

Como medida de seguridad accesoria, las puertas de acero podían ser cerradas por medio de botones, que se hallaban ocultos en distintos lugares.

Pero las puertas corredizas de acero no constituían la única medida de precaución adoptada por Mahal en su sala de recibo.

Además de ellas, en efecto, cuidadosamente ocultos, en forma de no poder ser descubiertos a simple vista, había en el techo de la sala una serie de agujeros, desde los cuales partían conos minúsculos, que conducían a frascos conteniendo éter, provistos de cierres especialmente ideados, para poder ser operados a distancia mediante el sencillo expediente de tirar de una cuerda.

Aun cuando el éter no se contaba, precisamente, entre los anestésicos más eficaces, este detalle se subsanaba por la cantidad de ese líquido que contenían los frascos.

Mahal tiró de las cuerdas que hacían funcionar las válvulas. Una lluvia de éter, finamente pulverizado, descendió del recito de la sala de recibo, cubriendo el espacio de toda ella.

Long Tom y Johnny trataron de abrir la puerta o bien de agujerear las paredes con sus pistolas ametralladoras.

Pero inmediatamente abandonaron aquella idea, comprendiendo que el éter era una substancia altamente explosiva. Después de un corto tiempo, ambos quedaron dormidos por la acción de los gases.

Mahal penetró en el santuario interior por una puerta posterior. Al pasar delante de Renny y de la muchacha, que se encontraban en un rincón, les dispensó apenas una mirada de interés.

La camisa de Renny estaba desabrochada y en su pecho se observaban profundas heridas cortantes, que evidenciaban las torturas a que se le sometiera.

—¿Qué pasó? —preguntó Stroam desde detrás de su cortina.

Mahal explicó rápidamente la existencia de los paneles de acero y de los vaporizadores de éter.

—No soy tan tonto, ¿verdad, sahib? —terminó diciendo.

Enseguida, avanzó hacia la cortina, con el evidente propósito de explotar su triunfo momentáneo, para descubrir la identidad de Stroam.

—¡Alto! —gritó—. No permito a nadie que me vea la cara.

Mahal tartamudeó:

—Pero yo…

—Basta de charlas. Usted va a convertirse en un hombre muy útil para mí. Tiene inteligencia y eso vale mucho en mi organización.

Mahal sonrió, no poco halagado.

—El ruido de sus pistolas puede haber sido oído —siguió declarando Stroam—. Además, parece que Doc Savage conoce bastante bien este lugar. En consecuencia, no nos conviene que los cadáveres sean encontrados aquí.

—Naturalmente —afirmó Mahal, temblando ligeramente—. Además, ello haría recaer sospechas sobre mí.

Stroam dio inmediatamente algunas órdenes. La sala de recibo de Mahal se abrió.

Johnny y Long Tom, privados aún del conocimiento, fueron sacados de su interior y depositados, lo mismo que Renny y la muchacha, en el corredor.

De allí iban a ser transportados al exterior, cuando se produjo una interrupción. Uno de los hombre de la pandilla de Mahal había salido a la calle, con el evidente propósito de explorar el terreno, y ver si había otros enemigos por los alrededores.

Regresó en aquel instante, no poco agitado.

—Hay un automóvil detenido a la vuelta —declaró—. Se me ocurrió revisarlo y encontré una cosa extraña debajo del tablero de instrumentos.

Stroam permanecía detrás de su cortina:

—¿Qué es? —preguntó en voz alta.

—Dice que hay un automóvil de alquiler con un aparato debajo del tablero de instrumentos —informó Mahal.

—Baje y vea lo que es —ordenó Stroam, sin salir de su lugar.

Mahal obedeció al punto.

Pocos minutos después Mahal estaba de regreso. También él se mostraba excitado.

—Hay un aparato de radio en el coche, sahib —informó.

—Además, cerca del automóvil de alquiler hay otro coche, un coupé, que también contiene un aparato igual.

—Son muchos los coches modernos, provistos de aparatos de radio —replicó Stroam, evidentemente contrariado.

—Pero lo extraordinario es que estos coches no solamente están provistos de aparatos receptores, sino también de transmisores. —siguió aclarando Mahal.

Desde su lugar, detrás de la cortina, Stroam lanzó una exclamación triunfal:

—Ahora lo comprendo todo —dijo—. Es por medio de esos aparatos de radio que el Hombre de Bronce se mantiene en constante comunicación con sus hombres. Ello me sugiere una buena idea.

Los ojos de Mahal brillaron:

—¿Cuál? —preguntó.

Stroam lanzó una carcajada:

—Lleven a ese individuo de los puños grandes hasta uno de los aparatos y que comunique a Doc Savage que está bien y que todo marcha satisfactoriamente.

Echando un vistazo a Renny, Mahal le ordenó:

—¿Hará usted lo que se le ordena?

—Espere sentado —contestó el ingeniero.

—¿Se niega? —preguntó Stroam desde detrás de la cortina.

—Así es —respondió Mahal.

—Córtele el pescuezo a la chica —ordenó Stroam bruscamente —. Veamos si le agrada más ese espectáculo que cumplir mi orden.

Un sujeto oscuro, de facciones homicidas, extrajo un puñal de su cinto.

Resueltamente avanzó hasta el lugar en que se encontrada Midnat d'Avis. Renny estudió rápidamente la figura de aquel asesino. El ingeniero había estado ya con frecuencia en situaciones de esa naturaleza y conocía perfectamente a los criminales desalmados.

Y no tuvo dudas de que aquel era uno de esos hombres.

El sujeto se aproximó a la muchacha, la agarró por el cabello, tiró su cabeza hacia atrás y acercó el afilado cuchillo a su cuello. Midnat d'Avis trató de gritar.

Una gruesa y rústica mano cayó sobre su boca, impidiéndoselo.

Los músculos de su cuello temblaron y sus facciones se volvieron más intensamente pálidas. Renny sintió que el sudor corría por su frente.

—Esperen —dijo—. Voy a decir a Doc Savage lo que ustedes quieran.

Fue llevado hasta el coche.

—Una palabra errónea, cualquier tentativa de acentuar determinadas palabras, a fin de que ellas puedan contener un mensaje secreto, y la muchacha morirá —advirtió a Renny uno de los hombres de Stroam.

Renny puso en acción el transmisor.

—Doc —llamó.

Su voz parecía bastante normal.

—Sí —llegó la respuesta de Doc Savage por el altoparlante.

—Estamos perfectamente —declaró Renny.

—¿Tienen ustedes a los prisioneros? —inquirió Doc.

—Sí.

—Tráiganlos al hangar.

—Bien.

Uno de los hombres de Stroam murmuró al oído de Renny:

—Dígale que pasará algún tiempo antes de que lleguen allá.

Renny comunicó la demora a Doc en la forma como se le ordenaba:

—Vengan tan pronto como puedan —contestó el Hombre de Bronce.

Con estas palabras finalizó la obligada conversación radiotelefónica y Renny fue conducido nuevamente al pasillo, delante de la oficina de Mahal.

Stroam permanecía aún detrás de las cortinas.

Soltó una carcajada de satisfacción cuando se le informó que Renny había cumplido al pie de la letra las órdenes que se le dieran.

—Ahora, llévenlos a Long Island —chilló—. Interróguenlos para ver lo que Doc Savage sabe acerca de mí y, después, tírenlo en alguna zanja.

EL hombre del puñal tomó la palabra:

—¿Debo...? —comenzó.

—Utilice su hoja, amigo —ordenó Stroam desde el santuario interior.

—¿Crimen? —preguntó Mahal—. No me agrada asistir…

—Entonces quédese aquí, conmigo —chilló Stroam.

Las palabras que acababa de escuchar parecieron restar energías a Renny, quien se dejó caer al suelo, donde quedó sentado.

Su mano, manchada de sangre proveniente de su propia herida, se depositó sobre la alfombra. La mano se movió cautelosamente.

Nadie reparó en la acción de Renny.

Pero pocos minutos más tarde se le obligó a levantarse y a descender la escalera del fondo, en compañía de la muchacha.

En cuanto a Johnny y a Long Tom, que aún estaban privados del conocimiento, fueron conducidos por los hombres de Stroam.

Dos coches de turismo se encontraban estacionados en un pasaje, con las cortinas cerradas. Pero este hecho no llamaba la atención, teniendo en cuenta que era aquel un día de primavera y no de los más calurosos.

Los prisioneros fueron colocados en el interior de los coches y éstos partieron inmediatamente.

Gracias a las cortinas, desde el exterior era imposible ver los cuerpos de los prisioneros, depositados en el suelo de los coches.

En cuanto a Stroam, el misterioso, y a Mahal, quedaron en la oficina de este último, de la que salieron pocos minutos más tarde para llevar a cabo una gestión evidentemente poco honorable.

CAPÍTULO VI

BEN LANE, EL HOMBRE MISTERIOSO

EN el hangar, a orillas del río Hudson, Doc Savage se alejó del aparato de radio, instalado en el gran avión rápido.

No habíase revelado en las palabras de Renny ninguna advertencia que pusiese al Hombre de Bronce sobre aviso acerca de la situación en que se encontraban sus compañeros.

Doc Savage era un hombre de grandes condiciones, pero no era un clarividente. Tampoco poseía ningún sexto sentido nebuloso.

De allí que, lógicamente, no tuviese noticias del gran peligro en que se encontraban Renny, Long Tom y Johnny.

Los prisioneros seguían ocupando el lugar que les había sido destinado en un rincón del hangar. Formaban allí un grupo bastante deprimido.

Monk y Ham se encargaban de su vigilancia. Era una tarea sencilla. Monk movíase impacientemente de un lado a otro, mirando sus zapatos nuevos:

—Me siento vestido de gala —dijo.

—También lo estarías aunque no llevases nada puesto —le contestó Ham—. ¿Acaso no están desnudos tus semejantes en el Jardín Zoológico? ¿No te ha dado un abrigo de pieles la madre Naturaleza?

Ham se tomaba el desquite por las bromas que le gastaba su compañero, con motivo de su disfraz y de su barba blanca.

—Veo que también tú llevas un par de pantalones nuevos —le respondió Monk, sin ofenderse por lo que acababa de decirle Ham.

A su vez, éste respondió:

—Ha sido una sugestión de Doc.

—Lo sé. No ha querido favorecerme solamente a mí.

—¡Ojalá te hubiese favorecido dándote también una dosis de veneno!

Interrumpieron la conversación para observar a Doc Savage, que se acercaba a ellos en aquel momento.

—¿Fue Renny quién te habló por radiotelefonía, Doc? —inquirió Monk.

Doc asintió:

—Sí. Dice que efectuaron la captura.

—¿Entonces están a salvo?

—Así me lo han asegurado.

El valiente Ham indicó los prisioneros con un movimiento de su bastón —estoque.

—¿Cómo te propones hacerlos hablar, Doc? —preguntó.

En lugar de contestar, Doc Savage miró fijamente a los prisioneros con sus profundos ojos de brillo dorado, posándolos, alternativamente, en cada uno de ellos.

Monk y Ham asintieron en silencio. Muchas veces habían sido testigos de los extraordinarios resultados que Doc Savage estaba en condiciones de lograr con su mirada.

Sin embargo, aun cuando la escena que se desarrollaba en aquellos momentos ante su vista no les sorprendía, no dejaba por eso de interesarles.

La extraordinaria capacidad de Doc siempre les fascinaba.

AL principio, los prisioneros devolvieron la mirada del Hombre de Bronce, insolentemente. Algunos de ellos, incluso, soltaron una carcajada.

Después, aquella mirada comenzó a hacer su efecto.

Sus carcajadas cesaron. Comenzaron a mover nerviosamente las manos.

Uno de los prisioneros trató de apartar la mirada de la de Doc Savage; pero comprobó que una fuerza magnética le atraía.

—¿De dónde son ustedes? —comenzó a preguntar el Hombre de Bronce.

En su pregunta había una cierta autoridad que exigía una respuesta.

—De la región de la nieve del Canadá —contestó el más débil del grupo.

—¡Silencio, cochino! —gritó otro—. No digan nada a ese

individuo.

Doc se acercó más al grupo, moviéndose, empero, con tal lentitud, que su movimiento era apenas perceptible. Movía sus pies pausadamente.

Los ojos de los prisioneros parecieron salirse de sus órbitas.

Monk y Ham ya no siguieron mirando a Doc, porque no quisieron caer bajo la influencia de su poder hipnótico.

Teniendo en cuenta que el éxito, en materia de hipnotismo, depende principalmente de la facultad de saber fijar la atención del sujeto, Doc empleaba intencionadamente la mayor lentitud en su paso, al aproximarse.

Los individuos vestidos de mecánicos comenzaron a mostrar una expresión vaga. Ello significaba que el poder hipnótico los estaba venciendo.

Uno de ellos demostró entonces tener ciertos conocimientos de hipnotismo y la forma de vencer esa extraña fuerza.

—¡Cuidado! —gritó—. Ese hombre de bronce está empleando artes de magia negra. No lo miren.

Algunos de los individuos consiguieron apartar la mirada de Doc. Otros parecían no tener la suficiente fuerza para ello.

—¡Cochinos! —volvió a gritar el sujeto:—, no sean estúpidos. Miren a otra parte.

Doc se detuvo, Aquellos gritos acababan de neutralizar sus esfuerzos.

Mantuvo la vista fija en el grupo y comenzó a hablar a Monk y a Ham.

Las palabras del Hombre de Bronce eran pronunciadas en un extraño idioma gutural, no carente de cierto tono musical. Los cautivos demostraron una sorpresa considerable, pues no comprendieron ni una sola palabra.

Y ello no es extraño; pues, probablemente, no llegaría a una docena el número de personas, en el mundo llamado civilizado, que hubiesen comprendido aquel idioma. Tratábase, en efecto, de una lengua perteneciente a una raza ya extinguida, la de los antiguos mayas, cuya civilización floreció en épocas pasadas en América Central.

Doc y sus compañeros comprendían aquel idioma prehistórico. Una extraña circunstancia les había obligado a conocerlo.

Habían aprendido aquella lengua por las enseñanzas de algunos sobrevivientes de la antigua raza maya que poblaban, con absoluto desconocimiento del mundo entero, un valle inaccesible, perdido en las montañas de Centro América.

Fuera del pequeño grupo compuesto por Doc Savage y sus compañeros, eran pocas las personas que tenían conocimiento de que en aquel valle perdido se hallaba la fuente de la cuantiosa fortuna del Hombre de Bronce.

Aquel desfiladero contenía oro.

Era el tesoro ignorado de los antiguos mayas. Los descendientes de aquella raza, que ahora residían en el valle, se dedicaban a extraer el metal por medio de minas.

Doc Savage había instalado en el valle un poderoso aparato receptor de radiotelefonía. Cuando necesitaba fondos, Doc Savage sólo necesitaba comunicarse radiotelefónicamente con dicho aparato, sintonizando en una determinada longitud de onda a una hora también prefijada.

Pocos días más tarde partía de aquel lugar, que se creía inaccesible, una caravana de mulas, cargadas de oro, cuyo valor generalmente representaba millones de dólares, y era acreditado en la cuenta que Doc Savage poseía en un Banco de América Central.

Monk guiñó un ojo cuando oyó las palabras y se alejó en dirección a los fondos del hangar. Pero regresó muy pocos minutos después, situándose al lado de Doc, con los brazos cruzados y en actitud de espera.

Los cautivos movíanse nerviosamente, intranquilos ante la perspectiva de que pudiese ocurrir algo inesperado.

De pronto, todas las miradas se concentraron en la parte posterior del hangar. Suspiros de alivio escaparon de los pechos de algunos de los individuos.

Y es que, sin duda, lo que veían era lo que menos esperaban.

La presencia de un cerdo era lo que les llamara la atención. Era un animal único en su género. Nunca había existido, probablemente, un ejemplar más extraño en la familia porcina.

El animal tenía un cuerpo delgado, una columna vertebral saliente como el filo de un cuchillo, patas del tamaño de las de un perro. Las orejas eran fenomenales, su tamaño era suficientemente grande como para que hubiesen podido hacer las veces de alas.

El cerdo se presentó en escena con una dignidad realmente cómica. De pronto, se detuvo y miró con curiosidad a los cautivos.

Los sujetos detenidos se hallaban en estado sumamente nervioso. Y lo que aconteció enseguida causóles un asombro indescriptible. Al parecer, el cerdo empezaba a hablar:

—Algo que ustedes no comprenderán va a ocurrirles, señores — parecía afirmar el cerdo.

En condiciones normales, aquellos sujetos habrían tomado con mayor naturalidad el extraño espectáculo de un animal hablándoles. Pero su estado mental ya se hallaba alterado.

Y aquel hecho terminó por quitarles totalmente el sano juicio. Uno de ellos fue presa del terror más intenso:

—Los ojos de ese Hombre de Bronce nos han enloquecido — gritó, mientras caía al suelo, de rodillas, juntando las manos en actitud de orar y temblando todo su cuerpo.

Doc Savage avanzó resueltamente y tomó por el cuello al sujeto aterrorizado. Un quejido escapó de los labios del individuo, al sentirse aprisionado por aquellas manos, que parecían de hierro.

—¿Quién los ha enviado a ustedes aquí? —interrogó Doc Savage.

—Stroam, señor, nos ha mandado.

—¿Quién es Stroam?

—Nunca le hemos visto la cara, señor. Solamente tratamos con él telefónicamente y por carta. Muchas veces vamos a determinados lugares, donde él nos cita para hablarnos; pero siempre lo hace de manera que no podamos verle la cara.

—Eso parece ridículo…

—Es verdad, señor; pero es así. Stroam es un hombre muy astuto y jamás ha querido darse a conocer.

—¿Son ustedes de Canadá del norte?

—Sí, señor, del país de la nieve.

—¿Cómo se puso en contacto con ustedes por primera vez el tal Stroam?

—Estábamos en presidio, señor, acusados de robo de pieles. Stroam pagó el dinero para que nos pusiesen en libertad bajo fianza. Después hemos aceptado ponernos incondicionalmente a sus órdenes.

—¿Por qué les mandó Stroam a matarme? —preguntó Doc.

—Para evitar que usted pudiera prestar ayuda a un hombre llamado Ben Lane.

—¿Y quién es ese Ben Lane?

—No lo conocemos, señor.

Y eso fue todo. Doc Savage formuló aún varias preguntas más, pero el mestizo no estuvo en condiciones de darle mayores explicaciones. El cerdo, sentado en el piso del hangar, había estado escuchando la conversación. Sus orejas, como alas, estaban extendidas.

De tanto en tanto Monk miraba y sonreía al animal. Y es que entre ambos existía una verdadera amistad, quizá por la circunstancia de que hubiese sido realmente difícil encontrar ejemplares más extraordinarios dentro de sus respectivas familias de origen.

—Has cumplido perfectamente tu deber, Habeas Corpus —manifestó Monk al cerdo.

—Gracias —contestó, o pareció contestar, el animal.

Lo que ocurría era que Monk era un hábil ventrílocuo, de manera que ponía, al parecer, las palabras en boca del cerdo, que era su mascota.

Ham blandió el bastón-estoque, mientras lanzaba una mirada furibunda a Habeas Corpus con quien mantenía relaciones tan cordiales como con su amo. Infinidad de veces el abogado había jurado hacer de aquel animal un sabroso guisado.

—¿Qué piensa hacer usted con nosotros, señor? —preguntó uno de los cautivos.

La contestación del Hombre de Bronce consistió en un rápido avance.

Sus manos penetraron en los bolsillos de su gabán, saliendo nuevamente de ellos con gran velocidad y posándose en las mejillas de uno de los hombres.

El sujeto cerró los ojos y cayó al suelo, comenzando a roncar ruidosamente.

Doc tocó con las yemas de los dedos a otro hombre y ocurrió lo mismo que con el anterior.

Enseguida, repitió el procedimiento con un tercero, obteniendo idéntico resultado.

Horrorizados, algunos de los otros trataron de escapar.

Pero Monk y Ham los sujetaron hasta que Doc Savage hubo tocado a todos en la mejilla. Pasados muy contados segundos, todos aquellos sujetos estuvieron roncando, profundamente dormidos.

—Es evidente que no podían suministrarnos mayores informaciones —declaró Doc Savage.

Monk y Ham no se mostraron sorprendidos ante la misteriosa forma en que el contacto de Doc Savage había producido el sueño profundo de aquellos hombres.

Ya habían sido testigos anteriormente de idéntico fenómeno.

—Renny y los otros dos debieran haber llegado ya con Stroam y Mahal —manifestó el Hombre de Bronce—. Por el primero de ellos habríamos de saber, seguramente, cuál es el fondo de toda la cuestión.

—¿Quién será Ben Lane? —inquirió Monk.

—Yo también tengo curiosidad por saberlo —contestó Doc Savage—, y creo que Stroam podrá informarnos algo sobre el particular.

—Pero lo que me extraña es que no hayan llegado todavía...

Doc Savage empleaba con frecuencia métodos y procedimientos que estaban muy próximos a lo fantástico e incomprensible.

Entre esas particularidades del Hombre de Bronce cabía mencionar, especialmente, su costumbre de desaparecer repentinamente, abandonando a sus compañeros sin informarles acerca del lugar a que pensaba dirigirse.

Sus desapariciones eran, además, tan repentinas e inesperadas, que parecía, realmente, evaporarse.

Unos diez minutos más tarde, Doc Savage regresó al avión grande de tres motores y comenzó a manipular el aparato radiotelefónico.

Trataba de ponerse en comunicación con Renny y los otros, pero no logró su objeto.

El Hombre de Bronce descendió del avión paseó en derredor del aparato. Un minuto más tarde, desapareció ante los ojos de Monk y Ham. Éstos, aunque le buscaron por todo el hangar, no pudieron encontrarle.

CAPÍTULO VII

EL MAPA ESCARLATA

EL automóvil de alquiler de Renny y el "coupé" de Johnny permanecían estacionados todavía en la calle próxima a la casa en que tenía instaladas sus oficinas Mahal.

Era una calle en la que no se permitía el estacionamiento, pero a pesar de ello, no había mucho peligro de que la policía hubiese aplicado la correspondiente multa a los conductores de los mismos.

Ello se debía a la numeración de las chapas de la patente.

En Nueva York los personajes de mayor importancia llevan en sus automóviles chapas con los números más bajos.

Las cifras que aparecían en las de aquellos dos vehículos eran de las más reducidas. No era probable, en consecuencia, que un agente de policía dejase una boleta de notificación de multa debajo del limpiaparabrisas.

Pocos eran los transeúntes que solían frecuentar aquella calle y, en ese momento, estaba completamente desierta.

Esta circunstancia favorecía los planes de Doc Savage, porque, de lo contrario, al aparecer repentinamente por allí, sin duda, hubiese llamado la atención, y el Hombre de Bronce tenía siempre el mayor interés en pasar sin ser visto. También habría llamado la atención, seguramente, la rapidez con que Doc Savage se aproximó a los dos vehículos.

Pero Doc Savage se habría sentido molesto ante cualquier prueba de curiosidad o aglomeración de público.

El Hombre de Bronce examinó los botones de control de los aparatos de radio instalados en el automóvil de alquiler y en el "coupé", comprobando que los del primero estaban manchados de sangre aún fresca.

Doc no pudo establecer en el primer momento si se trataba de la sangre de Renny. Para obtener esa información habría tenido que recurrir a un análisis químico.

Sometido, en efecto, a la observación a través de microscopios ultra potentes y a la acción de diversas substancias que se emplean en los análisis, la sangre de las distintas personas demuestra poseer características diferentes.

En su mente, Doc Savage retenía un cuadro exacto de la sangre de Renny, del mismo modo como recordaba las impresiones digitales y las huellas de los pies de cada uno de sus cinco compañeros.

La presencia de aquella mancha roja confirmaba las sospechas de Doc Savage en el sentido de que algo debía haber ocurrido.

Al no poder ponerse en comunicación con sus compañeros radiotelefónicamente desde su hangar sobre el muelle del río Hudson, Doc Savage se había intranquilizado, y un deseo de investigar lo que había ocurrido le había llevado hasta las proximidades del lugar en que se encontraban las oficinas de Mahal.

La puerta de hierro, que daba acceso al sótano de la casa en que estaba el despacho de Mahal, desde la calle, estaba abierta, de manera que Doc Savage se deslizó por ella hasta dicho subsuelo. Imitando lo que hiciera Johnny, se puso a escuchar por el dictáfono.

Pero ningún ruido llegó a sus oídos.

El Hombre de Bronce subió las escaleras como un fantasma y sus pasos eran tan cautelosos que los peldaños, que siempre crujían ruidosamente, en ese momento no revelaron, ni por el menor crujido, que alguien ascendía por la escalera.

Doc Savage sacó del bolsillo una de las linternas eléctricas, accionadas por un generador de resorte. Una ligera rotación del lente ensanchaba el haz de luz.

Con paso rápido, Doc Savage recorrió el edificio, iluminando en su derredor con movimiento veloz.

Los paneles de acero corredizos permitieron al Hombre de Bronce comprender inmediatamente en qué forma habían sido atrapados Long Tom y Johnny. Además, el penetrante olor a éter completaba la información. Doc siguió hasta el santuario inferior. El piso mostraba manchas rojas en algunos lugares. La alfombra, aunque barata, era bastante nueva.

De uno de los bolsillos interiores de su americana, el Hombre de Bronce extrajo una caja plana.

Contenía ésta una botella pequeña con un tapón perforado. Doc espolvoreó el contenido de la botella sobre la alfombra.

Era un polvo que, al salir de la botella, relucía como fuego líquido. Pero al depositarse sobre la alfombra, ese brillo desaparecía con excepción de algunos lugares.

Los sitios en que seguía reluciendo el polvo mostraban la forma de las huellas de los pies.

Doc Savage, merced a sus amplios conocimientos de química, había elaborado numerosas composiciones útiles; pero pocas de ellas tenían mayores ventajas que aquel polvo.

Éste, en efecto, relucía solamente al ser sacudido, porque mediante dicho movimiento quedaban expuestas al aire nuevas superficies, y éstas brillaban con una luz fosforescente, merced a la reacción del compuesto con el aire.

La explicación de por qué relucían las huellas dejadas en la alfombra es muy sencilla. El peso de los hombres había hundido el pelo de la alfombra y éste se hallaba aún en vías de levantarse lentamente.

Este movimiento microscópico, empero, era suficiente para agitar el polvo.

Detrás de las cortinas, en el lugar que había ocupado Stroam, se veía un círculo brillante. El Hombre de Bronce conocía, hasta el milímetro, el tamaño de las pisadas de sus compañeros.

Cuando comenzó a echar su polvo sobre la alfombra del hall, pudo reconocer claramente las pisadas de Renny.

En cambio, le sorprendieron un tanto las huellas dejadas por los pies de la muchacha. La irregularidad de su paso indicaba claramente que había sido obligada a avanzar a empujones.

Para la vivaz inteligencia de Doc Savage ello indicaba claramente que aquella muchacha era una prisionera. Las huellas más profundas de dos hombres le revelaron que dichos sujetos habían transportado un peso considerable.

Doc Savage supuso que llevasen a Long Tom y a Johnny. Sus ojos midieron cuidadosamente las dimensiones de los pies de los hombres que habían transportado aquella carga.

No efectuó anotación alguna, pero disponía de una memoria tan

fiel, que días más tarde aún, hubiese estado en condiciones de indicar exactamente las dimensiones de cada urca de esas pisadas.

Doc observó que las pisadas de dos hombres relucían más que las restantes.

Su mayor brillo debíase a haber sido producidas más recientemente.

La alfombra se levantaba allí con mayor violencia.

Eran las huellas dejadas por Mahal y Stroam, al salir de la habitación detrás de los otros. Doc comprendió que habían sido los últimos en irse.

En consecuencia, prestó especial atención a la medida de las huellas de los mencionados personajes.

Pero la huella más valiosa consistía en una mancha roja sobre la alfombra.

Renny había dejado aquella indicación intencionalmente, aun cuando sus enemigos no reparasen en ello.

Había empleado para ello su mano, tinta en rojo. Doc arrodillóse al lado de la mancha. La luz de la linterna iluminó claramente aquella señal.

Para cualquier persona menos observadora que Doc Savage, aquella mancha no hubiese tenido ninguna significación, pero el Hombre de Bronce era más sagaz que el resto de los mortales y comprendió inmediatamente la intención de su compañero.

La mancha en cuestión representaba un dibujo burdo de Long Island, el lugar que Stroam había indicado para que fuesen llevados los prisioneros.

Ahora bien, Long Island tiene una longitud de más de 100 millas y su ancho excede, en algunos puntos, de 20 millas, pero esto no era inconveniente para que Doc Savage abrigase esperanzas de encontrar a sus compañeros cautivos.

CAPÍTULO VIII

SIGUIENDO LA PISTA DESDE EL AIRE

EN el hangar que Doc Savage poseía a orillas del río Hudson, Ham y Monk esperaban ansiosamente noticias de su amigo y jefe.

Los dos hombres se entretenían discutiendo como lo hacían habitualmente, adquiriendo la disputa, en determinados momentos, caracteres de tanta violencia, que cualquier persona ajena a ellos hubiese pensado que se irían a las manos.

Pero, en realidad, Monk y Ham eran excelentes amigos, prontos a arriesgarse el uno por el otro.

La llegada de Doc Savage puso término a la discusión. El Hombre de Bronce penetró en el hangar por la misma puerta secreta por la que anteriormente saliese y avanzó rápidamente en la dirección del gran avión de pasajeros, que ordenó alistar inmediatamente.

Sus compañeros no perdieron el tiempo en inútiles preguntas.

Rápidamente cada uno de ellos se ocupó de una tarea destinada a alistar la máquina.

Un minuto más tarde, Doc Savage accionó una palanca que abría la puerta del galpón que daba al río y, poniendo en marcha el motor del avión, lo hizo resbalar por un plano inclinado, tocando las aguas del río Hudson y levantando el vuelo en gran estilo.

Monk y Ham le acompañaban en el aparato, lo mismo que el cerdo, mascota del último, Habeas Corpus, que, habituado a esas salidas repentinas y conociendo sus funciones y su misión, había subido al aparato con la agilidad de un perro.

Los tres motores imprimieron en cantados minutos una extraordinaria velocidad al aparato. Las puertas del hangar se cerraron automáticamente, una vez que el avión hubo salido.

Desde el muelle muchos curiosos se mostraron sinceramente maravillados por la facilidad con que despegaba el avión.

En el interior de la cabina del avión la conversación en tono normal era perfectamente posible. Al construir el aparato, se le había dotado de paredes especialmente diseñadas para evitar que dejasen pasar el ruido de los motores.

También se había logrado reducir el silbido de la hélice, dando a ésta una forma adecuada, resultado de un estudio que realizara Doc Savage.

—¿Adónde vamos? —preguntó Monk.

—A Long Island a buscar a nuestros compañeros, que han sido secuestrados —respondió Doc Savage con toda naturalidad.

—¿Y cómo vamos a encontrarlos? ¿Tienes alguna idea del lugar en que puedan estar?

—Ninguna.

—¿Y cómo fueron llevados hasta allí?

—No lo sé.

Ham soltó un profundo suspiro:

—Entonces el buscarlos resultará poco menos que imposible —afirmó con desasosiego.

Desde el aire, a la altura en que volaban los grandes rascacielos se asemejaban, en cierto modo, a extrañas plantas de cactus, mientras que las calles parecían ser tajos efectuados con una gran cuchilla.

La torre del edificio en que se hallaban las oficinas de Doc Savage se parecía a la punta afilada de un lápiz, y los buques cortos en el puerto tenían el aspecto de piojos de agua.

De pronto, Doc Savage ordenó:

—Quítense los zapatos.

Ham y Monk se miraron mutuamente y, después, posaron la vista en los zapatos nuevos, que Doc Savage les había regalado.

Al hacerles aquel obsequio, el Hombre de Bronce no había dado a sus compañeros ninguna explicación, limitándose solamente a pedirles que los usasen, pero ellos comprendieron que tendría sus razones para ello.

Ahora estaban seguros de que existían esas razones, a pesar de que seguían ignorando su naturaleza.

Los dos hombres se quitaron en consecuencia los zapatos, y Doc

Savage hizo lo propio.

El Hombre de Bronce colocó todos los zapatos en una caja, que parecía ser de plomo, teniendo sus paredes un espesor extraordinario. La tapa cerraba herméticamente.

Enseguida, Doc Savage puso en acción el dispositivo de comando automático.

—¿Por qué colocaste esos zapatos en la caja? —preguntó Monk.

—Para que no ejerciesen una influencia desfavorable sobre el funcionamiento del dispositivo de comando automático —explicó Doc Savage, mientras se dirigía a la parte posterior de la cabina.

Allí, tapado por una lona, se encontraba otro dispositivo nuevo, que los compañeros de Doc Savage no conocían todavía.

Cerca de dicho dispositivo, en el piso de la cabina, el Hombre de Bronce había abierto una perforación redonda, con todas las características de un ojo de buey y cerrado con un vidrio especial, de manera que el conjunto tenía las apariencias de una lupa.

Numerosos cables, bobinas, lámparas de radio y otros accesorios complicados estaban conectados a ese vidrio, terminando todo el circuito en un altoparlante común.

—¿Cuándo instalaste ese aparato, Doc? —inquirió Monk—. Es la primera vez que lo veo.

—En efecto, Monk; lo instalé ayer. En realidad, aún no lo he ensayado, pero espero que funcionará.

—¿Está destinado a facilitarnos la tarea de buscar a nuestros compañeros? —inquirió Ham.

—En efecto.

Doc Savage desconectó nuevamente el dispositivo de comando automático, entregando los controles a Ham.

—Toma la dirección de la parte Norte de Long Island, Ham —indicó;— y procura mantenerte a dos o tres millas de la costa.

El abogado tomó inmediatamente la dirección de la nave. No necesitaba mayores explicaciones.

Cada uno de los cinco compañeros de Doc Savage era un experto piloto.

Al iniciar la busca por el extremo Norte de Long Island, Doc Savage no se guió por un mero impulso.

El puente de Queensborough estaba tan cerca del barrio en que Mahal tenía sus oficinas. Este puente conducía a la costa Norte de

Long Island.

Al pasar por dicho puente, podían tomarse dos carreteras y, como es lógico, el Hombre de Bronce pensó que la gente de Stroam habríase dirigido hacia allí.

El avión pasó sobre el puente citado y siguió la carretera más al Norte, que cruzaba una región casi enteramente despoblada, donde, en tiempos de los "gangsters", más de una persona había quedado tendida en el suelo, acribillada a balazos.

Doc Savage trabajaba con su aparato moviendo diales y llaves. De pronto, hacía girar todo el aparato como si hubiese sido un reflector. Monk habíase arrodillado al lado del Hombre de Bronce.

El químico no formulaba ni una pregunta, convencido de que sería inútil hacerlo, porque Doc Savage estaba en aquellos momentos demasiado ocupado para poder contestarle.

El avión volaba en esos instantes por encima de Long Island. De pronto, el aparato que estaba ensayando el Hombre de Bronce produjo un silbido, que fue aumentando en intensidad.

Doc Savage hizo girar el aparato hacia la derecha y el silbido se hizo más débil, lo giró a la izquierda y aumentó su volumen.

—Está funcionando —declaró Doc con un suspiro de satisfacción.

Monk indicó con un gesto el aparato que estaba probando Doc:

—¿Quieres decir que ese silbido indica la presencia de Renny y los demás? —inquirió.

—Exactamente. ¿Te llama la atención?

—Así es.

En el interior de la cabina del avión reinaba un silencio tan profundo, que Ham escuchó la conversación desde el asiento del comando, que ocupaba.

—¿Qué es ese aparato, Doc? —preguntó.

—Sería difícil describirlo en pocas palabras —contestó Doc—. Pero, en principio, se trata de un dispositivo que funciona lo mismo que el electroscopio. Hay ciertas sustancias, como, por ejemplo, el radio, que emiten ciertas emanaciones. Ahora bien, el electroscopio es un aparato que consta de dos delgadas láminas de estaño o de oro, suspendidas de un conductor eléctrico. Cuando ese aparato se coloca en un lugar próximo a otro, en que hay radio, las hojitas metálicas se separan. En mi aparato, no existen hojitas metálicas

como en el electroscopio, sino que se trata de sustancias químicas que producen reacciones, como consecuencia de las cargas eléctricas infinitesimales que contienen. Estas reacciones en la corriente son ampliadas y mueven un oscilador que, a su vez, produce un silbido en el altoparlante. Ahora bien, las suelas y los talones de los zapatos que ustedes usan contienen una sustancia parecida al radio, que emite emanaciones invisibles. Dichas emanaciones pasan por todas las sustancias, como los rayos X. En consecuencia, el que lleve esos zapatos podrá encontrarse en cualquier lugar, ya sea en un sótano, como en un rascacielos; pero al pasar por encima de él, hará reaccionar al dispositivo.

—Ahora comprendo por qué colocaste nuestros botines en esa caja de plomo —exclamó Monk—. Fue para que no hiciesen reaccionar el aparato.

—Tú lo has dicho —asintió Doc Savage—. Esta caja está hecha de un metal que las emanaciones no pueden atravesar.

En ese momento, el localizador emitió un silbido más fuerte.

Doc y Monk tomaron unos larga vistas. Y comenzaron a estudiar el terreno a sus pies.

—Mira esos dos automóviles de turismo que recorren la carretera —declaró Doc.

—Los veo —observó Monk.

Doc dio una orden a Ham.

—Baja sobre esos automóviles —gritó.

—¿Viajan en ellos nuestros compañeros? —inquirió Monk.

—Así parece ser —respondió Doc.

CAPÍTULO IX

EL RELATO DE MIDNAT

EL ruido producido por el localizador ideado por Doc Savage fue en aumento a medida que el aparato descendía. El Hombre de Bronce movió un control y puso fuera de servicio el dispositivo.

—Ya no me cabe la menor duda —declaró—, Renny o alguno de los otros, y quizá los tres, se encuentran en esos automóviles.

Monk, asomándose por la ventanilla del avión, calculó la velocidad a que marchaban los automóviles.

—Van, por lo menos, a ochenta kilómetros por hora —anunció—. ¿Cómo podremos obligarlos a detener la marcha? Seguramente no harán caso a nuestra orden de detenerse y tampoco podemos hacer fuego sobre ellos, porque corremos el riesgo de herir a alguno de los nuestros.

A guisa de contestación, Doc Savage abrió un pequeño armario, existente en el interior de la cabina, sacando de su interior unos objetos metálicos.

Eran recipientes ovalados, con un vástago en un extremo.

—Bombas de gas —suspiró Monk—. ¿Pero cómo emplearlas, Doc? Si atacamos con esas bombas a los individuos que manejan el vehículo, se estrellarán dentro de la zanja que bordea el camino.

Doc Savage no contestó, limitándose solamente a preparar las bombas y a lanzarlas, por un tubo especial, tan pronto como el avión, volando por encima de los vehículos, se adelantó a ellos algunos metros.

Al chocar contra el suelo, aquellas bombas se rompieron, saliendo de su interior un gas, que se levantó del camino como una nube.

Los coches pasaron a través de ella sin que, al parecer, sufrieran

el menor inconveniente. Pero cuando Doc Savage hubo lanzado media docena de bombas, pudo observarse que los vehículos iban aminorando la velocidad hasta detener la marcha completamente.

—¿Qué bombas son ésas? —inquirió Monk.

—Contienen una sustancia que, al mezclarse en el interior de los carburadores con el gas de nafta y el aire, la vuelve inexplosiva —se limitó a explicar Doc Savage, a la vez que indicaba a Ham que debía dar la vuelta y pasar nuevamente por encima de los coches.

Estos habíanse detenido en mitad del camino, descendiendo sus ocupantes, los que, inmediatamente, abrieron el fuego contra el avión con revólveres, pistolas y rifles.

Felizmente, Doc Savage había previsto los ataques de esa naturaleza y construido aquel avión con una chapa de acero que, aunque delgada y liviana, no dejaba pasar las balas, de modo que éstas no tuvieron otro efecto del que hubiera podido tener el granizo.

Desde otro armario, Doc sacó una nueva partida de bombas. Las indicaciones que ellas llevaban en su exterior, sin embargo, indicaban que eran distintas de las otras.

Cuando volaron encima de los individuos que estaban descargando sus armas contra ellos, el Hombre de Bronce dejó caer sus nuevas bombas.

Una de ellas se rompió sobre el techo de uno de los coches de turismo y otra tan cerca de los coches, que su contenido penetró en los mismos.

Se trataba de un gas incoloro. Uno de los sujetos levantó las manos, soltó el revólver y comenzó a dar vueltas lentamente. Por fin, se desplomó al suelo.

Los demás se condujeron exactamente en la misma forma.

Doc, entonces, tomó los comandos del avión. La carretera ofrecía una pista de aterrizaje muy estrecha, de manera que se requería suma habilidad para descender allí.

Pero pocos eran los pilotos que tenían la habilidad de Doc Savage. Como en tantas otras cosas, también descollaba como conductor de aviones.

Una rápida y certera maniobra le permitió descender sobre la carretera a pocos metros de los automóviles, de cuyo interior iban saliendo en aquellos momentos Long Tom, Johnny, Renny y una

joven, desconocida para Doc Savage.

Los tres hombres y la muchacha parecían hallarse aún mareados por el éter, que se había utilizado para narcotizarlos.

La pequeña Midnat d'Avis se mostró sorprendida.

—Todavía no comprendo por qué me aconsejó usted que no respirase durante el mayor tiempo posible, después de esa segunda barrera de gas —dijo a Renny.

—Fue para que pudiese usted escapar a los efectos de él —le respondió el interpelado.

—No entiendo.

—El mencionado gas es una especie de anestésico, que produce inmediatamente la pérdida del conocimiento al penetrar en los pulmones —explicó Renny—. Pero se trata de una substancia que pierde su eficacia al minuto después de mezclarse con el aire.

—¡Oh! —exclamó la joven—. ¿Quién puede haber ideado un gas así?

—Él —contestó Renny, señalando con su enorme mano a Doc.

Midnat d'Avis dirigió la mirada hacia Doc Savage. Evidentemente era la primera vez que se detenía a observar al Hombre de Bronce.

Sus ojos se abrieron y sus labios temblaron ligeramente. Tartamudeando, sólo pudo decir:

—¿Ese es Doc Savage?

—Seguramente —le contestó Renny—. ¿No es como usted se lo imaginaba?

La muchacha miró detenidamente al Hombre de Bronce, que en ese instante se encontraba muy cerca de ella.

Apreció su imponente figura, su extraordinaria agilidad, su gran simpatía.

—Sí —dijo—. Podrá serlo.

Enseguida quedó mirando como fascinada a Doc Savage cuando éste se detuvo delante de ellos.

—Aten a esos individuos antes de que se repongan de la anestesia —ordenó Doc Savage—. Vamos a interrogarles. Y tú, Renny, saca del avión el botiquín de primeros auxilios. Echa algún desinfectante sobre esas heridas que tienes en el pecho.

Johnny y Long Tom, describiendo lentamente un círculo, y, después de mirarse uno a otro, se sentaron.

—Son mareos provenientes del éter —les indicó Doc Savage—. Pronto desaparecerán.

—Sí, siempre que mi cabeza resista, porque me duele terriblemente —comentó Long Tom.

—Tus dolores encefálicos no pueden compararse con los míos —insistió Johnny, el eterno escolástico.

A su vez, Monk dispensaba a la joven una mirada sincera de admiración.

La indiferencia ante el bello sexo no era una de sus virtudes. Midnat d'Avis se mostró un tanto contrariada.

Como consecuencia de su extraordinaria belleza física, estaba habituada a ser admirada abiertamente por todos los hombres, pero Doc Savage constituía, al parecer, una excepción de la regla.

La muchacha estaba segura de que ni siquiera se había dignado mirarla y ello, naturalmente, la sorprendía.

Su asombro fue en aumento aún cuando vió que Doc Savage comenzaba a atar a la gente de Stroam aprovechando sus propios cintos, corbatas y mangas de camisas.

—¿Odia a las mujeres? —no pudo por menos de preguntar al que estaba más cerca a ella y que era, no ciertamente por casualidad, el poco elegante Monk.

—¿Quién? ¿Doc? —inquirió éste, sorprendido.

—Ni me miró —aseguró la joven, contrariada.

—Usted no es la primera —respondió Monk. Y enseguida completó el pensamiento, para evitar posibles malos entendidos:—Quiero decir que ya se ocupará de usted cuando llegue el momento.

—Me gusta —respondió Midnat d’Avis, fríamente.

*****

Monk tardó en encontrar las palabras más adecuadas para describir la situación a la joven.

Con este propósito tendría que informarla, en primer término, acerca de la actitud que Doc Savage solía adoptar generalmente en sus relaciones con el bello sexo.

El Hombre de Bronce, sencillamente, no se permitía a sí mismo el menor interés en ese sentido. Había en la decisión de Doc Savage un frío razonamiento.

El Hombre de Bronce no ignoraba que tenía muchos enemigos y que éstos no vacilarían en atacarle por medio de la mujer de quien

se enamorase o con quien se casase.

No queriendo exponer a ninguna mujer a tales peligros, prefería hacer caso omiso de todas ellas.

Por fortuna para Monk, su cerdo-mascota Habeas Corpus le evitó tener que engolfarse en largas explicaciones, porque en aquel momento el animal descendió del avión y vino corriendo en su dirección, con las orejas extendidas como las alas de un aeroplano.

Habeas Corpus examinó también con interés a la joven, mientras que Monk aseguraba a ésta:

—Todos los demás no odiamos a las mujeres.

Acto continuo comenzó a describir las cualidades de su cerdo-mascota, intercalando de paso algún comentario sobre las de sí mismo.

Ham, desde alguna distancia, miraba a su compañero con disgusto. Le molestaba observar que la joven dispensaba su atención a Monk.

Los prisioneros fueron colocados en los coches. Renny tomó la dirección de uno de ellos. Long Tom y Johnny, ya repuestos de su mareo, se encargaron de otro.

—Lleven a toda esa gente al hangar —ordenó Doc—. Yo estaré allí cuando lleguen. Para entonces ya habrán recobrado el conocimiento y podremos interrogarlos.

Los coches se alejaron y el Hombre de Bronce siguió ordenando:

—Suba al avión, señorita.

Era la primera vez que le dirigía la palabra. Y su expresión seguía siendo tan indiferente como antes, aumentando el rencor de la joven, que cumplió la orden recibida.

La máquina levantó el vuelo inmediatamente.

Una vez que el aparato se encontró en el aire, volando en la dirección del hangar, Doc Savage cedió la dirección a Monk y se dirigió al interior de la cabina donde se encontraba Midnat d'Avis.

—Podemos hablar unos minutos —dijo—. Supongamos que ya hemos sido presentados, para no perder tiempo. ¿Cómo se llama usted?

Hacía muy pocos minutos que la joven había decidido recibir a Doc Savage con frialdad glacial cuando se dignase dirigirle la palabra.

Habíase molestado considerablemente por la indiferencia de Doc

Savage, hecho que, en realidad, la sorprendía un tanto, teniendo en cuenta que estaba acostumbrada a las atenciones de todos los hombres sin que a ella le gustasen, hasta el punto de que con frecuencia prefería que ni siquiera le hablasen.

Pero Doc Savage era distinto. Midnat se sentía extraordinariamente fascinada por él y estaba resentida al comprobar que el Hombre de Bronce parecía no verla siquiera. Pero como era una joven de mucho amor propio, naturalmente, no se confesaba a sí misma que esto era la razón de su disgusto sino que, por el contrario, trató de convencerse de que no la atraía el Hombre de Bronce.

—Me llamo Midnat d'Avis —comenzó diciendo la muchacha, extrañándose ante el tono dulce de sus palabras, no obstante su decisión de hacerlas severas.

—Quizá me conozca usted. Me llamo Clark Savage Jr. Y ahora quisiera saber cuál es la situación exacta de usted en este asunto.

Midnat d'Avis tuvo que admitir para sus adentros que jamás había encontrado a un hombre de voz tan fascinadora.

—Soy una detective privada —dijo—. Mi despacho está instalado en Toronto, Canadá. Trabajo en este momento por cuenta de un hombre que se llama Ben Lane.

—Perfectamente. Tengo el mayor interés en obtener alguna información acerca de ese Ben Lane.

—Lamento no poder serle muy útil, señor Savage, porque no conozco personalmente a mí cliente.

—¿Cómo ha contratado sus servicios?

—Por telégrafo. Me envió un despacho desde un puesto de la Policía Montada en el Norte de Canadá. Su telegrama me pedía que me trasladase a Nueva York, vigilase el establecimiento de Mahal y tratase de encontrar la pista de un tal Stroam. Después debía comunicar mis observaciones a Ben Lane.

—¿Dijo Ben Lane en sus instrucciones cuál era el hecho de querer seguir a Stroam?

—No. Se limitó a pedirme que le comunicase telegráficamente cómo era el tal Stroam, que lo describiese en un telegrama y que, después, no le perdiese de vista, en espera de nuevas instrucciones.

La muchacha miraba fijamente a Doc Savage y éste, aun cuando aparentaba no darse cuenta de ello, se sintió un poco incómodo,

porque Midnat d'Avis era realmente guapa.

—¿Entonces sabía Ben Lane que Stroam se había dirigido a Nueva York para ponerse en contacto con Mahal? —inquirió el Hombre de Bronce.

La joven asintió.

—Así es, señor Savage —contestó.

—¿Adónde debía enviar usted sus informes acerca de los movimientos de Stroam?

—Al capitán Stonefelt, de la Policía Montada, a cargo del puesto de Sierra Nevada.

—¿Sierra Nevada? —preguntó Doc Savage—. Eso es la región Noroeste del Canadá, ¿verdad?

—Así es, señor. Se trata de un puesto hasta el cual no llegan las líneas telefónicas ni telegráficas. Las comunicaciones se efectúan por intermedio de la estación radiofónica de la Policía Montada.

Y, mientras hablaba, la muchacha demostraba claramente que Doc Savage la había conquistado.

CAPÍTULO X

LA JAULA DE VIDRIO

EL poderoso avión de Doc Savage tomó nuevamente la dirección del hangar sobre el muelle del río Hudson.

—Yo estaba siguiendo a Stroam —refirió Midnat d'Avis a Doc Savage—, y por eso me encontraba en la casa de Mahal.

El Hombre de Bronce estudió atentamente a la muchacha.

—¿Conoce usted los motivos de esta cuestión? —inquirió.

—No, señor. Ha sido para mí, desde el comienzo, un profundo misterio.

Pero no solamente la muchacha ignoraba esos motivos, sino también los individuos que, pagados por Stroam, no hubiesen vacilado en asesinar a Doc Savage y a todos sus compañeros. Esto quedó, en efecto, claramente demostrado cuando dichos sujetos, llegaron, cautivos en los dos coches de turismo, al hangar de Doc Savage y éste comenzó a interrogarlos.

Ninguno de ellos, en efecto, pudo ofrecerle una explicación satisfactoria.

Todos manifestaron no haber visto jamás el rostro de Stroam.

—Stroam siempre es muy precavido —explicó uno de ellos—. Jamás muestra la cara.

Midnat d'Avis asistía al interrogatorio y en sus facciones se observaba una expresión de extrañeza.

El motivo de esa expresión quedó revelado al poco tiempo, cuando se dirigió a Doc Savage:

—Señor Savage —manifestó—. Me olvidé de decirle una cosa.

—¿Cuál?

—Que en mis instrucciones, además de la misión de seguir a Stroam, Ben Lane me encomendó que obtuviese informes de usted.

—¿Y logró muchos?

—Ciertamente, aun cuando no creí la mayor parte de los milagros que me contaron acerca de su persona.

Ham intervino en aquel momento en la conversación.

—¿Y por qué ha podido interesarse por tu persona ese Ben Lane, Doc?

—Muy sencillo —respondió el Hombre de Bronce—. Sabemos que tenía el propósito de solicitar mi ayuda y, naturalmente, no habrá querido hacerlo antes de estar convencido de que esa ayuda podría resultarle realmente útil.

—¿Y qué haremos ahora?

—Trataremos de ponernos en comunicación con el puesto de la Policía Montada en Sierra Nevada, por medio de nuestro poderoso transmisor y preguntaremos al capitán Stonefelt si está en condiciones de suministrarnos algunas informaciones interesantes.

Si nuestra onda no puede ser captada directamente, haremos retransmitir nuestros despachos.

—Pero Stroam y Mahal se hallan todavía en la ciudad —opinó Ham—, y me parece que el primero de ellos es un mal cliente. No me extrañaría que todavía nos produjese algún disgusto.

Y, efectivamente, los hechos demostraran muy pronto que el abogado estaba en lo cierto.

Empleando su jeringa hipodérmica para inyecciones en las yemas de los dedos, Doc Savage administró a los prisioneros una droga que los dejaba en un estado comatoso que persistía hasta que se empleara un antídoto.

Enseguida utilizó su teléfono para llamadas a larga distancia y se puso en comunicación con su «sanatorio», situado en el Estado de Nueva York.

—Un cargamento de cobayos está listo para el embarque —anunció por el micrófono—. Necesitarán tres cajones para llevarlos. Los animales están en el depósito del río.

Es bien sabido que las telefonistas interceptan frecuentemente las conversaciones telefónicas.

Por eso Doc Savage empleaba una clave, que no podía ser interpretada por quien no estuviese en el secreto. Los cobayos eran los prisioneros, que Doc quería trasladar a su sanatorio, donde serían sometidos a un tratamiento especial, a fin de convertirlos

nuevamente en individuos útiles para la sociedad.

Los cajones representaban ambulancias y el depósito junto al río era el hangar.

Terminada la primera conversación, el Hombre de Bronce pidió una segunda comunicación, poniéndose en contacto con la policía.

—¿Podemos serle útil en alguna cosa, señor Savage? —preguntó el oficial que contestó a la llamada, al reconocer la voz del Hombre de Bronce.

El tono de la pregunta demostraba claramente que el funcionario tenía el mayor interés en servir a Doc Savage. Evidentemente conocía la reputación de éste y, además, tendría conocimiento de la orden dada personalmente por el Jefe de Policía a todos los funcionarios en el sentido de que debían prestar la máxima colaboración a Doc Savage, sin formularle ninguna pregunta.

—Deseo que realicen ustedes una batida para detener a dos individuos.

Doc suministró una rápida descripción de Mahal, tan exacta, que éste se hubiese quedado sorprendido si la hubiera escuchado, ya que estaba convencido de que Doc Savage ignoraba completamente su existencia.

—Conocemos a ese sujeto —declaró el funcionario policial—. Se trata de un simulador, que se hace pasar por místico y fakir.

—El otro individuo a quien deseo que detengan —siguió diciendo Doc—, es un sujeto llamado Stroam. Probablemente le encuentren en compañía de Mahal. Calza el número 42. Mahal pesa unos 70 kilos y Stroam alrededor de 88. Camina con pasos largos.

—¿Y la cara?

—No se la hemos visto nunca.

El funcionario policial lanzó una exclamación de asombro. Doc Savage prosiguió:

—Los informes que acabo de proporcionarle son el resultado del estudio que hemos efectuado de las pisadas del individuo.

Una nueva exclamación de asombro saludó estas palabras del Hombre de Bronce; pero indudablemente el empleado de policía se habría mostrado más extrañado aún de haber sabido cómo se había arreglado el Hombre de Bronce para analizar esas huellas de Stroam por medio del polvo de su invención, que extendió sobre la alfombra. Monk, mientras tanto, observaba con disgusto a Ham, que

estaba hablando con Midnat d'Avis, contándole algunas cosas acerca de Doc Savage. El abogado refería en ese momento:

—Doc tiene numerosos enemigos. Todos los individuos que viven al margen de la Ley tienen motivos para estar disgustados con él.

—¿Y cómo hace para protegerse contra ellos?

—Adoptando toda clase de precauciones. Así, por ejemplo, en el piso que tiene en uno de los más grandes rascacielos de Nueva York existen numerosos dispositivos de alarma y trampas.

Las anteriores palabras apenas habían sido pronunciadas cuando resonó con extraordinaria intensidad una campanilla eléctrica.

—¿Qué es eso? —inquirió la joven.

—Uno de los aparatos de alarma de que acabo de hablarle. Nos indica que alguien ha penetrado en el piso del rascacielos.

Pocos minutos más tarde, Doc Savage y sus compañeros se trasladaban en uno de los automóviles de turismo hasta el lugar en que se encontraba el rascacielos, cuyo 86.° piso ocupaba el Hombre de Bronce.

Este viajaba en el estribo del coche, lugar que ocupaba con frecuencia y le permitía observar, con mayor facilidad, cualquier peligro a la vez que obtener libre tránsito para su automóvil, gracias a su popularidad entre los agentes de policía.

La distancia hasta el barrio de Manhattan en que se encontraba el rascacielos fue cubierta en contados minutos.

Doc Savage y sus compañeros, a quienes acompañaba en aquella ocasión Midnat d'Avis y el cerdo-mascota de Monk, Habeas Corpus, subieron por el ascensor privado hasta el 86 ° piso.

Tan pronto como llegaron a él pudo comprobarse que la nueva puerta de acero, revestida de madera, que Doc Savage había instalado en la entrada de su departamento, había sido abierta por medio de un arco voltaico.

En el lugar de la cerradura se veía un agujero. También había sido violado el buzón de la correspondencia.

Doc prestó escasa atención a estos detalles, penetrando en el piso, seguido por sus compañeros.

A través de la puerta entreabierta de la biblioteca se alcanzaba ver a Mahal, que daba vueltas como un perro dentro de una jaula.

Al aproximarse a él Doc Savage, el falso fakir le apuntó con un

revólver y apretó el gatillo.

Pero la bala se estrelló a pocos centímetros del cañón del arma, como si hubiese sido detenida por una pared misteriosa. Midnat d'Avis estuvo a punto de preguntar a Monk o Ham a qué se debía aquel fenómeno, pero no tuvo necesidad de ello, porque el primero de los nombrados se apresuró a explicarle:

—Está encerrado en una jaula de vidrio inastillable y que ofrece resistencia a las balas. Esa jaula baja del techo, aprisionando al que penetra en la biblioteca. Se trata de una de las trampas que Doc ha instalado aquí.

Mahal, más aterrorizado que antes, tiró al suelo su revólver, moviendo los brazos en furiosas gesticulaciones.

—No quise hacerle daño, sahib —gritaba.

—No lo dudamos —contestó Monk, con una carcajada irónica, mientras se acercaba al lugar en que se encontraban los controles que permitían levantar nuevamente la jaula, haciéndola subir hasta el techo, en el cual penetró sin que fuese posible distinguirla.

Un registro de las ropas de Mahal dio por resultado el encuentro de algunas balas de repuesto para la pistola, unos dólares norteamericanos y un rollo de billetes de Banco canadienses por un valor de mil dólares.

—Ese Stroam parece ser bastante generoso —comentó Ham.

Y, dirigiéndose a Mahal, le preguntó:

—¿Fue él quien le dio ese dinero?

—No conozco a ningún hombre que se llame así —mintió Mahal.

Doc Savage, mientras tanto, regresó al hall, en cuya rica alfombra echó un poco de polvo revividor de pisadas y, después de examinarlas, regresó a la biblioteca.

—Como ustedes habrán podido observar —afirmó,— no se encuentra aquí ni el menor rastro del aparato con que fue producido el arco voltaico empleado para abrir la puerta de entrada al departamento y la del buzón.

—¿Y dónde puede estar? —inquirió Monk.

—La explicación es muy sencilla —contestó Doc Savage—. Mahal ha venido aquí en compañía de Stroam. Las pisadas de ambos confirman esta aseveración. Cuando el falso fakir quedó aprisionado en la jaula de vidrio, su compañero se apresuró a

abandonarlo a su suerte, retirándose con el soplete y llevando consigo, probablemente todo lo interesante que haya encontrado en la correspondencia que había en el buzón: cartas y telegramas. Estos últimos se dejan en el buzón cuando no estamos, como tú bien sabes.

Monk sonrió a Mahal.

—¿De modo que tu jefe te abandonó? —preguntó.

—Yo no sé nada —respondió el interpelado—, y pido que me pongan en libertad inmediatamente.

—¿De veras? —inquirió Monk, con una carcajada irónica.

CAPÍTULO XI

EL MENSAJE DE BEN LANE

MAHAL fue conducido a la sala de recibir. Johnny cerró la puerta que daba al exterior. No tenía importancia que ella tuviese un agujero en el lugar que estaba la cerradura.

Teniendo en cuenta que Doc Savage ocupaba todo el piso, no era probable que nadie pasase por delante de la puerta y pudiera escuchar algún ruido producido por el método empleado para hacer hablar a Mahal.

En cuanto a éste, observábase una extraña expresión en sus oscuros ojos. El temor que sintiera anteriormente había desaparecido por completo.

Monk reparó en esa circunstancia.

—Parece que ese sujeto está recobrando su sangre fría —manifestó—. Si yo estuviese en su pellejo, me creería tener motivos para estar más preocupado.

En un lugar desocupado, junto a una de las paredes, Doc Savage colocó una silla, ordenando al supuesto fakir que se sentase en ella.

—Usted, evidentemente, ha visto alguna vez la cara de Stroam —empezó diciendo el Hombre de Bronce;— de manera que ahora nos lo describirá.

La voz de Doc Savage poseía el timbre habitual, pero había en ella una decisión tal que las facciones de Mahal adquirieron en cierto modo alguna semejanza con una cebolla recién pelada.

—Ustedes han cometido un grave error al apoderarse de mí, señores —declaró.

—Será mejor que abandone usted esa táctica —contestó Doc Savage.

Mahal mostró sus blancos dientes en una sonrisa irónica.

—¿Es una amenaza?

—¿Qué cree usted?

—Creo que usted debe ponerme inmediatamente en libertad, porque ya voy perdiendo la paciencia.

Johnny y Renny se aproximaron a Mahal y levantaron los puños en actitud poco tranquilizadora. Doc Savage no perdió la sangre fría, sino que, dirigiéndose a Monk le dijo:

—¿Quieres traerme el suero de la verdad?

Monk lanzó una mirada irónica a Mahal.

—Compañero —manifestó, mientras se encaminaba al laboratorio;— dentro de pocos minutos dirás más verdades de las que dijiste en toda tu vida.

Al escuchar estas palabras, el falso fakir efectuó un movimiento inesperado.

Se llevó las manos a la cabeza y se arrancó un mechón de cabello.

EL dolor le hizo hacer un gesto de desagrado, pero, conservando toda la sangre fría, mantuvo los cabellos a corta distancia de sus labios.

—Idiotas —gritó—. Stroam previó esta posibilidad y me proporcionó los medios para escapar.

Doc Savage no se había movido del lugar que ocupaba.

Renny, con las enormes manos abiertas, quiso lanzarse sobre Mahal; pero el Hombre de Bronce le contuvo.

—Espera —dijo;— ese hombre está hablando en serio.

—Stroam me puso en el cabello una substancia química —explicó Mahal, con una carcajada—, que al ponerse en contacto con la saliva desarrolla un gas sumamente tóxico. No tendré más que masticar este cabello para que todos ustedes mueran.

—Ese sujeto debe de estar loco —opinó Monk—. El gas también le matará a él.

—No —exclamó Mahal triunfalmente;— yo he tomado una bebida que me inmuniza contra el tóxico.

Doc Savage no dijo nada, sino que se limitó a levantar una mano, manteniéndola, con el pulgar y el índice doblados, a la altura de los ojos de Mahal, mientras que sus ojos se posaron en el falso fakir con toda la intensidad de su mirada.

Pero Mahal comprendió inmediatamente lo que aquello

significaba.
—Usted pretende hipnotizarme —gritó, llevándose la mano a los labios.
Doc traspuso con un salto la distancia que les separaba.
Pero ni aun sus músculos de acero, que el Hombre de Bronce controlaba a la perfección, gracias a las muchas horas de entrenamiento pudieron hacerle llegar a tiempo al lugar que ocupaba Mahal, quien se introdujo el mechón de cabellos en la boca y comenzó a masticarlos.
Midnat d'Avis lanzó un profundo suspiro y corrió hacia la puerta, tratando de escapar a los efectos del gas tóxico que Mahal había pronosticado.
El mismo Doc Savage, al comprender que no había podido evitar que el falso fakir llevase a cabo su promesa, dio un paso atrás para estar preparado.
Mahal se levantó de la silla, irguiéndose. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos.
Observábase en ellos una expresión demoníaca, pero duró solamente un instante, porque, enseguida, se cerraron.
Mientras tanto, su boca iba abriéndose, saliendo de ella su lengua, en la que aún estaban los cabellos mascados.
Un instante después, cayó al suelo, como si todos sus músculos se hubiesen convertido en agua. Doc se inclinó sobre él. Un rápido examen le convenció de la verdad:
—Malhal está muerto —declaró enseguida, con una extraña vibración en la voz.
—¿Y el gas? —inquirió Monk.
—No hay tal gas respondió Doc Savage —. Lo que ha ocurrido es que Stroam logró convencer a Mahal de que, mascando esos cabellos, se formaría un gas tóxico que le permitiría recobrar la libertad. Pero, en realidad, la pasta con que untó dichos cabellos estaba elaborada a base de cianuro de potasio, un veneno sumamente enérgico. De este modo, Stroam estaba seguro de que en el caso de ser arrestado Mahal, se suicidaría, aun sin quererlo, antes de formular declaración alguna que pudiese comprometerlo. Eso solo nos revela que se trata de un enemigo peligroso.
En aquel momento, Ham llamó la atención sobre el buzón de la correspondencia, que había sido forzado.

—¿Qué se habrán llevado de allí? —inquirió.

No tardaron mucho tiempo en conocer la respuesta a esta pregunta.

En efecto, Doc Savage había estado acertado al encomendar a la policía de Nueva York la captura de Stroam, aun cuando solamente pudo suministrar de éste los datos que había podido derivar de las pisadas encontradas en el departamento de Mahal.

Pero la policía de Nueva York es una organización de gran eficiencia.

Sabía, además, que Doc Savage requería su cooperación únicamente cuando se trataba de un asunto de verdadera importancia.

En consecuencia, cualquier indicación del Hombre de Bronce era atendida con especial cuidado.

Al recibirse la solicitud de arresto de Stroam, se destacaron inmediatamente agentes a todos los aeródromos y estaciones ferroviarias, recomendándose la captura igualmente a los destacamentos instalados en las carreteras que partían de la ciudad de los rascacielos.

Pocos segundos después de la trágica muerte de Mahal, sonó el timbre del teléfono instalado en las oficinas de Doc Savage.

Era un funcionario de policía quien hablaba:

—Señor Savage —anunció,— creo que acabamos de tener un encuentro con el tal Stroam, cuya captura ha solicitado usted. Hablo desde el aeródromo de North Beach.

—¿Lo han detenido ustedes?

—No, señor; el asunto fue como sigue: estábamos vigilando este aeródromo cuando tuvimos conocimiento que un hombre había alquilado un avión de extraordinaria velocidad, para efectuar un largo viaje. El asunto nos pareció interesante y redoblamos la vigilancia. Cuando llegó el individuo en cuestión envuelto en un grueso abrigo y con una bufanda ocultando sus facciones, quisimos arrestarle. Pero el hombre pareció estar prevenido, porque sacó una pistola del bolsillo y golpeó con la culata de ella en la cabeza del agente que le daba la orden de arresto. Este solamente pudo agarrarle del bolsillo del abrigo del que, al romperse, cayeron algunas cosas...

—¿Entonces logró escapar el hombre?

—Sí, corrió hacia el avión, se deshizo del piloto en la misma forma en que lo hiciera con el agente y levantó el vuelo en dirección al Norte. Desgraciadamente, se trata del avión más rápido que había en el campo de aviación, de manera que será imposible alcanzarle.

—¿Y cuáles fueron las cosas que le cayeron del bolsillo?

—Algunos billetes de Banco y un telegrama que conceptuamos de especial interés para usted, porque iba dirigido a su nombre.

—¿Cuál es su texto?

—Dice así: “Doc Savage. Nueva York. Necesito imperiosamente ayuda de un hombre de sus condiciones. Salgo de Sierra Nevada inmediatamente rumbo a Nueva York, en un trineo arrastrado por perros. Seguiré viaje, después, por tren y avión; pero, de todos modos, emplearé varios días en llegar a esa. Le ruego solamente no aceptar otras comisiones que le impidan ayudarme. Ben Lane.”

—¿De dónde ha sido expedido el despacho? —preguntó Doc Savage.

—De Sierra Nevada, Canadá, por radio.

—¿No hay más novedades?

—No, señor.

—Gracias.

Sin pérdida de tiempo, Doc Savage trató de ponerse en comunicación con el puesto de la Policía Montada en Sierra Nevada y, después de algunos inconvenientes motivados por la distancia, las malas condiciones atmosféricas y la deficiencia del receptor instalado en aquel lejano destacamento policial, el Hombre de Bronce consiguió establecer la comunicación deseada por retransmisiones sucesivas.

Desde Sierra Nevada se le informó que el jefe del puesto, capitán Stonefelt, habíase ausentado varios días antes, para dedicarse a la busca de Stroam, individuo del cual el sargento encargado del puesto no sabía suministrar ninguna información.

En cuanto a Ben Lane, manifestó que se trataba de un hombre un tanto misterioso, que había solicitado su protección contra el mencionado Stroam, habiendo partido aquella misma mañana con dos trineos ligeros y tres hombres conocedores del Norte.

También se le había concedido la protección de un agente de la Policía Montada, que había partido con él. Doc Savage preguntó

cuánto tiempo emplearía Ben Lane en llegar hasta la estación del ferrocarril más próxima, informándosele que no podría alcanzar dicho punto antes de cuatro días.

No pudiendo obtener mayores informaciones, Doc Savage tomó una rápida determinación: se dirigiría en avión al encuentro de Ben Lane, tratando de alcanzar a éste antes de que llegase a él Stroam. Rápidamente se tomaron las providencias del caso.

Los cinco compañeros del Hombre de Bronce, habituados a esos viajes intempestivos, prepararon sin demora los equipajes correspondientes, mientras que Doc Savage preparaba un pequeño avión monoplano, con un motor capaz de imprimirle una velocidad de seiscientos kilómetros por hora para él, y el gran aparato trimotor para sus compañeros.

Este último, aunque veloz, no estaba en condiciones de superar los cuatrocientos cincuenta kilómetros por hora.

Midnat d'Avis, repentinamente interesada por Doc Savage, trató por todos los medios de convencer a éste para que le permitiese acompañarle, pero el Hombre de Bronce se mostró resuelto e indiferente a todos los encantos de la joven.

Su afirmación categórica de que aquel viaje no era apropiado para una mujer no sufrió ninguna modificación, y la joven, con gran contrariedad, asistió, pocos minutos más tarde, desde el muelle del río Hudson, a la salida de las dos máquinas, que se alejaron en dirección al Norte.

CAPÍTULO XII

EL ENIGMA DE LA NIEVE

EL frío era intenso. El termómetro, que registraba eléctricamente la temperatura en el extremo de las alas, lejos del calor emanado del motor indicaba 30 grados bajo cero.

La aguja del altímetro indicaba que el aparato volaba a mil metros.

Abajo, en aquella inmensa llanura cubierta de nieve, la temperatura probablemente sería más elevada.

Doc Savage inclinó un poco el avión hacia abajo colocándole a una altura de doscientos metros.

El avión estaba provisto de silenciadores de escape, pero en aquellos momentos dichos dispositivos no estaban funcionando; de manera que el ruido de las explosiones del motor se escuchaba a muchas millas de distancia en aquella llanura cubierta de nieve.

Eran las dos de la tarde y ya se había puesto el sol.

En aquella región, el astro solar, en esa época, solamente era visible durante dos o tres horas por día. La luna mostrábase en toda la extensión de un disco amarillento.

La aurora boreal iluminaba aquel cielo del Norte con sus brillantes fajas de hermoso color verde, azul y púrpura y sus destellos magníficos.

Doc Savage, en el asiento del piloto, observó con verdadera satisfacción aquel cuadro magnífico.

Llevaba un traje apropiado para aquellas regiones, compuesto por una pelliza de cuero, que le llegaba casi hasta las rodillas y que era completado por un casco del mismo material, conjunto que en las regiones del Norte se designa con el nombre de parka.

Como característica principal de aquella pelliza se destacaba la

de ofrecer absoluta libertad de movimientos y no poseer aberturas que permitiesen la entrada del frío, como hubiese sido el caso de tener botones.

El borde del casco estaba provisto de un forro de piel que tenía la particularidad de no dejar que sobre él se helase el vapor de agua expelido durante la respiración.

Completaban su equipo pantalones de piel de oso y polainas. Finalmente, para evitar los inconvenientes de la baja temperatura, llevaba un abrigo con calefacción eléctrica, dispuesto especialmente para poder ser quitado instantáneamente.

Para proteger su rostro contra el frío, Doc Savage llevaba una careta provista también de calefacción eléctrica y delante de los ojos se encontraban unos cristales que le permitían una visión perfecta.

El Hombre de Bronce recorría el camino que desde la estación terminal del ferrocarril conducía a Sierra Nevada y por el que debía dirigirse Ben Lane con sus trineos en dirección contraria, pero hasta ese momento el Hombre de Hierro no había encontrado ni rastro siquiera de aquellos trineos.

Ni una sola nube veíase en el cielo. Sobre el horizonte, una cadena de montañas, con sus picos nevados, recortábase claramente sobre el fondo azul del cielo polar.

No hacía viento y la blanca llanura extendíase a sus pies completamente inmóvil.

Aquello era un panorama de absoluta desolación en el que la visión de la aurora boreal parecía poner una nota de omnipotencia y de grandeza.

Era la región de la nieve, tan amada por aquellos hombres que estaban habituados a vivir en ella, una región en la que no existían los débiles, ya que sólo los fuertes estaban en condiciones de soportar sus rigores, una región de misterio en que abundaban las leyendas sobre cuestiones sobrenaturales entre los nativos.

Pero ninguno de esos misterios, reales o imaginarios, era mayor que el de la fantástica escena que apareció pocos minutos más tarde ante la vista de Doc Savage.

Lo primero que llamó la atención del Hombre de Bronce fueron los perros que arrastraban los trineos.

Los animales, cuyos lomos oscuros se destacaban nítidamente

sobre el fondo blanco formado por la nieve, movíanse inquietamente alrededor de los trineos a que estaban atados.

Ocupaban estos trineos un claro existente en un pequeño bosque de pinos.

Cerca de ellos ardía una fogata. Pero no se veía a ningún ser humano, ni carpa ni casilla en las proximidades de aquellos trineos. Doc Savage disminuyó la velocidad de su aparato, describiendo varios círculos en derredor de los trineos.

Buscaba vestigios de seres humanos, pero, al parecer, ellos no existían.

Por otra parte, aquellos perros no podían tampoco haberse escapado con los trineos, porque la fogata probaba evidentemente que alguien los había conducido hasta allí.

El misterio de la escena revelóse en toda su magnitud a Doc Savage.

La nieve era muy blanda y las huellas dejadas por los trineos eran profundas y perfectamente visibles.

También se distinguían nítidamente las pisadas de algunos hombres, calzados con zapatos de nieve. Doc Savage habíase visto en presencia de muchos misterios en su larga carrera.

Por lo demás, era un hombre que poseía un dominio perfecto sobre sus nervios, de manera que estaba en condiciones de conservar la serenidad aun en las circunstancias más extrañas.

Pero en aquel momento, al mirar esa escena, le pareció que su columna vertebral habíase convertido en una masa de hielo y que sus nervios también se habían congelado.

Y es que no se veía ninguna huella que partiese desde los trineos.

Doc Savage reemplazó los cristales de sus anteojos por otros de mayor aumento, pero con ello no obtuvo una mayor visión.

Cerca de los trineos, sin embargo, se alcanzaba a distinguir unas manchas rojas que sin duda eran manchas de sangre.

Los trineos no llevaban un pesado cargamento, detalle que permitía comprender que habían sido preparados para un viaje rápido.

Los bultos conteniendo comestibles habían sido abiertos, iniciándose la preparación de una comida según podía observarse por distintos utensilios de cocina distribuidos por el suelo y el fuego

que todavía ardía.

Pero las personas que hubiesen tenido que ingerir aquella comida no estaban allí ni se veía la menor huella que indicase por dónde habían podido alejarse. Con el propósito de resolver aquel misterio, Doc Savage aterrizó a corta distancia en otro claro del bosque, de tamaño ligeramente superior al que ocupaban los trineos.

Rápidamente el Hombre de Bronce se quitó el abrigo y descendió del avión acercándose al lugar del misterio, después de describir un pequeño rodeo para ver si encontraba alguna pista interesante.

Al llegar al lugar que ocupaban los trineos, los perros le recibieron con evidentes muestras de alegría. En su comportamiento observábase algo extraño, como si aquellos animales estuviesen aún bajo la impresión de una escena horrorosa desarrollada ante sus ojos.

Las huellas dejadas por los zapatos de nieve indicaban claramente que eran cinco los hombres que habían venido con el trineo, número que, por lo demás, coincidía con el suministrado radiotelegráficamente por el sargento a cargo del puesto de la Policía Montada en Sierra Nevada, quien había informado a Doc Savage que Ben Lane habíase alejado aquella mañana, acompañado par tres guías conocedores de la región y un agente de la Policía Montada.

Un rápido examen de las manchas rojas existentes sobre la nieve permitió a Doc Savage comprobar que se trataba, efectivamente, de charcos de sangre.

Además, se observaba una depresión en la nieve, producida evidentemente por la caída de una persona.

En los trineos, fuera de los bultos conteniendo comestibles, había un saco de ropa con el nombre de Ben Lane y otro perteneciente al agente de la Policía Montada, que contenía la chaquetilla roja de éste y sus documentos.

Doc Savage comprobó por ellos que el funcionario encargado de la custodia y protección de Ben Lane contra el posible ataque de Stroam era el sargento Leopold Casker.

Sospechando que los hombres hubiesen podido alejarse de aquel lugar poniéndose los zapatos de nieve al revés, a fin de dar la

impresión de que las pisadas correspondían a los que acompañaran al trineo, Doc Savage dedicó a ellas unos minutos, recorriéndolas una cierta distancia.

Pero esto solamente le confirmó que nadie había recurrido a aquella astucia.

Otro de los detalles que aumentaban el misterio consistía en la presencia de cinco rifles, tirados sobre la nieve.

Al examinarlos, Doc Savage comprobó que algunos de ellos conservaban las cápsulas vacías de las balas disparadas.

Todo indicaba que una misteriosa tragedia habíase desarrollado allí. Ben Lane y sus compañeros habían luchado contra la desconocida fuerza que se opuso a su avance.

Las manchas de sangre revelaban claramente que alguien había sido herido o muerto. ¿Pero dónde estaba el cuerpo?

¿Cómo se explicaba que no hubiese ninguna huella capaz de revelar la dirección en que se habían alejado los que allí pensaron acampar para comer? ¿En qué forma habrían desaparecido esos cinco hombres?

¿Desde dónde fueron atacados y por quién?

Doc Savage recorrió nuevamente el claro del bosque de pinos, pero no encontró ninguna explicación al misterio.

Aunque parecía imposible, Ben Lane y sus compañeros habían desaparecido sin dejar rastros…

CAPÍTULO XIII

KULDEN

DOC Savage regresó hasta el lugar en que se encontraba su avión.

En él tenía instalado un aparato de radiotelefonía de onda corta del tipo más eficaz para neutralizar los ruidos estáticos que parecían estar asociados al fenómeno de la Aurora Boreal.

El aparato podía ser emplazado para transmitir mensajes radiotelefónicos o telegráficos. Doc empleó el primer sistema.

Púsose en comunicación con el gran avión que traía hacia el Norte a sus cinco compañeros.

El aparato más grande había quedado un poco rezagado, debido a la gran velocidad del avión utilizado por Doc.

Long Tom, el mago de la electricidad, se encontraba manejando los controles del aparato de radio, instalado en el avión trimotor.

—¿Cuál es la posición de ustedes en este momento? —inquirió Doc.

Se produjo una breve pausa, en tanto que Long Tom consultaba a Renny, que era el encargado de la navegación.

—Estamos a unas cuatrocientas millas al Sur de Sierra Nevada.

—Sigan a Sierra Nevada —ordenó Doc—. Desciendan allí y esperen instrucciones.

—¿Has encontrado a Ben Lane? —inquirió Long Tom.

—Encontré un misterio sobre la nieve —fue la respuesta de Doc —. Un misterio profundo...

—No te entiendo, Doc.

Poniendo en sus palabras toda la fuerza descriptiva de que era capaz, Doc Savage reveló exactamente a sus compañeros lo que había encontrado.

Al parecer, los cinco hombres que se encontraban en la otra

máquina le oían perfectamente.

Doc oyó distintamente las exclamaciones de sorpresa de Renny y de Johnny.

—Pero es imposible, Doc —exclamó también Long Tom—. Fuera de que alguien haya bajado en un avión y se los haya llevado.

—Un avión, al aterrizar, hubiese dejado huellas en la nieve. En cambio, allí no había señal alguna.

—Puede haber sido un helicóptero o un autogiro, que haya descendido y levantado vuelo verticalmente.

—La nieve es extraordinariamente suave —explicó Doc Savage, pacientemente—. La rotación de las palas de un helicóptero o de un autogiro hubiesen removido el aire a su vez, esto forzosamente habría dejado sus huellas en la nieve. No, ese misterio no tiene una explicación tan sencilla.

—¿Y no puede haber sido tampoco un dirigible? ¿O un globo?

—Si fuese un dirigible habría tenido que emplear sus motores y, en el caso de tratarse de un globo, ¿cómo habría podido ascender nuevamente?

—Largando lastre.

—Pero allí no había nada que pudiese haber sido empleado como lastre.

—¿Y cuál es a tu juicio la explicación, Doc?

—A primera vista, el asunto no parece tener ninguna explicación posible; pero si van ustedes a Sierra Nevada y se ponen en contacto con el capitán Stonefelt, de la Policía Montada, es posible que él pueda proporcionarles alguna explicación.

—Perfectamente.

—Y traten de averiguar alguna cosa acerca de Ben Lane. Me interesa saber cuál es su profesión y a qué clase de actividades se dedicaba aquí, en estas regiones cubiertas de nieve.

—Perfectamente.

Doc cerró el aparato de radio y abandonó su avión.

A corta distancia del campamento misterioso, Doc Savage se detuvo nuevamente. Los perros observaban una conducta extraña.

Reteniendo la respiración, de manera que no formase vapor de agua delante de sus ojos, Doc Savage se puso a observar detenidamente a los perros.

Anteriormente los animales habían prestado toda su atención en

el Hombre de Bronce.

Pero ahora, al no estar cerca, los animales se dedicaron a observar un montón de nieve.

Doc avanzó rápidamente. Los perros volvieron a dedicarle su atención, como si le requiriesen una explicación acerca de lo que estaban viendo.

El Hombre de Bronce se encaminó directamente al montón de nieve.

Sólo le faltaban unos diez pasos para llegar a ese lugar cuando, de pronto, se abrió la nieve, saliendo de su interior un hombre.

El individuo había permanecido oculto en aquel lugar. Sin decir una palabra, puso los pies en polvorosa.

Pero no llevaba zapatos de nieve y, como es natural, apenas pudo alejarse algunos metros, enterrando los pies en la nieve blanda.

Doc Savage corrió en pos de él. Su gran velocidad veíase apenas reducida por los zapatos de nieve.

El hombre le esperó con un puñal en la mano.

—No se acerque a mí —gritó.

Su voz era ronca y su modo de hablar demostraba cierta cultura.

El hombre en sí, era de mediana estatura.

Su cutis era muy blanco, detalle extraño en aquellas regiones, donde el resplandor del sol sobre la nieve produce en los rostros de los hombres un color tostado muy semejante al de los habitantes del trópico.

Vestía el parka reglamentario de la región.

Doc Savage no pronunció ni una sola palabra, sino que siguió su carrera en dirección al individuo.

Este le hizo una nueva advertencia:

—¡No se acerque a mí!

Pero el Hombre de Bronce no hizo caso.

Un momento después, y antes de que el desconocido tuviera siquiera tiempo de utilizar el puñal que blandía, Doc Savage se lo había quitado con un rápido movimiento, tirándolo a distancia, cerca de la fogata del campamento.

—¿Cuántos más están escondidos en esa montaña de nieve? —preguntó secamente Doc Savage.

El otro tembló y vaciló, pero no dijo ni una palabra.

Doc paseó una mirada escrutadora sobre el montón de nieve, que se asemejaba a una pequeña colina blanca.

Entonces comprendió la razón por la que no observase anteriormente la presencia de aquel hombre.

Tenía su explicación en que los perros, al dirigirse hacia ese lugar, habían borrado las huellas que sin duda dejara el hombre al esconderse.

Doc dio algunos puntapiés a los costados de la montaña de nieve, saltando en una de ellas una pistola automática de gran calibre.

Bastó un rápido examen del arma por el Hombre de Bronce para comprender la razón por la cual el hombre había abandonado su arma.

En ella se había empleado aceite inadecuado para tan bajas temperaturas con la consecuencia que todo el mecanismo estaba completamente congelado.

Aunque Doc hiciese funcionar el gatillo, sin duda el arma no dispararía.

Doc Savage volvió nuevamente al lado del hombre pálido:

—¿Es usted Ben Lane? —preguntó.

Antes de contestar, el otro reflexionó durante un corto tiempo. Después afirmó:

—Soy Kulden —dijo por último.

Doc señaló hacia el lugar en que estaba la pistola.

—¿Es suya? —preguntó.

—No —exclamó Kulden, en su voz timbrada—. Era de Ben Lane.

—¿Por qué se ocultó usted cuando me vió venir?

Nuevamente el individuo permaneció un momento indeciso.

—Pensé que usted podría tener alguna relación con… la cosa.

Doc le miró fijamente.

—¿Qué cosa? —preguntó.

—¿Quién es usted? —inquirió a su vez el otro, sin contestar a la pregunta anterior.

—Doc Savage.

El Hombre de Bronce pudo comprobar que la sola mención de su nombre había producido en el otro una profunda impresión.

—¡Qué terrible error he estado a punto de cometer! —dijo, con tono quejumbroso—. Si esa pistola no hubiese estado congelada, le

habría matado a usted por equivocación.

—Lo que me llama la atención es que un nativo de la región no haya sabido emplear en su arma el aceite apropiado —manifestó Doc Savage, observando atentamente a Kulden.

—Ya le dije que el arma era de propiedad de Ben Lane y éste no era nativo de la región.

—¿Era, dice usted?

Kulden se pasó una mano sobre los ojos, como si pretendiese borrar una visión desagradable.

—Sí, "era" está bien, porque nos ocurrió una cosa increíble.

—¿Puede usted relatármelo?

—Sí. Ben Lane me contrató a mí y a otros dos hombres como guías y conductores de perros para un viaje a la estación de ferrocarril. Yo soy cazador de profesión. Ben Lane nos manifestó solamente que tenía mucha prisa en llegar a Nueva York para verle a usted, Doc Savage.

—¿Cuál era la ocupación de Ben Lane?

—Lo ignoro. Solía venir a Sierra Nevada solamente para adquirir comestibles y después desaparecía durante largo tiempo.

Doc Savage observaba atentamente las facciones de Kulden, reparando en que éste era un hombre verdaderamente simpático.

Por lo demás, parecía ir recobrando gradualmente sus colores.

—Habíamos acampado aquí para comer y descansar —siguió relatando Kulden,— cuando, de pronto, nos atacó una fuerza misteriosa e invisible…

—¿Invisible?

—Sí; de repente, oí unos gritos desgarradores y, al mirar hacia donde estaban mis compañeros, vi que todos ellos tenían el cuello desgarrado y que la sangre escapaba por aquella herida a chorros. Parecía que un monstruo les hubiese clavado sus garras… Hice fuego con mi rifle… Pero no se veía a nadie… y entonces eché a correr y me escondí en la nieve… Cuando recuerdo la escena me parece que he perdido el juicio… que estoy loco… que ha sido una alucinación…

—¿Y los cuerpos de sus compañeros?

—Desaparecieron como si se hubiesen evaporado…

Kulden se arrodilló y elevó una plegaria a Dios.

Daba realmente la impresión de haber perdido el juicio.

Doc Savage le aconsejó que se levantase y caminase un poco, porque ello le ayudaría a recobrar su serenidad.

Mientras tanto, el Hombre de Bronce recogió los rifles, dedicando especial atención a uno de ellos, que era un modelo muy moderno, con incrustaciones de oro y marfil en la culata.

Se trataba de un arma que había pertenecido a un aficionado al tiro.

—Ese rifle era de Ben Lane —comentó Kulden.

Doc Savage abrió el cerrojo y revisó el mecanismo.

—En él se empleó el aceite apropiado —declaró.

Pero Kulden hizo como si no le hubiese oído.

CAPÍTULO XIV

TRAICIÓN

DOC Savage descargó todos los rifles, apilándolos sobre uno de los trineos y guardándose las balas en los bolsillos.

Enseguida, sacó de entre sus ropas distintos objetos, entre los cuales se contaban una lupa y varias botellas vacías.

—¿Qué va a hacer usted? —inquirió Kulden, con curiosidad.

—Voy a ver si descubro lo que ha ocurrido a sus compañeros —contestó el interpelado, simplemente, mientras se alejaba del campamento, describiendo círculos concéntricos cada vez más amplios.

Frecuentemente se agachaba y llenaba una de las botellas de nieve.

Mientras realizaba esta tarea, Doc Savage fue alejándose cada vez más, hasta internarse en el bosque de pinos.

Durante algunos minutos después de haberse perdido de vista Doc Savage entre los árboles, Kulden permaneció inmóvil, con la mirada fija en el lugar por donde se marchó Doc Savage.

Pero en sus facciones se había producido un cambio notable. Observábase en ellas una expresión resuelta y poco tranquilizadora.

—¡Maldito sea! —gruñó—. Parece haber sospechado de mí. Descargó todos los rifles y se llevó las balas… Si esa pistola automática no se hubiese congelado, habría podido matarle.

Kulden se convenció de que Doc estaba ocupado en revisar el bosque próximo, por lo que se levantó, acercándose al lugar en que estaba el avión del Hombre de Bronce.

No mostró prisa al andar ni se volvió para ver si le observaba Doc, pensando que este podría sospechar de él si le observaba.

Penetrando en el bosque, no encontró a Doc Savage.

En consecuencia se acercó resueltamente al avión de éste, cuyas líneas examinó con evidente aprecio.

—Es un modelo único, diseñado para reducir la resistencia ofrecida al viento —declaró para sí mismo, demostrando tener conocimientos acerca de cuestiones aeronáuticas.

Enseguida dio la vuelta al aparato y penetró en el mismo.

Ya en el asiento del piloto, volvió a echar un vistazo en derredor para ver si Doc Savage estaba mirándole.

Pero no había ninguna señal del Hombre de Bronce por los alrededores.

En consecuencia, Kulden extrajo de su bolsillo un cortaplumas y, abriendo el paracaídas, que formaba el respaldo del asiento, cortó los tensores, volviendo a doblar el dispositivo.

Acto seguido introdujo una mano en el motor y dobló las válvulas de admisión de nafta a los carburadores.

Su actitud tenía por resultado que, después de consumir la nafta contenida en los carburadores y en el pequeño tanque al vacío, los motores se detendrían por falta de combustible.

—Teniendo en cuenta la velocidad a que vuela este aparato, no tendrá ninguna probabilidad de salvar la vida —se dijo Kulden—. La nafta del pequeño depósito al vacío apenas alcanzará para cuatro o cinco minutos de marcha. Los dos claros que existen aquí son los únicos de los alrededores, de manera que difícilmente encontrará otro lugar en que pueda aterrizar.

Terminada su maniobra, Kulden volvió a cerrar cuidadosamente la puerta que daba al motor del avión y bajó del mismo, saltando al suelo.

Enseguida secó con un paño los restos de nieve que había depositado en el interior del aparato, de manera que, a juzgar por las huellas en el suelo, cualquiera hubiese pensado que solamente se había aproximado a él con el fin de saciar una bien lógica curiosidad.

Un instante más tarde Kulden se encontraba nuevamente junto a los trineos.

Transcurrieron varios minutos antes de que regresase Doc Savage, llevando en la mano las botellas, que contenían muestras de nieve, de corteza de árboles y de aire.

—¿Qué piensa hacer con esas botellas? —inquirió Kulden.

—Espero que estas muestras sean de utilidad para averiguar el paradero de Ben Lane y de sus compañeros.

—¿Ha salido usted hace un momento de aquí?

—Sí; me encaminé hasta el lugar en que está su avión, para examinarlo.

—¿Qué le ha parecido?

—No entiendo mucho de aeroplanos, pero me parece una máquina muy hermosa.

—Voy a partir inmediatamente con destino al puesto de Policía Montada, en Sierra Nevada, a fin de informar al capitán Stonefelt acerca de lo que ha ocurrido aquí.

—¿Puedo ir con usted?

—No; será preciso que se quede usted aquí, porque mi avión tiene capacidad para una sola persona.

Kulden se mostró decepcionado y temeroso.

—¿Y si vuelve ese monstruo invisible? —inquirió.

—Será bueno que se quede usted con los rifles. Use el de Ben Lane, que es el mejor. Aquí tiene algunas balas, que quizá le sirvan...

Doc Savage sacó del bolsillo algunas balas y se las entregó a Kulden.

Este, a su vez, tomó el rifle de Ben Lane y se echó las balas en el bolsillo.

Un minuto después Doc Savage se alejaba en dirección a su avión y Kulden le acompañó.

Gracias al sistema de precalentamiento eléctrico del carburador, el motor arrancó sin ninguna dificultad.

Doc lo hizo funcionar aproximadamente un minuto. Durante todo ese tiempo Kulden dio muestras de evidente intranquilidad.

Gruesas gotas de sudor comenzaron a correr sobre su frente.

Temía que la nafta se terminase antes de que el avión levantase el vuelo, en cuyo caso se echaría a perder todo su plan.

Pero pronto recobró la tranquilidad cuando Doc Savage, moviendo las palancas del comando, hizo despegar el aparato en contados segundos.

A corta distancia observábase una cadena de montañas y el aparato no tardó en desaparecer detrás de ella.

Doc Savage parecía no querer volar a gran altura, y Kulden, al

observar como se alejaba, sonrió irónicamente.

—Aunque involuntariamente, parece querer suicidarse —se dijo; — porque a esa altura es imposible que impida la caída del aparato cuando se detenga el motor. Durante unos minutos puede ser que siga volando, pero después...

En ese momento ya no se alcanzaba a distinguir el avión, que había desaparecido detrás de las sierras próximas, pero el ruido del motor aún llegaba a oídos de Kulden.

De pronto ese ruido también cesó. Kulden escuchó atentamente.

Un silbido agudo, provocado sin duda por la caída del aparato, llegó a sus oídos, seguido por una fuerte explosión.

El avión de Doc Savage acababa de caer.

Kulden, mostrándose cauteloso, se encaminó hacia el lugar en que debía haber caído el aparato, llamando reiteradamente a Doc, como si le preocupase la suerte que éste hubiese podido correr.

Cuando traspuso la cadena de sierras, vió que el avión había caído en un río cuya superficie helada había roto por efecto del golpe.

No se veían rastros de Doc, pero seguramente el cuerpo de éste habría sido arrastrado por la fuerte corriente del río, debajo de la nieve.

La hipótesis era tanto más veraz cuanto que hasta el pesado motor había sido arrastrado por esas aguas.

Solamente se veían algunos trozos del avión repartidos en derredor, trozos que Kulden recogió con todo cuidado, tirándolos también al agua, para que no quedasen ni rastros de aquella explosión.

Terminada esta tarea, Kulden volvió al lugar en que estaban los trineos y efectuó varios viajes desde éstos hasta el sitio en que aterrizara el avión de Doc Savage.

Tenía el propósito de dejar las huellas de que varios hombres habían recorrido esa distancia en ambos sentidos.

Con ello tendría mayores visos de verdad la acusación de que el asalto había sido efectuado por los tripulantes del avión y la afirmación de que éstos se habían llevado a Ben Lane y a sus compañeros.

—Unas manchas de sangre, acompañando las pisadas hacia allí, vendrían muy bien —sonrió Kulden, y trató de cazar una liebre con

el fin de utilizar su sangre con tal propósito.

Entonces experimentó una desagradable sorpresa.

El rifle de Ben Lane que acababa de cargar con las balas que le entregara Doc Savage no disparó al apretar el gatillo. Kulden examinó las balas.

Con poca dificultad logró sacar el proyectil de una de ellas. En su interior no había pólvora.

—Doc Savage me entregó balas que no sirven —exclamó.

Y, reflexionando acerca de lo que aquello significaba, palideció.

—Eso quiere decir que sospechaba de mí, temiendo que pudiese dispararle un tiro por la espalda.

Kulden hizo un paquete con los rifles y se lo echó al hombro, partiendo en dirección a Sierra Nevada.

De tanto en tanto aparecía en sus labios una sonrisa de satisfacción.

—Los cinco compañeros de Doc Savage sin duda le seguirían al Norte, pero será difícil que le encuentren. Jamás sabrán lo que le ocurrió a Ben Lane.

CAPÍTULO XV

EL EMBUSTERO

EL puesto de la Policía Montada en Sierra Nevada consistía en una sola casa de madera, que servía a la vez de oficina y cuartel.

La casa tenía dos alas que terminaban en una pequeña habitación que hacía las veces de celda.

Encima del techo veíanse los mástiles de la antena radiotelegráfica.

Los pinos habían sido cortados alrededor de la casilla en una extensión de cien yardas, como protección contra posibles incendios de bosques.

Pasadas esas cien yardas, los árboles crecían tupidos.

A corta distancia un río cruzaba el bosque, pero en aquella época del año sus aguas estaban heladas. Mas allá, los picos de las sierras se elevaban a gran altura, pareciendo atravesar la bóveda del cielo con sus nevadas cimas.

La hora era avanzada aún para una región en la que se prestaba muy poca atención a la luz del día, que solamente iluminaba durante unas tres horas de las veinticuatro.

El capitán Stonefelt, de la Policía Montada, se encontraba en su despacho, muy despierto aún. Delante de él tenía una hoja de papel blanco.

También se hallaba presente un sargento de la Policía Montada.

Con un lápiz, el capitán Stonefelt dibujaba círculos sobre el papel.

Pero aquella tarea la realizaba, al parecer, inconscientemente, porque graves preocupaciones le dominaban en aquel instante.

Dibujaba círculos grandes y pequeños, tratando de formar con ellos extrañas figuras.

Cuando se encontraba en el exterior solía dibujar esos mismos círculos en la nieve con la punta de su bota. Constituía aquello en él un verdadero hábito.

Físicamente, el capitán Stonefelt era un hombre rudo, de facciones muy rojas y un bigote blanco recortado, que mostraba un parecido extraordinario con un cepillo de dientes.

Pero no solamente era rudo en su físico, sino que también lo era en su lenguaje y en sus actos.

Hacía solamente algunas semanas que estaba al frente del puesto policial, pero ya había demostrado que era hombre de disciplina férrea.

Además, era un individuo lunático y con frecuencia realizaba actos que no podían menos de sorprender y aun fastidiar a los agentes a sus órdenes. Por ejemplo, con frecuencia salía con sus zapatos de nieve sin decir a nadie hacia dónde se dirigía, permaneciendo ausente durante días enteros.

Preguntado posteriormente, se limitaba a contestar que estaba ejerciendo vigilancia sobre sus bienes.

Esa costumbre no dejó de ejercer una influencia molesta sobre sus subalternos, quienes la interpretaron como una manifestación de desconfianza hacia ellos.

Como consecuencia de estos factores, el capitán Stonefelt, a pesar de su breve permanencia en el puesto, ya se había hecho muy impopular.

Todos sus subalternos esperaban ansiosamente la llegada de la primavera, en cuya estación solía recorrer los puestos y destacamentos un inspector de la Policía Montada, para formular una queja contra Stonefelt, que, probablemente, tendría como consecuencia una amonestación para aquél.

Los agentes de la Policía Montada afirmaban, además, que seguramente se debía al temperamento del capitán Stonefelt el hecho de haber sido destinado a un puesto tan alejado.

En aquel momento el capitán Stonefelt requería al sargento un informe acerca de lo que había ocurrido durante su ausencia.

Pocos días antes habíase presentado en el puesto un hombre llamado Ben Lane, denunciando tener serios temores de ser víctima de un atentado por parte de un sujeto, de quien solamente sabía que se llamaba Stroam.

El capitán Stonefelt había dispuesto que fuese buscado el sujeto en cuestión, pero las diligencias llevadas a cabo con ese propósito por los agentes no habían dado ningún resultado satisfactorio.

El capitán Stonefelt había salido entonces del destacamento, manifestando que él, personalmente, salía a buscar a Stroam.

Pero regresó sin haber encontrado al hombre que buscara.

Dibujando siempre con el lápiz sus habituales círculos, el capitán no tardó en combinar una figura, que mostraba cierto parecido con un ogro.

Para completar la figura, la dotó de una cola y de un par de cuernos.

Este detalle bastaba para revelar, además, que el capitán se había formado un concepto muy desfavorable del hombre en quien pensaba.

Y ese hombre era Doc Savage.

El sargento acababa de informar al capitán Stonefelt, quien regresara al puesto una hora antes, que el Hombre de Bronce se había puesto radiotelegráficamente en comunicación con el puesto, a fin de solicitar informes sobre Ben Lane.

El capitán Stonefelt mostró un espíritu muy poco militar al tener conocimiento de esa noticia, pues su comentario al sargento fue el siguiente:

—He oído hablar de ese norteamericano que se dedica a darse tono por todas partes Y a meterse en asuntos que no le interesan. No me agradan esa clase de individuos.

A corta distancia del Puesto, en un lugar en que los pinos crecían más tupidos, otro individuo estaba alerta.

De tiempo en tiempo, se llevaba las manos a los oídos como para oír mejor.

Cuando fumaba un cigarrillo, mostraba siempre el mayor cuidado de tener el fuego dirigido hacia el suelo.

Era Kulden. Había viajado con gran rapidez para llegar cuanto antes al Puesto de Sierra Nevada.

Por el cansancio, muchas veces hubiese preferido sentarse en el suelo, pero el frío le obligaba a mantenerse en constante movimiento, mientras esperaba.

Un leve ruido escuchóse a sus espaldas.

Inmediatamente, Kulden sacó su revólver, que había arreglado

para que el aceite no impidiera su funcionamiento en momento oportuno.

Apareció la figura de un hombre.

—No haga tanto ruido, idiota —ordenó.

—Nadie está cerca, señor —contestó el otro—. He venido a informarle que coloqué la trampa en ese lugar que me indicó, río abajo, y que solamente he podido encontrar en los alrededores un solo sitio en que podría descender un avión.

—Bien —contestó Kulden—. Stroam va a estar contento.

—Lo extraordinario es que jamás viene personalmente el tal Stroam —observó el otro.

—Pero ve su dinero, ¿verdad?

—Sí, señor; pero a mí me agrada…

—Basta ya. Hablemos ahora de la trampa, río abajo. ¿Los hombres que están allí están bien enterados de todo… lo relacionado con el cerdo?

—Todo está convenido, señor.

—Perfectamente —dijo Kulden—. Vuelva y procure no dejarse ver. Es posible que le dé nuevas instrucciones más tarde.

—¿Stroam ordenó que yo hiciese eso?

—Naturalmente. Es Stroam quien da todas las órdenes.

El otro, que era un mestizo de fuerte talla, estaba, al parecer, interesado en saber más acerca de Stroam, pero decidió de pronto refrenar su curiosidad y prestó atención.

—Oigo un ruido, señor —dijo.

Los oídos de Kulden eran menos finos. Transcurrieron varios segundos antes de que también él escuchase el ruido.

—Es un avión —dijo—. Es lo que yo esperaba.

Con estas palabras, Kulden corrió hacia el puesto policial.

No tenía necesidad de simular cansancio, porque estaba rendido.

Comenzó, pues, a respirar agitadamente.

Con un movimiento brusco abrió la puerta, penetrando en el despacho del capitán Stonefelt.

Un revólver de gran calibre apareció con extraordinaria rapidez en la diestra del oficial de policía.

El sargento permanecía con los ojos muy abiertos.

—¿Qué sucede? —inquirió el capitán.

Ya en presencia de Doc Savage, Kulden había demostrado que

era un hábil embustero. Y en aquel instante hizo nuevamente honor a sus habilidades.

—Unos hombres en avión atacaron a Ben Lane, matando a su agente y a los otros dos guías y secuestrando a Ben Lane.

Con la punta de la bota, el capitán Stonefelt dibujó, maquinalmente, un círculo en el piso, mientras difería la anterior noticia. Después preguntó:

—¿Quién es usted?

—Me llamo Kulden —contestó el otro—. Era uno de los tres guías que contrató Ben Lane.

El capitán Stonefelt observó a Kulden atentamente:

—Ya le he visto en otra oportunidad, pero hace tiempo que no ha estado por aquí —manifestó—. ¿Es usted un cazador, verdad?

—Así es —contestó el otro—. Solamente he estado por estos lugares unos meses. Ben Lane contrató mis servicios teniendo en cuenta que sé dirigir con mucha habilidad un equipo de perros de trineo.

—Le interrogamos cuando buscábamos a Stroam —interpuso el sargento—, y él nos enseñó algunas pieles frescas.

—Sé que Ben Lane se llevó a tres guías, además de nuestro agente —continuó diciendo el capitán—. Pero ignoro quiénes eran esos guías. Ben Lane estaba convencido de que eran hombres de confianza. Ahora explíqueme con tranquilidad lo que ha ocurrido. ¿Es homicidio y secuestro?

Kulden empezó su relato.

Hablaba rápidamente y en voz alta, como si quisiese que sus palabras ahogasen el ruido producido por el motor del avión que se acercaba.

Contó una historia dramática, que constituía toda una madeja de mentiras, como probablemente se tejieron pocas en aquel país de la nieve.

Dijo que, después de llegar en un avión, unos hombres habían atacado el equipo formado por los dos trineos.

—¿Fue asesinado mi agente? —preguntó Stonefelt con voz de trueno.

—Sí, señor.

—¿Y cómo pudo escapar usted?

—Cuando comprendí que era inútil ofrecer resistencia con las

armas, me escondí en un montón de nieve —contestó el otro, con cierta modestia—. Al parecer, nuestros agresores no sabían exactamente cuántos hombres formaban la partida, porque ni siquiera se detuvieron a buscarme. Solamente se llevaron a Ben Lane con vida, así como los cadáveres de los tres hombres y las carabinas.

—¿Las carabinas también? —preguntó el capitán—. ¿Estaba entre ellas la de Ben Lane?

—Sí, señor.

—Reconocería esa carabina en cualquier lugar en que volviese a verla —advirtió Stonefelt—. Recordaré este detalle, que puede ayudarnos a identificar a los asesinos cuando los encontremos.

En aquel momento llegó a los oídos del oficial de la Policía Montada el ruido producido por el motor del avión.

Sin pérdida de tiempo corrió hacia la puerta y, sin tener en cuenta siquiera que estaba en mangas de camisa, salió a la fría noche, sin cubrirse mejor.

Claramente se observaba el avión que, describiendo círculos, buscaba un lugar adecuado para aterrizar.

Kulden había seguido al oficial de policía al exterior. Y, en ese momento, gritó:

—¡Ese es!

—¿Qué es? —inquirió Stonefelt.

—Es el avión que nos atacó —declaró Kulden—. No me cabe la menor duda. Es el mismo aparato de que descendieron los individuos que nos atacaron.

CAPÍTULO XVI

EL ARRESTO

DOS millas más allá de Sierra Nevada, el río se ensanchaba, y como su curso era recto y sus aguas se hallaban convertidas en hielo, formaba allí una verdadera pista natural.

El espesor del hielo en aquel lugar oscilaba entre uno y tres metros, según la fuerza de la corriente del agua, que corría debajo de él.

Johnny estaba a cargo de los controles de la veloz aeronave de Doc Savage en aquel momento.

Sin vacilaciones enfiló aquella cancha, que le pareció el único lugar de los alrededores en que se hacía posible descender con la máquina.

—Es un terreno sumamente ondulado —comentó Johnny, que tenía a su cargo el comando de la nave de Doc Savage.

Renny, que ocupaba el asiento del copiloto, examinaba atentamente el suelo con sus anteojos.

—Ese río es el único lugar en que podemos aterrizar —declaró —. Espero que la capa de hielo que cubre su superficie será suficientemente gruesa como para soportar el peso del aparato.

Long Tom efectuó una mueca de disgusto:

—La verdad es que me sentiría mucho más tranquilo si hubiésemos tenido alguna noticia de Doc desde que encontró los trineos de Ben Lane abandonados —manifestó—. Pero ni siquiera he podido captar el zumbido de su transmisor.

Johnny descendió a poca altura, observando atentamente la capa de hielo que cubría las aguas del río, conocedor del peligro que involucraba una pista de aterrizaje de esa naturaleza.

Pero, al fin, decidió arriesgarse y efectuó las maniobras

pertinentes para el descenso.

Sabía perfectamente que cualquier pequeña debilidad en la capa de hielo bastaría para producir una catástrofe, dada la velocidad del avión, el peso del mismo y las deficientes condiciones de luz.

Mas ninguno de los compañeros de Doc Savage pensó siquiera que Stroam podría haberles tendido una celada, mucho más peligrosa que el mismo hielo.

El avión estaba provisto de un tren de aterrizaje especial para la nieve, que estaba compuesto por unos esquís apropiados.

La maniobra del descenso fue efectuada con toda felicidad, guiando Johnny el avión hasta cerca de la orilla del río, donde todos descendieron, seguidos por el cerdo-mascota "Habeas Corpus".

El animal aprovechó la oportunidad para echar a correr inmediatamente en dirección al bosque de pinos próximo.

Los cinco compañeros de Doc Savage le siguieron con la mirada, comentando risueñamente la actitud del porcino, que probablemente era el primer representante de su raza que llegaba a aquellas regiones, sobre todo en avión.

Pero apenas habíase internado "Habeas Corpus" entre los pinos del bosque, comenzó a proferir fuertes gritos.

Los compañeros de Doc Savage prestaron inmediatamente la mayor atención. Hasta Ham, quien generalmente mostraba muy poca simpatía por el animal, por lo menos cuando discutía sobre el particular con Monk, echó a correr en dirección al lugar desde el cual partían los gritos de alarma del cerdo.

—Debe haber caído en alguna trampa —manifestó el abogado;— lo cual nos demuestra que, en realidad, tiene menos inteligencia de la que Monk le atribuye.

Cuando llegaron a los pinos, pudieron observar la silueta de un hombre que se alejaba corriendo, llevando a "Habeas Corpus".

Los cinco hombres no se habían colocado los zapatos de nieve, de manera que la persecución se volvía difícil, y su avance era relativamente lento.

Pero a pesar de ello no dejaron de correr en pos del fugitivo, decididos a rescatar a "Habeas Corpus".

Muy pronto comprendieron que el prófugo les aventajaba en velocidad, hecho que seguramente se debía a que utilizaba los

zapatos para la nieve, indispensables para caminar en aquellas regiones.

Los gritos de “Habeas Corpus” iban haciéndose cada vez más débiles, de manera que los compañeros de Doc Savage calcularon que debía hallarse a una distancia próxima a los quinientos metros.

—¡Demonios! —comentó Long Tom;— creo que será conveniente que volvamos al avión para ponernos los zapatos de nieve.

La lógica de la observación era evidente. Sus compañeros no pudieron menos de reconocerlo así y todos emprendieron, aunque de mala gana, el camino de regreso.

De pronto se detuvo Monk.

—Escuchen —manifestó:— los gritos de “Habeas Corpus” vuelven a ser más fuertes.

Todos prestaron atención y pudieron comprobar que Monk estaba en lo cierto. No tardaron mucho tiempo en confirmar este hecho, por cuanto el mismo “Habeas Corpus” se presentó a su vista, gritando siempre y luchando para abrirse paso entre la nieve.

—Debe haber podido escapar —declaró Monk, mientras levantaba al cerdo por una de las orejas.

Pero Renny se mostró más preocupado:

—Me parece que hay algo de extraño en todo esto —comentó—. ¿Quién puede haber tenido interés en secuestrar un cerdo?

Si Renny hubiese estado en aquel momento junto al avión en que realizaran el viaje hasta aquellas regiones, habría podido observar un espectáculo que demostraba claramente los motivos que justificaban el trivial suceso del rapto de “Habeas Corpus”.

Un individuo envuelto en gruesas pieles se acercaba al avión, llevando en sus brazos una serie de rifles.

Al llegar cerca del aparato, aquel hombre quitóse los zapatos de nieve, acercándose al avión por el mismo lugar en que se alejaran sus ocupantes, de manera que sus pisadas se confundieron con las de aquellos y tiró dentro de la cabina de la nave los rifles que llevaba en brazos.

Entre dichos rifles llamaba especialmente la atención uno que tenía la culata cubierta de incrustaciones de nácar y oro.

Era el arma de Ben Lane.

Aquellos rifles, en número de cinco, eran los que habían

pertenecido a Ben Lane y a sus compañeros.

Después de dejar las armas en la cabina del aparato, el hombre volvió a recorrer la distancia que hiciera sin los zapatos de nieve y, cuando llegó al lugar en que dejara éstos, volvió a calzárselos, continuando su marcha aguas abajo, siguiendo una senda que, evidentemente, era la que empleaban todos los que viajaban en esa dirección.

—La suerte me acompaña —dijo el individuo para sí mismo en voz baja—. Nadie podrá demostrar que esos rifles han sido colocados intencionadamente en la cabina del avión. Seguramente recibiré de Stroam una paga especial por este trabajo, lo mismo que el compañero que secuestró el cerdo, alejando de ese modo a los compañeros de Doc Savage.

Mientras efectuaba estas reflexiones, iba alejándose del lugar en que se encontraba el puesto de la Policía Montada.

De pronto, llegó a sus oídos el ladrido de perros. Se detuvo para escuchar y comprobó que aquel ruido procedía del destacamento policial, indicando que a él acababa de llegar alguna persona, o bien que el capitán Stonefelt salía del Puesto.

El individuo soltó una carcajada:

—Seguramente se dirigirá al avión y se asombrará de las pruebas que encontrará allí —se dijo.

CAPÍTULO XVII

LA DECEPCIÓN

POCAS eran las personas que sabían emplear tan bien como el capitán Stonefelt los zapatos de nieve en aquella región. El oficial de la Policía Montada había dado de ello repetidas pruebas.

Cuando salió del Puesto para dirigirse hacia el lugar en que se encontraba el avión en que llegaran los compañeros de Doc Savage, demostró una vez más su gran habilidad en este sentido, por la extraordinaria velocidad con que se desplazaba sobre la nieve. Kulden, aunque había salido junto con él, pronto quedó a más de quinientos metros de distancia.

Tan pronto como estuvo próximo al aparato, el capitán Stonefelt sacó el revólver de servicio, que llevaba debajo de su abrigo de pieles, a fin de que el calor del cuerpo impidiese que el excesivo frío restase eficacia a la pólvora de las balas.

Al encontrarse con que no había nadie en el avión, el funcionario de la Policía Montada experimentó cierto asombro.

A pesar de ello, se aproximó a la cabina, mirando en su interior, pero en dicho lugar la oscuridad era tan completa que resultaba imposible distinguir nada.

En consecuencia, pensó encender la luz, para lo cual se acercó al lugar del comando, donde seguramente debían estar las llaves correspondientes.

Un momento después, cuando el capitán Stonefelt se preparó para subir al avión, sintió de pronto que un cuerpo pesado caía encima de sus hombros.

El peso era tan considerable, que el oficial de la Policía Montada cayó al suelo con tanta violencia, que enterró el rostro entre la nieve.

El revólver de servicio le fue arrebatado de las manos antes de que pudiese hacer uso de él. Enseguida, una mano poderosa le hizo levantar.

El capitán Stonefelt libró su rostro de la nieve, que se le había adherido, limpiando al mismo tiempo sus ojos y, entonces, pudo ver que el hombre que le había dominado con tanta facilidad era un sujeto que tenía más parecido con un enorme gorila que con un ser humano.

Otros cuatro hombres le rodeaban, mostrando todos ellos expresiones poco amistosas en sus facciones.

Monk y sus compañeros, al regresar al avión, habían confundido al capitán Stonefelt con un merodeador de intenciones poco honradas.

—Hable pronto, amiguito —ordenó Renny.

El oficial de la Policía Montada asumió toda la importancia de su cargo.

—Señores —dijo;— estáis arrestados.

Una carcajada general respondió a estas palabras; pero el capitán Stonefelt era poco aficionado a las bromas, de manera que, desabrochando su abrigo, permitió que los compañeros de Doc Savage reconociesen su uniforme.

El efecto de esta acción fue instantáneo. Los cinco ocupantes del avión comenzaron a pedir disculpas al funcionario de la Policía Montada, pero éste se mostró irreductible.

—Todos quedáis arrestados —limitóse a repetir.

—¿De qué se nos acusa? —inquirió Ham, quien, como abogado, se dispuso inmediatamente a tomar la defensa de sus compañeros y de sí mismo.

—De haber secuestrado a Ben Lane y de haber matado a tres de sus compañeros —aseguró el capitán Stonefelt.

Las protestas de inocencia de los cinco acusados no dieron ningún resultado.

En aquel momento llegaron Kulden y algunos agentes de la Policía Montada. Estos últimos apuntaban con sus carabinas a los compañeros de Doc Savage, quienes comprendieron entonces que su situación no era ciertamente envidiable.

Como para aumentar sus preocupaciones, Kulden repitió entonces su acusación:

—Esos son los individuos que nos atacaron —declaró—. Revise usted su avión, capitán, y quizá encuentre en él los cadáveres de mis compañeros, así como al secuestrado Ben Lane o, por lo menos, los rifles que se llevaran.

El oficial de la Policía Montada sometió la cabina del avión a un riguroso registro, pero no encontró nada.

Ante este resultado, Kulden se mostró evidentemente decepcionado.

"¿Será posible que no haya cumplido aquel individuo su misión de colocar los rifles en la cabina?" —Pensó.

Para convencerse, procedió a su vez a un registro de la cabina, pero solamente obtuvo como resultado una confirmación de la declaración que acababa de hacer el capitán Stonefelt.

Allí no estaban los rifles acusadores.

No obstante, los cinco compañeros fueron conducidos al puesto de la Policía Montada, donde quedaron alojados en dos calabozos, destinándose uno de ellos a Monk y a Ham, y el otro a Renny, Long Tom y a Johnny.

En cuanto a "Habeas Corpus", recibió la distinción especial de poder usar como alojamiento el cuarto del capitán Stonefelt.

Pero el hecho de no haber encontrado en el interior del avión los rifles, que hubiesen servido para confirmar su denuncia, hizo que Kulden se mostrase preocupado.

Estaba convencido de que, para la Ley, su sola palabra no sería suficiente para encarcelar a aquellos hombres.

Afuera, habíase levantado una terrible tormenta de nieve. A pesar de ello Kulden salió del puesto, dirigiéndose al bosque de pinos próximo, donde le aguardaban tres hombres. Con ellos mantuvo una prolongada conferencia.

—¿Por qué no colocaste los rifles en el avión? —preguntó a uno de ellos.

—Los guardé allí —afirmó el interpelado.

—¿Y quién los sacó entonces?

—No lo sé.

—¿Por qué no esperaste para evitar que alguien pudiese volver a sacarlos?

—Porque usted me indicó que debía escapar enseguida.

—Es verdad. Pero la desaparición de esos rifles es un

contratiempo muy serio, que nos obliga a modificar nuestro plan.

—¿En qué forma?

—Escuchen.

Los tres hombres se acercaron a muy pocos centímetros de Kulden, como para no perder ni una sola palabra de las que aquél pronunciaba en rápido torrente.

Los tres secuaces prestaron la mayor atención a las instrucciones que les daba Kulden.

—Sería más fácil matarlos —opinó uno de ellos, finalmente.

—Es cierto, pero Stroam no lo quiere así. Además, el tiempo nos favorece, porque esta tormenta borrará totalmente nuestros pasos. Apresúrense a ejecutar las órdenes que acabo de darles.

Un momento más tarde, el siniestro grupo se disolvió, partiendo los cuatro hombres en distintas direcciones.

Kulden regresó al puesto policial.

Monk, que fuera de sus aventuras al lado de Doc Savage, era uno de los más prestigiosos químicos del mundo, se encontraba sentado en el piso del calabozo, que compartía con Ham, cuando penetró un agente:

—¿Tienen hambre, señores? —inquirió.

—Yo siempre tengo deseos de comer —le contestó Monk.

—Bien, entonces le traeré algunos alimentos dentro de pocos minutos —contestó el agente, mientras cerraba nuevamente la puerta.

Mientras se estaba preparando la comida para los detenidos, se ofreció a Kulden una nueva oportunidad para ser útil a Stroam.

Vió que el agente había llenado unas tazas de café y, aprovechando un instante en que el hombre se alejó algunos minutos para buscar un poco de azúcar, extrajo de su bolsillo un frasco conteniendo un líquido y volcó su contenido en las tazas ya servidas para Monk y Ham.

Cuando éstos recibieron los alimentos, los comieron con la mayor confianza, muy ajenos a que el café contenía un poderoso narcótico.

Ciertamente encontraron un sabor desagradable en el café, pero todos los conocimientos de química de Monk no le sirvieron en ese momento para protegerse contra las acciones del tóxico, de modo que, muy pocos minutos más tarde, tanto él como Ham quedaron

profundamente dormidos.

Mientras tanto, Kulden estaba sentado junto al capitán Stonefelt, en el despacho de éste, ampliando su información sobre lo ocurrido.

—He mandado a un grupo de agentes para que recojan impresiones en el mismo teatro del crimen —declaró el oficial de policía—. Desgraciadamente, esta tormenta de nieve borrará por completo las huellas.

Ninguna mueca permitió comprender cuáles eran las ideas que cruzaban la mente de Kulden al escuchar las anteriores palabras.

Por su parte, el capitán Stonefelt acompañaba sus declaraciones con la acción ya mecánica de dibujar círculos sobre un papel.

El sargento, que también estaba presente, permanecía callado.

El hecho de que la tormenta de nieve borrase todas las huellas era una felicidad para Kulden, quien pensó que ello impediría también reconocer cualquier diferencia que hubiese servido para anular toda la acusación.

Por lo demás, Kulden tenía sus razones para prolongar su conversación con los dos funcionarios policiales.

Quería mantener ocupados a ambos funcionarios para evitar que pudiesen sentir deseos de interrogar a Monk o a Ham, porque ello habría sido fatal para sus planes en aquellos momentos.

En efecto, en el preciso instante en que Kulden conversaba con el capitán Stonefelt y el sargento, descorríase el pestillo que cerraba por fuera la celda en que se encontraban Monk y Ham.

Tres individuos penetraron furtivamente en el calabozo.

Eran los mismos que celebraran poco antes la conferencia con Kulden en el bosque de pinos próximo.

Levantando los cuerpos de Monk y Ham, tanto más pesados cuanto, que estaban narcotizados, los tres sujetos volvieron a salir del puesto policial por la puerta del fondo.

Pero antes de retirarse, uno de ellos practicó una leve señal en la puerta, como si los prisioneros, valiéndose de la hoja de un cuchillo, hubiesen levantado desde dentro el pestillo que cerraba la puerta.

Pocos minutos más tarde, la tormenta de nieve había borrado por completo las huellas dejadas por los tres sujetos que secuestraran a Monk y a Ham.

CAPÍTULO XVIII

EL HOMBRE SIN ROSTRO

DESGRACIADAMENTE para ellos, Monk y Ham habían bebido todo el café contenido en los jarros que les fueron servidos, de manera que quedaron profundamente narcotizados, durmiendo por espacio de varias horas.

Monk, que tenía casi la misma resistencia que uno de esos gorilas con los cuales mostraba tanto parecido, fue el primero en despertar.

Abrió los ojos, pero volvió a cerrarlos enseguida.

—Debo haber sido golpeado en la cabeza con un hacha —se dijo, teniendo en cuenta que sentía un dolor agudo en la caja craneana.

Quiso llevarse las manos a la cabeza, pero entonces comprobó que tenía los brazos atados y que estaba sujeto al suelo con una cadena de medio metro de larga.

Concentrando sus ideas, no tardó en llegar a la conclusión de que no había sufrido ninguna contusión física, sino que alguien debía haberle suministrado un narcótico.

Estaba encerrado en una habitación con piso y techo de madera, más amplia que el calabozo del puesto policial, pero mucho más sucia y hedionda.

A su lado, y acostado también sobre el suelo, se encontraba Ham, quien roncaba ruidosamente.

A un costado de la habitación había un camastro, de más de un metro de altura, sobre el cual se veía a otra persona, aun cuando no se alcanzaba a distinguir sus facciones.

Con un movimiento de su cuerpo, Monk se acercó a Ham y le despertó.

El abogado comenzó también a quejarse del fuerte dolor de cabeza que le molestaba.

—¿Dónde estamos? —inquirió enseguida.

—No sabría decíroslo —contestó una voz desde el camastro.

Monk y Ham se incorporaron y lo mismo hizo el que estaba en la cama, para poder verse. Pero no pudieron mirar más que un instante.

Enseguida, ambos compañeros de Doc Savage se dejaron caer nuevamente sobre el suelo, fuertemente impresionados por el espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

Aquel hombre ya no tenía rostro. Sus facciones habían desaparecido, como si una terrible enfermedad hubiese descarnado los huesos de su cara.

El desconocido también se dejó caer de nuevo sobre la cama:

—Señores —dijo,— debo tener un aspecto alarmante.

—¿Cómo ha sido? —inquirió Ham.

—Por el ácido —replicó el otro con voz muy débil—. Lo dejaron caer sobre mi cara gota a gota. Sufrí dolores intolerables. A cada gota, pensé que el sufrimiento me quitaría la vida.

Monk, sintiendo cierta dificultad para hablar, por efectos de la impresión, por fin logró formular también una pregunta:

—¿Y sus ojos están bien?

—Sí, felizmente pusieron cuidado en no quemarlos. Pero no ha sido por humanidad, sino porque necesitaban mi vista para que los guiase, cuando llegara el momento.

—¿Entonces ha sido usted torturado?

—Así es.

Monk y Ham se miraron en silencio y un mismo nombre asomó a los labios de ambos:

—¿Ben Lane?

—Ese es mi nombre —contestó el hombre que yacía sobre el camastro—. ¿Y puedo saber ahora quiénes son ustedes?

Ham efectuó la presentación del caso, agregando que ambos eran compañeros de Doc Savage.

La mención de este nombre hizo que el herido lanzase una exclamación de alegría:

—¿Ha venido al Norte Doc Savage? —inquirió.

—Sí, pero no tenemos noticias de él desde hace bastante

tiempo…

Ham se calló bruscamente, al escuchar que alguien descorría el pestillo que cerraba la puerta.

Un momento más tarde, las bisagras de esta última rechinaron ruidosamente.

Otro segundo más tarde penetraron en la habitación dos individuos, llevando sus carabinas preparadas para hacer frente a cualquier contingencia.

Les seguían otros cuatro sujetos.

Todos ellos eran personajes de aspecto alarmante, que no pertenecían a ninguna raza, ni india, ni blanca, ni esquimal.

Eran una mezcla de todas ellas, con el resultado más desastroso en cuanto a su aspecto.

Contribuía a hacerlos más repelentes el hecho de que anduviesen completamente sucios y andrajosos.

—Parece la escolta del Diablo —comentó Monk.

—Son los secuaces de Stroam —dijo Ben Lane con voz débil desde su camastro.

Uno de los sujetos se aproximó a la cama:

—¡Qué guapo has quedado, muchacho! —comentó con tono burlón.

—Ya han conseguido ustedes lo que querían —le contestó Ben Lane—. Ahora pueden terminar su obra degollándome. De todos modos, ese es el procedimiento que emplean habitualmente.

El otro le respondió con una carcajada:

—No —afirmó—. Es preciso que le conservemos con vida. No vaya a ser que nos haya dado una información errónea.

—Les he dicho la verdad —afirmó Ben Lane.

Al escuchar estas palabras, dibujóse en el rostro de Monk una expresión de tal ferocidad, que uno de los individuos, instintivamente, dio un paso atrás.

Los compañeros de Doc Savage comprendieron, por el breve diálogo, que Stroam había conseguido su propósito, obligando a Ben Lane a revelarle el secreto, cuyo conocimiento le interesaba en tan alto grado y recurriendo para obtenerlo al empleo del tormento por medio de gotas de ácido.

El individuo que se había aproximado a la cama se unió a sus compañeros y uno del grupo preguntó:

—¿Has traído el ácido?

—Sí, aquí está.

En las manos de uno de los sujetos apareció una botella con tapón de vidrio esmerilado y una varilla de vidrio que servía para hacer caer el líquido gota a gota.

El que llevaba la palabra se acercó a Monk y a Ham y observó a ambos durante algunos segundos. Después manifestó:

—Vamos a empezar por éste. Tiene la cara tan fea que no le quedará mucho peor después del tratamiento son el ácido.

Monk sintió que el sudor le corría sobre la frente.

Ham, que en otra circunstancia hubiese celebrado el comentario referente al aspecto de su compañero, con quien discutía eternamente, comprendió en aquellos momentos toda la terrible significación de aquellas palabras y le pareció que su espina dorsal se convertía en un trozo de hielo.

Uno de los que estaban armados con rifle se situó junto a la puerta.

De los otros cinco, cuatro sujetaron a Monk y el quinto se dispuso a someterle al tratamiento, cuyos buenos resultados habían quedado evidenciados ya anteriormente con Ben Lane.

Con este propósito se acercó a Monk con la botella de ácido en la mano.

El compañero de Doc Savage concentró en aquellos momentos todas sus ideas en un desesperado afán de encontrar un medio para despojar a aquel sujeto de la botella, pero las ligaduras que le sujetaban y la cadena que le mantenía unido al suelo eran sólidas y no le permitían ningún movimiento.

—Va a tener que contestar a unas preguntas que voy a formularle —empezó diciendo el torturador principal.

—¿Qué quiere saber usted? —preguntó Monk con bastante calma.

—Quiero saber lo que sabe usted acerca de Stroam.

—¿Qué quiere decir usted? No le entiendo —repitió Monk.

—Me voy a expresar con mayor claridad. Stroam quiere saber si ustedes tienen idea de quién es él. También le interesa conocer si Doc Savage dejó algún papel escrito que pueda servir de pista a la policía.

—¿Por qué no se lo preguntan al mismo Doc Savage?

—Porque el Hombre de Bronce ha muerto.

Monk y Ham sintieron que todas sus esperanzas se desvanecían.

Evidentemente, les esperaba una suerte análoga a la de Ben Lane. Las perspectivas para el futuro no tenían ciertamente nada de agradables.

Pero en ese mismo momento se escuchó un extraño sonido, que recorrió toda la escala musical. Monk y Ham no sabían si estaban soñando o si aquello era real.

Pero pronto comprendieron que estaban bien despiertos. Aquellos trinos eran proferidos por Doc Savage.

La puerta, que hasta entonces estuviese cerrada, abrióse de pronto.

El chirrido de sus goznes mezclóse con la exclamación de terror del guardián que estaba de guardia allí.

Los secuaces de Stroam giraron sobre sus talones, mudos de asombro ante lo que veían.

Por un momento todos ellos quedaron como paralizados o aves hipnotizadas por una serpiente.

Pero en este caso eran ellos las serpientes y el gigante de bronce, que se encontraba de pie en el umbral de la puerta, asemejábase a una personificación de la Justicia, a la que durante tanto tiempo habían logrado burlar.

Los dedos de Doc Savage tenían aprisionada la nuca del individuo, que llevaba en sus manos el rifle.

Para el Hombre de Bronce hubiese sido tarea sencilla matar a aquel sujeto; pero, al parecer, no quiso hacerlo, sino que, conociendo perfectamente la situación de los centros nerviosos de la médula, se limitó a ejercer sobre uno de ellos una leve presión, con lo cual le privó instantáneamente del conocimiento y cayó pesadamente al suelo, soltando su rifle.

Dos mestizos recobraron el habla cuando el Hombre de Bronce ya estuvo encima de ellos.

Uno pretendió hacer uso de su arma, pero Doc Savage era demasiado ágil para dejarse sorprender.

El Hombre de Bronce le agarró por la nuca, ejerció una leve presión y el hombre se desplomó.

A otro, que quiso lanzarse sobre Doc, éste le apretó en otro lugar con el resultado de que el hombre se dirigió hacia la pared como si

fuese un sonámbulo.

A otro de los seis hombres, el que sostenía el frasco de ácido, Monk le pegó con el codo tan violentamente, que el contenido del frasco cayó encima de él, haciéndole proferir gritos de dolor, mientras se llevaba las manos a la cara, donde el castigo comenzaba a ejercer su acción.

Este sujeto tampoco estuvo ya en condiciones de ofrecer resistencia, sino que salió corriendo de la habitación, desvaneciéndose tan pronto como llegó al exterior, como consecuencia de las quemaduras producidas por el ácido en todo su cuerpo.

De los dos hombres que aún restaban, otro trató de descargar sobre Doc Savage un culatazo con su rifle, pero el Hombre de Bronce se agachó tan prestamente, que el hombre perdió el equilibrio.

Además, antes de que diese con el cuerpo en el suelo, Doc le alcanzó con una terrible derecha a la mandíbula, que le privó inmediatamente del conocimiento.

El sexto alcanzó a disparar un tiro con su rifle, pero, imposibilitado de hacer buena puntería, la bala fue a incrustarse en la pared.

Un instante después, también éste quedaba tendido en el suelo, junto a sus compañeros.

La lucha habíase desarrollado con extraordinaria rapidez. Doc Savage acababa de dejar fuera de combate a seis individuos.

Ben Lane, incorporándose con un esfuerzo sobre su camastro, no tuvo siquiera tiempo de asistir a la lucha.

Solamente alcanzó a ver la silueta gigantesca del Hombre de Bronce que, uno a uno, iba librándose de sus enemigos como si hubiesen sido muñecos.

Por fin, sus ojos se posaron en el hombre que permanecía apoyado contra la pared, al parecer indiferente a lo que acababa de desarrollarse ante sus ojos, como si estuviese paralizado.

Ben Lane señaló a aquel individuo:

—¿Qué diablos le pasa a ése? —inquirió débilmente.

CAPÍTULO XIX

UN METAL EXTRAORDINARIO

DOC Savage se acercó al mestizo, que estaba apoyado contra la pared y le empujó, cayendo aquél como si hubiese sido un juguete. Monk y Ham saltaban para restaurar la circulación, una vez que Doc Savage los hubo desatado.

—Estaban convencidos de que ya no existías, Doc. ¿Cómo pudiste venir? —preguntó Monk.

—Ese Kulden efectuó en mi avión un trabajo para que se precipitase al suelo al poco tiempo de levantar el vuelo —explicó el Hombre de Bronce—. Lo que ignoraba el hombre era que yo le estaba vigilando. Tan pronto como levanté el vuelo, traspuse la primera colina y, enseguida, me lancé del aparato con un paracaídas de reserva y dejé que el aparato se estrellase cayendo en un río.

—Pero, ¿por qué? —preguntó Monk.

—Pensé que en esa forma Kulden me proporcionaría la oportunidad de conocer el paradero de Stroam, siguiéndole. Kulden dio instrucciones a algunos de sus secuaces para que colocasen rifles en vuestro avión, poniendo entre ellos el de Ben Lane. Después, no acertó a explicarse por qué no estaban allí cuando el capitán Stonefelt registró el avión.

—¿Fuiste tú quien los sacó, Doc?

El Hombre de Bronce asintió.

—No fue tarea difícil —dijo—. Más tarde, Kulden os hizo sacar del puesto de la policía Montada. La esperanza de encontrar a Stroam o a Ben Lane fue la que me indujo a seguirle.

—¿A qué distancia estamos del puesto?

—A bastante distancia. Os trajeron hasta aquí en un trineo.

—¿Encontraste alguna huella de Stroam?

—Todavía no... a menos que esos individuos le conozcan de vista.

Doc Savage empleó exactamente media hora para llegar a la conclusión de que aquellos individuos no tenían absolutamente ninguna información acerca de Stroam.

No eran, ciertamente, individuos muy valientes.

Tan pronto como despertaron, aterrorizados aún por la presencia de Doc Savage, se manifestaron conformes inmediatamente en contestar a todas las preguntas que aquél les dirigió.

—Nunca hemos visto a Stroam —dijo uno de ellos—. Le aseguro, señor, que le estoy diciendo la verdad. El que nos contrató fue Kulden. Fue él también quien nos dio todas las órdenes.

Los otros cinco, aun cuando emplearon palabras distintas, manifestaron exactamente lo mismo.

El hombre quemado por el ácido padecía dolores considerables.

Mirándolo bien, había salido bastante bien del asunto, porque estaba fuera de peligro y no quedaría permanentemente desfigurado, porque un cutis nuevo cubriría dentro de algún tiempo las quemaduras que tenía en la frente.

—Kulden parece ser el instrumento principal —comentó Monk.

—Kulden es nuestro hombre —afirmó Doc—. Al parecer, no obtendremos información de Stroam, a menos...

El Hombre de Bronce se acercó a Ben Lane, que ya había sido desatado.

—¿Vió usted alguna vez a Stroam? —inquirió el Hombre de Bronce.

—No —contestó el interpelado con un movimiento de la cabeza —. Stroam es solamente... Un nombre. Siempre queda en el incógnito.

Doc miró fijamente a Ben Lane.

—¿Se siente usted muy mal? —preguntó.

—Puedo aguantarlo.

—Ya lo creo, que es usted un hombre valiente —declaró Monk con admiración.

—Su estado no es grave —dijo Doc Savage a Ben Lane—. El ácido ejerció una acción cauterizadora.

Del interior de su bolsillo, Doc Savage extrajo un escuche,

conteniendo objetos de primeros auxilios. Con ellos inició inmediatamente un tratamiento del rostro de Ben Lane.

—No se preocupe demasiado de sus facciones —sugirió Doc Savage.

—Tendrá usted ocasión de comprobar las maravillas que está en condiciones de producir la cirugía plástica.

—Gracias. Ahora supongo que usted tendrá interés en conocer mi historia.

Fue Monk quien tomó la palabra entonces:

—Hemos tropezado con innumerables dificultades para conocer esa historia —dijo—. Ahora será conveniente que usted nos la cuente sin pérdida de tiempo, antes de que ocurra alguna otra cosa que lo impida.

Ben Lane inició su relato inmediatamente:

—Yo soy un ingeniero, especializado en el ramo de metalurgia —declaró—. Mejor dicho, debería afirmar que ésa era mi profesión. Hace cuatro años renuncié al puesto que ocupaba en los laboratorios de una de las empresas metalúrgicas más importantes de los Estados Unidos. Estaba cansado de trabajar a sueldo y más aún, porque ese sueldo no era, precisamente, muy grande.

—Los hombres de ciencia casi siempre obtienen por sus servicios un sueldo demasiado reducido —manifestó Doc Savage—. Prosiga usted…

—Llegué al Norte con el propósito de buscar alguna mina. Hace un año encontré lo que buscaba. Como no estaba seguro de lo que se trataba, llevé una muestra del producto al Sur para hacerlo analizar.

—¿Y qué era? —inquirió Doc Savage.

Ben Lane cerró los ojos.

—Es algo más valioso que todo el oro que se ha extraído de Alaska o que todos los diamantes del África. Tiene un valor inconmensurable, cuya importancia no alcanza a apreciar la imaginación.

Monk miró a Ham y éste devolvió la mirada, a la vez que hacía un gesto con el dedo, como para indicar que Ben Lane debía haber perdido el juicio.

Éste abrió los ojos en aquel momento y, viendo ese gesto, se apresuró a afirmar:

—No crean ustedes que estoy loco. Muy lejos de esto. La cosa tiene, realmente, la importancia que yo le atribuyo. He visitado todos los grandes consorcios metalúrgicos del Canadá y de los Estados Unidos y en todas partes encontré el mayor interés. Todas esas empresas me comprarán la totalidad de la producción de mis minas, tan pronto como pueda iniciar las entregas.

Ben Lane miró fijamente a Doc Savage y prosiguió su relato:

—Mr. Savage —dijo,— usted no ignora que en la elaboración del acero se emplea el manganeso. Este metal es el que da al acero su resistencia y su temple. Ahora bien, ese manganeso en sí no es un metal muy valioso. Sus fuentes principales de producción están en Rusia, en la región del Cáucaso, en la India, en el África Occidental y en el Brasil. La producción de los demás lugares del mundo es insignificante.

Ben Lane cerró nuevamente los ojos durante un segundo, para proseguir enseguida su relato.

—Al parecer, en la actualidad, un consorcio, un trust poderoso, una organización terrible, es el que controla la mayor parte de la producción de manganeso en todo el mundo. Dicho trust, además, parece estar convencido de que, en un futuro no muy lejano, logrará extender aún más sus actividades, a fin de controlar la totalidad de la producción. La gente que dirige esas actividades ha invertido en dicho negocio muchos millones de dólares y, como es natural, no quieren perderlos.

—¿Es Stroam el jefe de esa organización? —preguntó Doc.

—Sí. ¿Cómo lo sabe usted?

—Por ciertas palabras de una conversación que uno de mis compañeros sorprendió en Nueva York, cuando Stroam hablaba con uno de sus secuaces, a quien mató posteriormente.

Levantando una mano, Ben Lane movió un poco el vendaje que le cubría el rostro:

—Mr. Savage —prosiguió—, aquí en el Canadá, a menos de cincuenta millas del lugar en que nos encontramos en este preciso instante, yo he encontrado un nuevo metal, con el cual es posible reemplazar totalmente el manganeso.

A ese metal le he dado el nombre de Benlanium. Como usted podrá ver, soy un poco vanidoso.

—¿Y existe ese metal en grandes cantidades? —preguntó Doc

Savage.

—Hay toda una montaña de él —respondió el interpelado—. El Benlanium tiene mayores ventajas que el manganeso. Todas las empresas productoras de acero, ante quienes efectué demostraciones, estuvieron acordes en ello. Efectuando con este metal una aleación apropiada, es posible obtener un producto sumamente ligero, que se presta admirablemente para las construcciones aeronáuticas.

—¿Y cómo se enteró Stroam de su descubrimiento? —inquirió Monk.

—Se lo comunicó el presidente de una compañía de aceros en los Estados Unidos, sin imaginarse las consecuencias que habría de tener aquella información. Inmediatamente vino a verme el hombre llamado Kulden y me ofreció, en nombre de Stroam, la suma de dos millones de dólares si le revelaba el lugar en que había encontrado el Benlanium.

—¿Querían explotarlo? —preguntó Doc.

—No. Por lo menos, tenían el propósito de no hacerlo hasta haber recobrado todo el dinero invertido en la industria del manganeso.

Para ello, deseaban ser los propietarios de mi producto y mantener en secreto su existencia hasta más adelante. Naturalmente, rechacé la oferta de los dos millones de dólares, por cuanto el Benlanium tiene un valor muy superior.

—¿Y ahora está tratando Stroam de encontrar ese depósito de Benlanium? —inquirió Doc Savage.

—Ya lo ha hallado, porque yo he tenido que revelarles el lugar en que se encuentra, por la fuerza.

Doc Savage guardó silencio por espacio de algunos segundos.

Parecía una estatua de bronce y en sus ojos observábanse extraños fulgores.

—Me parece que he perdido el Benlianium —prosiguió Ben Lane débilmente—. Es una verdadera lástima, porque ese metal hubiese sido de gran valor para el desarrollo de la aviación.

—Todavía no lo ha perdido usted, Ben Lane —declaró Doc Savage.

—Por lo menos, cabe afirmarlo mientras que Stroam no nos haya vencido.

Monk intervino entonces en la conversación.

—¿Y por qué no denunció usted la propiedad de esa mina? —inquirió.

—Ciertamente, cometí una gran locura en no denunciar la propiedad de la mina cuando realicé el descubrimiento —contestó Ben Lane,— pero ello tiene su explicación. Yo tenía en aquel momento muy poco dinero y pensé que él me haría más falta para efectuar un viaje al Sur y hacer analizar mi producto. Después regresé al Norte para efectuar la denuncia y proseguir los ensayos. Esa es la razón por la que me encuentro aquí en estos momentos.

—Existen dos o tres puntos sobre los cuales desearía que me suministrase usted una información más amplia —sugirió Doc Savage.

—¿Cuáles son?

—¿Le acompañó Kulden con los trineos cuando salió en dirección a la estación terminal del ferrocarril?

—No. ¿Qué le hace pensar que lo hiciera?

Doc refirió sus aventuras al aterrizar junto a los trineos abandonados y repitió el fantástico relato que le hiciera Kulden acerca de los monstruos invisibles.

—Kulden le ha mentido.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Yo mismo no lo sé. Sólo puedo relatar lo ocurrido hasta el momento en que perdí el conocimiento. Nos detuvimos para comer y, repentinamente, me sentí mareado. Después caí desvanecido.

Cuando desperté estaba en esta habitación y esos sujetos se estaban preparando para torturarme.

CAPÍTULO XX

MAGIA DE LA NIEVE

DOC Savage registró la biblioteca, encontrando diversas correas con las cuales sujetó a los seis individuos formando con ellos una cadena.

Enseguida ató el trineo en el que habían sido traídos Monk y Ham, acomodó en él a Ben Lane, emprendiendo todos el viaje en dirección del puesto de la Policía Montada en Sierra Nevada.

Mientras tanto, en su calabozo de ese puesto, Renny, Long Tom y Johnny cambiaban opiniones acerca de la extraña situación en que se encontraban, muy lejos de suponer lo que en aquellos momentos ocurría a sus dos compañeros, que creían aún en la celda contigua.

Ninguno de ellos había comido los alimentos que les trajeron, formando con ellos una pelota dura que guardaban por si pudiese serles de alguna utilidad.

Por su parte, Kulden esperaba también una oportunidad para poder echar una dosis de narcótico a la comida de los tres compañeros de Doc Savage, a quienes despacharía enseguida hacia el mismo lugar en que se encontraban los otros dos.

Posteriormente, los cinco hombres podrían ser eliminados y así las cosas terminarían de acuerdo con los deseos de Stroam.

El capitán Stonefelt, con el rostro rubicundo como siempre, pasábase el tiempo ocupado en dibujar círculos con un lápiz sobre las hojas de papel que tenía delante.

Los agentes enviados al campamento abandonado de Ben Lane, habían regresado, confirmando en cierto modo la declaración de Kulden, pues manifestaron que, aun cuando la tormenta de nieve había borrado todas las huellas, habían encontrado un charco de

sangre, indicio evidente de que el ataque había sido violento.

De pronto, los pensamientos del capitán Stonefelt fueron interrumpidos por la intempestiva entrada de un agente:

—Capitán —anunció,— dos prisioneros han escapado. Son los llamados Monk y Ham.

El capitán Stonefelt lanzó una maldición:

—Vamos a ver si están los demás —dijo, corriendo al calabozo ocupado por los otros tres.

Al encontrar a éstos en la misma posición en que los dejase, soltó un suspiro de alivio.

—¿A qué se debe toda esa agitación? —preguntó Renny.

El capitán Stonefelt le informó acerca de la fuga de sus compañeros y agregó:

—Lo peor del caso es que la tormenta de nieve habrá borrado sus huellas, de manera que no quedará otro recurso que revisar todos los alrededores del puesto, haciendo recorrer toda la región por los agentes. Este asunto me confirma aún más la culpabilidad de ustedes.

Pocos minutos más tarde, todos los agentes iniciaron la busca, llevando zapatos de nieve y una bolsa con provisiones, precaución que toman en aquellas regiones todos los que se alejan de su casa, por temor a morirse de hambre en caso de una demora imprevista.

Hasta el mismo capitán Stonefelt salió a explorar.

En el puesto quedaron solamente un agente, que tenía el tobillo lastimado, y el cocinero.

También Kulden declaró que prefería quedarse para ayudar a los otros dos a vigilar a los prisioneros.

Cinco minutos después de la partida del capitán Stonefelt, Kulden penetró en la estación radiotelegráfica del puesto.

Como lo hiciera anteriormente, al llevar su cometido en el avión de Doc Savage, mostró en la tarea que ahora efectuaba una extraordinaria pericia.

Pocos segundos bastáronle para cambiar la longitud de onda del transmisor, pasar un despacho, volver a la onda anterior y apagar el transmisor, después de lo cual se reunió nuevamente con los dos agentes del puesto, simulando la mayor inocencia.

Transcurrieron dos horas, al fin de las cuales, Kulden demostró cierta intranquilidad, dirigiendo siempre la mirada hacia el Oeste.

Finalmente soltó un suspiro. Desde la dirección en que miraba Kulden aproximábanse al puesto cuatro hombres sobre zapatos de nieve.

Ninguno de ellos llevaba su bolsa de alimentos, pero, en cambio, todos tenían rifles.

Cuando estuvieron más cerca, los dos agentes del puesto les miraron atentamente.

—Son mestizos —dijo uno de ellos—. Yo no sé de dónde sale esta plaga en estos últimos meses. Parecen haber aumentado como los insectos.

Kulden no efectuó ningún comentario, limitándose solamente a colocarse en una posición próxima al que acababa de hablar, a fin de poder atacarle en caso necesario. Sabía perfectamente que aquellos individuos llegaban como consecuencia del mensaje radiotelegráfico por él lanzado.

Aquellos individuos, además, ya habían recibido sus órdenes y no perdieron tiempo en cumplirlas.

Cuando estuvieron cerca del puesto se echaron los rifles a la cara, mientras uno de ellos gritaba:

—Manos arriba, señores.

Los dos agentes de la Policía Montada quedaron evidentemente sorprendidos ante aquella amenaza, pero ambos levantaron las manos sin vacilaciones.

No estaban dispuestos a sacrificar la vida en una resistencia que consideraban vana.

Los cuatro sujetos se acercaron. Kulden, que en el primer momento también había levantado las manos, para no llamar la atención, hizo como si quisiese sacar un arma del bolsillo, pero uno de los sujetos aparentó descargar un fuerte culatazo en su cabeza y el hombre cayó al suelo, como si estuviese privado del conocimiento.

Uno de los cuatro sujetos se acercó entonces a la puerta del calabozo en que estaban los presos.

—Hemos venido a salvarlos a ustedes, por orden de Doc Savage —anunció.

Los tres compañeros del Hombre de Bronce le miraron, convencidos de que estaban mintiendo, pues sobradamente conocían a Doc para comprender que, en el caso de proponerse su

libertad, él mismo se la hubiese brindado a sus amigos, no enviando a ningún emisario.

Renny resolvió poner a prueba la sinceridad de la afirmación.

—¿Quién les ha dado esa orden? —inquirió.

—Doc Savage en persona —contestó uno de los cuatro mestizos.

—¿Entonces lo han visto ustedes?

—Naturalmente, hemos hablado con él.

—Descríbamelo.

—Es un hombre fuerte...

—¿Fuerte? ¿Se refiere usted a que es bastante resistente en comparación a su altura?

—Naturalmente. No es un hombre de gran estatura, pero no por eso deja de ser fuerte —enmendó el sujeto, con astucia.

Pero su afán de querer componer un desacierto inicial le hizo cometer uno mayor aún.

Al decir que Doc Savage no era de gran estatura revelaba claramente no haberlo visto jamás, por cuanto sabemos que se trataba de un verdadero gigante de bronce.

—Miente usted —afirmó Renny—. Usted no ha visto jamás a Doc Savage ni él les ha dado orden de venir a buscarnos.

Los cuatro sujetos les apuntaron con sus rifles.

—Señores —dijo uno de ellos,— no hemos venido para discutir con ustedes, sino para sacarles de aquí. Vayan saliendo rápido...

—Al contrario —intervino en este momento otra voz,— son ustedes los que van a quedarse bien quietos, si no quieren que los envíe al otro mundo.

La que pronunciaba estas palabras con timbre metálico era Midnat d'Avis, la hermosa detective de Toronto, que en un momento tan crítico reapareció nuevamente en escena.

Los cuatro mestizos quedaron atónitos.

—Tiren esos rifles al suelo y levanten las manos —ordenó la muchacha.

Tres de los hombres obedecieron, pero el cuarto trató de hacer uso de su rifle.

Pero la joven no le dio tiempo.

De la carabina que llevaba en las manos salió un certero disparo que hirió al que trataba de desobedecer, en los dedos, obligándole a abandonar el arma.

Los compañeros de Doc Savage, que sabían apreciar un buen tiro, no pudieron menos de reconocer la gran puntería de Midnat d'Avis, y la saludaron con toda cortesía.

—Estamos muy contentos de verla aquí —dijo Renny.

—Me extraña mucho su afirmación —respondió la muchacha,— porque, de lo contrario, habrían ustedes mostrado menos interés en que me quedara en Nueva York.

—¿Y cómo vino usted?

—En avión. Yo misma lo piloté. Desgraciadamente, la tormenta de nieve no me permitió encontrar este lugar y tuve que descender a cinco millas de distancia hacia el oeste. Me dirigía al puesto con mis zapatos de nieve, cuando vi a esos individuos. Sabiendo que en el Norte nadie viaja sin provisiones y con el rifle en las manos, salvo que persiga un propósito determinado, y como no me agradaba el aspecto de esos sujetos, resolví seguirlos, asistiendo al espectáculo de un asalto al puesto. Entonces decidí acercarme al destacamento por el lado opuesto, sin que nadie me viese, lo que pude hacer con toda facilidad.

Kulden, que había sabido disimular perfectamente su perturbación, al observar el giro que tomaban los acontecimientos, llamó la atención de todos en este momento, exclamando:

—Ahí viene el capitán Stonefelt. Él arreglará este asunto.

CAPÍTULO XXI

UN ALGO INVISIBLE

EL capitán Stonefelt se acercaba desde el Oeste.

Seguía la huella dejada por los cuatro mestizos.

Una exclamación escapó de sus labios cuando vió a los tres compañeros de Doc Savage de pie delante del puesto.

—¿Qué están haciendo ustedes fuera de sus calabozos? —inquirió.

—Cuatro individuos vinieron, armados de rifles, y nos asaltaron —informó uno de los agentes de la Policía Montada.

—Y después llegó esa muchacha y nos amenazó a todos —terminó el otro agente.

Renny tomó entonces la palabra.

—No hemos querido que nos pusiesen en libertad.

—Nosotros no sabemos nada —manifestó uno de los mestizos.

El capitán Stonefelt se puso rojo de ira.

Lo que menos le gustaba era que le confundiesen, y aquello le volvía loco.

Con voz enérgica, impuso silencio.

—Hablen por turno, de uno en uno —gritó.

Kulden trató de tomar la palabra.

—Esa muchacha… —empezó diciendo.

El capitán Stonefelt le hizo callar con un gesto y se dirigió a la muchacha.

—¿Quién es usted y qué está haciendo aquí? —preguntó.

—Soy una detective privada de Toronto —respondió la joven—. Y estoy aquí tratando de prestar todos los servicios que estén a mi alcance a Ben Lane.

—¿Y por qué maneja usted con tanta libertad su rifle?

—Porque también ayudo a Doc Savage.

El capitán Stonefalt dio un salto hacia adelante, tomó a la joven por el brazo, por sorpresa, y le quitó la carabina.

—¿De modo que está usted al lado de Doc Savage? —preguntó—. Pues, entonces, queda usted igualmente arrestada.

La muchacha se quitó rápidamente los zapatos de nieve, para poder moverse con mayor libertad, y aplicó un violento puntapié al capitán Stonefelt, a la vez que le alcanzaba con el puño en un ojo.

Enseguida tomó su rifle, y ya estaba el arma a punto de volver a sus manos cuando uno de los agentes de la Policía Montada la sujetó.

—¡Diablos! —gritó el capitán—. ¡Qué tigresa!

Midnat d'Avis miró al comandante, cuyo rostro estaba intensamente arrebolado.

—¡Idiota! —gritó—. Usted está cometiendo un error enorme.

El capitán Stonefelt arrugó el entrecejo.

—¿Puede usted demostrar que es una detective? —interrogó.

—Naturalmente.

La joven metió las manos en sus bolsillos, pero, enseguida apareció en sus facciones un gesto de desilusión.

—Lo lamento —dijo,— pero he dejado mis documentos en el avión.

Durante algunos segundos la mirada del capitán Stonefelt estuvo fija en la joven.

Después de todo era un hombre y la belleza de aquella mujer parecía impresionarle.

—Voy a ir con usted en busca de esos papeles —dijo, finalmente.

Renny, Long Tom y Johnny fueron encerrados nuevamente en el calabozo.

Y, como compañeros, tuvieron desde ese momento a los cuatro mestizos que habían pretendido libertarlos.

Kulden era un hombre de muchas habilidades.

Una de ellas consistía en perderse de vista, permanecer poco menos que ignorado, cuando ello le convenía.

Y en aquellos momentos tuvo el mayor cuidado de no hacerse notar.

Tan pronto como se le presentó la oportunidad para ello, penetró en la habitación en que se hallaba la estación

radiotelefónica.

Una vez más puso en marcha el transmisor.

—¿Con el cuartel general de Stroam? —inquirió.

—Sí —le contestaron a través del éter.

—Las cosas no van muy bien —informó Kulden—. La tentativa que he realizado para sacar a los tres compañeros de Doc Savage del puesto de la Policía Montada ha fracasado.

—Es una lástima.

—Es más que eso. No me agrada el aspecto que toman las cosas.

—Por mi parte, tengo que darle peores noticias aún —respondió la voz a través del aire.

—¿Cuáles?

—Que los otros dos compañeros de Doc Savage, Monk y Ham, han recobrado la libertad, llevándose consigo a Ben Lane y capturado a los hombres que les custodiaban.

Por primera vez, Kulden demostró perder el aplomo. Tardó treinta segundos en recobrar el habla.

—¿Cómo ocurrió eso?

—Un mensajero se dirigió a la casa donde estaban encerrados aquellos hombres y, por las pisadas, pudo darse cuenta de lo que había ocurrido. Al parecer, un desconocido había entrado en la casa, dominando a nuestros hombres.

Kulden, al escuchar eso, palideció intensamente.

Las siguientes palabras que llegaron a sus oídos no contribuyeron precisamente a tranquilizarle.

—El individuo que los libertó, a juzgar por las huellas que dejó en la nieve, caminaba con pasos enormes y su peso debía ser considerable, porque las pisadas son profundas.

—¡Demonios! —contestó Kulden.

Y en su rostro apareció una expresión de incomodidad.

Las anteriores declaraciones le habían traído a la memoria la imagen de Doc Savage.

—Debemos obrar rápidamente —manifestó.

Enseguida dio una serie de órdenes e instrucciones lacónicas, saliendo después de la sala de transmisión radiotelefónica.

*****

En la celda que les servía de calabozo, Renny, Long Tom y Johnny se hallaban sentados muy juntos, hablando en voz baja.

Habían estado haciendo comentarios acerca de los sucesos ocurridos y pensaron que había llegado el momento de entrar en acción.

En el rincón opuesto, los cuatro mestizos se hallaban reunidos, mirándolos con cierto temor.

Renny acercóse a la ventana, que poseía fuertes barrotes de hierro.

Long Tom se metió una mano en el bolsillo de su abrigo, comprobando si todavía estaban allí los dos trozos de comida congelada.

Estos, en efecto, permanecían en aquel lugar, sin haberse derretido.

Sin que sus movimientos pudiesen ser observados por sus compañeros de calabozo, los cuatro mestizos, Long Tom pasó uno de los trozos a Johnny.

Inmediatamente entraron en acción. Con un rápido movimiento, Long Tom aplicó un fuerte golpe con el trozo de comida helada en la cara de uno de los mestizos, alcanzándole entre los dos ojos.

El individuo se desplomó sin emitir ni siquiera un gemido.

Por su parte, Johnny puso fuera de combate, en la misma forma, a otro mestizo.

Renny dio cuenta de los otros dos, alcanzándolos con sus puños de fuerza hercúlea. La velocidad con que fue llevado a cabo el ataque impidió que los mestizos pudiesen lanzar siquiera un gemido.

Al recobrar el conocimiento, algunos minutos más tarde, todos ellos se encontraron fuertemente atados con ligaduras hechas con sus propias ropas y llevando una mordaza en los dientes.

Inmediatamente empezó el interrogatorio, que estuvo a cargo de Renny.

Pero éste, para imponer respeto a los individuos, sacó previamente de su bolsillo una moneda de cincuenta centavos, de plata, y la dobló por la mitad.

—¿Sabe usted dónde está Doc Savage? —preguntó enseguida.

Evidentemente el hombre podía alegar ignorancia y Renny tenía muy pocas esperanzas de que le dijera algo, pero lo cierto es que el sujeto estaba tan asustado que replicó enseguida:

—Está muerto, señor.

—No lo creo.
—Stroam nos lo aseguró.
—¿Conoce usted a Stroam?
El otro guardó silencio.
—¿Se niega a hablar?
—Tengo miedo, señor.
Renny levantó sus enormes puños, pero, en lugar de descargar con ellos un golpe al mestizo, quedó mirándolos con una expresión de extravío.
Enseguida sintió que un mareo le invadía.
A su lado, Johnny experimentaba idéntica sensación.
—¡Mi cabeza...! —exclamó.
Long Tom, que habíase sentado en el suelo, quiso levantarse, pero no pudo hacerlo. Por fin se incorporó y se acercó a la ventana.
—¡Ahí viene...! —gritó.
—¿Qué? —preguntó Renny, que ya no estaba en condiciones de moverse.
—Algo... invisible... nos está dominando —contestó Long Tom, con un fuerte quejido.
En una de las habitaciones vecinas del puesto policial, Midnat d'Avis escuchó el quejido de Long Tom y quiso levantarse para ver lo que le ocurría, pero, desde algunos segundos antes, también ella se sentía mareada y, al levantarse de su silla, cayó pesadamente al suelo.
Había estado en aquel cuarto en espera de que viniese el capitán Stonefelt para acompañarla hasta su avión, en busca de sus documentos.
Un segundo más tarde también se cerraron sus ojos.
Y un silencio sepulcral reinó en el puesto de la Policía Montada.

CAPÍTULO XXII

EL AVIÓN MORTUORIO

EL grupo de Doc Savage, formado por éste, sus dos compañeros Monk y Ham, Ben Lane y los seis prisioneros, acercábase rápidamente en su trineo al puesto de la Policía Montada de Sierra Nevada.

Ben Lane, que viajaba en el trineo, casi no hablaba. Sin embargo, de pronto se dirigió a Doc Savage, que caminaba a su lado.

—Olvidé decirle una cosa, Mr. Savage —dijo.

—¿Qué?

—No le dije cómo había sabido que Stroam se dirigió a Nueva York, en busca de usted.

—Es cierto. ¿Cómo fue?

—Yo estaba observando atentamente a Kulden. No tenía ningún motivo que me permitiese acusarle de un delito y hacerle encerrar en un calabozo. De manera que tuve que conformarme con vigilarle. En esa forma le sorprendí haciendo uso de la estación de radiotelefonía.

—¿Tenía acceso a ella?

—No, pero penetraba subrepticiamente. Comprobé que era un experto telegrafista. Envió un mensaje a un tal Mahal, de Nueva York, para que recogiese informes acerca de usted. Yo, enseguida, hice uso igualmente de la estación, telegrafiando a Midnat d'Avis para pedirle que no perdiese de vista al tal Mahal, en Nueva York.

—¿Por qué se dirigió usted a Midnat d'Avis?

—Porque en mi última visita a Toronto leí su nombre en los diarios.

Acababa de esclarecer un asunto en aquellos días. Por otra parte,

no conocía el nombre de ningún otro detective...

—¿Cómo supo Stroam que usted tenía el propósito de solicitar mi ayuda?

—Francamente, no lo sé. Yo solamente hablé de ello con el capitán Stonefelt. Es posible, sin embargo, que alguien haya estado escuchando aquella conversación. Creo que Stroam me hizo seguir durante un tiempo.

*****

El frío era intenso y la nieve estaba muy blanda.

El trineo en que viajaba Ben Lane avanzaba con dificultad.

Los seis prisioneros daban evidentes muestras de cansancio, y fue preciso que Monk se acercase a ellos repetidas veces con gestos amenazadores para que continuasen su camino.

Por fin, el puesto de la Policía Montada de Sierra Nevada apareció ante sus ojos.

Pero, al acercarse, Doc Savage observó inmediatamente algo extraño.

Los perros, que siempre solían salir al encuentro de quien llegaba, permanecían silenciosos y como aterrorizados.

Doc Savage y sus compañeros, seguidos por Ben Lane, penetraron en el edificio del puesto policial.

Pero ello aumentó su sorpresa, porque no encontraron en su interior a nadie.

Solamente Habeas Corpus salió de su escondite, acercándose a su dueño, como asustado también.

El calabozo en que habían estado los tres compañeros de Doc Savage estaba vacío.

Solamente en el despacho del capitán Stonefelt se veían sobre el escritorio algunos papeles, con círculos dibujados con lápiz.

—¿Quién era aquí aficionado a dibujar esos círculos? —inquirió Doc.

—El capitán Stonefelt —explicó Monk, quien había reparado en aquel hábito del funcionario de la Policía Montada.

Doc Savage permaneció un momento en silencio, pensando.

Después escuchóse en el ambiente un trino melodioso. Ben Lane, que no conocía esa costumbre de Doc Savage, preguntó qué significaba aquello; y Monk se la explicó en voz baja, en pocas palabras.

—Doc lanza ese trino cada vez que descubre algo o que se entera de un gran peligro —dijo—. Se trata de un ruido que el Hombre de Bronce produce instintivamente.

—¿Y qué puede haber descubierto ahora?

Esta pregunta no pudo ser contestada por Monk ni Ham, pues ninguno de ellos comprendió, al momento, cuál era el descubrimiento que podía haber realizado Doc Savage.

Además, éste no les dio ninguna explicación sobre el particular.

El Hombre de Bronce era un ser dotado de sentidos especialmente desarrollados, gracias a un cuidadoso y científico ejercicio, realizado desde hacía muchos años.

Del mismo modo, aquel hombre poseía una constitución muy superior a la de cualquier otro mortal; también tenía condiciones de audición, vista y olfato enormemente mayores. Sus compañeros no ignoraban ese hecho.

Nadie hubiese podido compararse tampoco con Doc Savage en cuanto a poder de observación y precisión en la memoria.

Todas esas condiciones fueron empleadas por el Hombre de Bronce para desentrañar el misterio que rodeaba a aquel puesto de la policía, sobre el cual parecía haber pasado una fuerza destructora, haciendo desaparecer de él todo vestigio de vida humana.

—¿Qué piensas, Doc? —inquirió Monk.

—Que estamos en presencia de otro misterio sobre la nieve —fue la lacónica respuesta—. Algunos de los agentes han partido de aquí, como lo prueban las impresiones dejadas en la nieve por sus zapatos. Seguramente salieron en busca de ustedes cuando se tuvo conocimiento de vuestra fuga. Pero los demás han desaparecido.

Doc miró y vió la huella dejada por una bota de mujer.

—También parece haber estado aquí Midnat d'Avis —declaró.

—¿Cómo sabe usted que era ella? —interrogó Ben Lane.

—Porque conozco su paso en las pisadas, y el tamaño de sus botas confirma mi presunción —declaró el Hombre de Bronce.

Doc Savage no se extendió en mayores explicaciones, convencido de que tardaría bastante tiempo en explicar a Ben Lane todas las observaciones que le sugería la vista de una simple pisada.

—Este misterio se parece, en verdad, al del campamento abandonado de Ben Lane —comentó Monk.

Doc Savage asintió con un movimiento de cabeza y enseguida hizo una señal a sus compañeros para que le siguiesen, tomando por guía las huellas que en la nieve dejaran los cuatro mestizos.

—Vamos a seguir estas pisadas —declaró—, que, sin duda, fueron hechas por forasteros.

Ben Lane acompañó a Doc Savage y a sus compañeros en este nuevo viaje.

El Hombre de Bronce, sin embargo, teniendo en cuenta el estado físico del descubridor del Benlanium, enganchó perros descansados del puesto a un trineo existente allí.

Cuando se alejaron unos quinientos metros del puesto, siguiendo las pisadas de los mestizos, Doc Savage llamó la atención de sus compañeros sobre el hecho de que en ese lugar las pisadas de Midnat d'Avis, procedentes de otra dirección, se mezclaban con las de los forasteros.

—Evidentemente, la muchacha vió a los individuos, y resolvió seguirlos hasta el puesto —dijo—. Vamos a seguir sus pisadas para ver si descubrimos cómo vino hasta aquí.

Cuatro millas más allá dieron con el avión de la joven y enseguida se aproximaron a él. Era un aparato moderno y de gran velocidad. Doc Savage observó con toda atención el terreno inmediato al aeroplano, encontrando sobre la nieve solamente las pisadas de la joven.

Enseguida echó un vistazo al interior de la cabina y lo que vió entonces le llenó de asombro. Sobre el suelo de la cabina yacían cuatro cadáveres.

Sin pérdida de tiempo, el Hombre de Bronce llamó a Ben Lane.

—¿Conoce usted a esos individuos? —preguntó.

—Sí. Son los tres guías y el agente de la Policía Montada que me acompañaban —respondió el interpelado.

CAPÍTULO XXIII

EL TERROR BLANCO

MONK y Ham, que también se habían aproximado, quedaron mudos de asombro.

—Mira cómo han sido asesinados —dijo el primero.

Doc Savage observó con atención los cuerpos de los desdichados, que estaban totalmente congelados por el frío.

Todos ellos mostraban enormes heridas en el pecho, como si hubiesen sido atacados por alguna fiera enorme. El misterioso relato de Kulden parecía confirmarse...

Un nuevo y más detenido examen permitió comprobar que solamente se encontraban en la nieve las pisadas de Midnat d´Avis.

—Esos cadáveres debieron estar en el avión cuando ella llegó —manifestó Monk, con una voz alterada por el asombro.

—¿Crees acaso que ella pueda estar asociada a Stroam? —inquirió Renny.

Nadie le contestó.

Doc Savage volvió a cerrar la puerta de la cabina del avión y, después de instalar nuevamente a Ben Lane en el trineo, prosiguió el viaje, regresando a la huella dejada por los cuatro mestizos, la que siguió inmediatamente hasta llegar a una casa.

Pero si hasta entonces Doc Savage estuvo intrigado por el misterio cuya solución buscaba, la llegada a esa casa no contribuyó a restar importancia al enigma.

En efecto, la puerta estaba abierta y todos penetraron en el interior. Ningún ser viviente había allí. En la chimenea no se veía lumbre. Varias pieles permanecían colgadas de las paredes. Sobre una mesa se veía un aparato de radio, transmisor y receptor, de diseño completamente moderno.

Doc Savage, llevado por su espíritu de aventura, puso inmediatamente en funciones el transmisor y, después de un momento, llamó:

—Stroam...

Se escuchó el zumbido de otra estación transmisora y, un minuto más tarde, la voz chillona de Stroam percibióse perfectamente.

—Doc Savage... Has llegado al tramo final de tu carrera.

Enseguida cesó el zumbido del transmisor.

*****

Tres horas más tarde, Doc Savage y sus compañeros se acercaban a su veloz avión.

Al aproximarse al aparato tuvieron especial cuidado en evitar que los perros ladrasen, porque un rápido examen desde una colina cercana les había permitido comprobar que los agentes que saliesen en busca de Monk y Ham habían regresado al puesto policial y Doc no quiso llamar su atención.

—Será mejor que no nos vean —asintió Monk,— porque nos sería difícil explicar las cosas satisfactoriamente, para evitar que sobre Midnat d'Avis recayese una acusación de homicidio.

Pero al llegar al avión tuvieron una nueva sorpresa.

Los tanques de gasolina del aparato, que se encontraban instalados en las alas, mostraban grandes perforaciones que, de cierto modo, tenían una extraña semejanza con las heridas que vieran en los cuerpos de los infortunados nativos y en el del policía que acompañaran a Ben Lane.

—Pueden haber sido efectuadas por un hacha —manifestó Ham, pero enseguida agregó:— Lo extraño es que en el suelo sólo se ven las pisadas nuestras y aún éstas están casi borradas por la tormenta de nieve.

—Sin embargo —indicó Monk, con un gesto,— no cabe la menor duda de que esa gasolina salió de los tanques después de dicha tormenta, pues sus restos aparecen todavía sobre la nieve.

Después de observar atentamente los agujeros practicados en los depósitos de gasolina, Doc Savage penetró en la cabina, donde se hallaban algunas cajas ligeras y de sólida construcción, que se hallaban completamente intactas.

Cada una de estas cajas llevaba un número. Doc eligió dos de ellas y las llevó al trineo.

—Este asunto me está intrigando —manifestó solamente, y enseguida, dirigiéndose a Monk agregó:

—Busca tu laboratorio portátil.

Monk obedeció, sacando la correspondiente caja del avión y colocándola igualmente en el trineo que ocupaba Ben Lane.

—¿Se siente usted con ánimo para seguir el viaje? —preguntó Doc Savage a este último.

—Ciertamente —replicó Ben Lane—. Son tantos los misterios y las desapariciones que, francamente, no tengo muchos deseos de quedarme aquí. ¿Adónde vamos?

—En busca de Stroam.

—Entonces, yo soy de la partida —afirmó enérgicamente el descubridor del nuevo metal.

—¿Dónde está su montaña de Benlanium?

—Hacia el Norte. No es posible confundirse. Es la sierra más negra de la región. El color negro se debe, precisamente, a la presencia de un óxido de mi metal.

Doc Savage preparó nuevamente el trineo y prosiguieron el viaje hasta la hora del primer descanso, que el Hombre de Bronce aprovechó para decir a Monk:

—Necesito que me analices unas muestras, Monk, que he recogido del suelo, del aire y de las cortezas de los pinos, del lugar en que se encontraba el trineo abandonado de Ben Lane.

Monk se puso inmediatamente a trabajar. Su laboratorio portátil era completo, contando con los dispositivos más modernos y precisos.

Además, si por un momento Monk se sorprendió un poco al ver que Doc Savage le encomendaba a él una tarea de efectuar los análisis, teniendo en cuenta que poseía nociones químicas mayores aún que él, muy pronto comprendió los motivos de tal designación, porque Doc Savage inició un detenido interrogatorio de Ben Lane.

—Quiero que me describa usted exactamente el lugar en que se encuentra su sierra de Benlanium —dijo.

Ben Lane cumplió al instante la orden, manifestando que la sierra en cuestión se encontraba en un terreno muy quebrado, atravesado por profundas gargantas; pero agregando que ellas podrían atravesarse con algún cuidado.

Mientras tanto, Monk realizaba su estudio analítico, llevándolo a

cabo con milagrosa celeridad.

En realidad, empleaba un procedimiento de propia creación que, utilizando una combinación de las propiedades electro-químicas, le permitían establecer la composición de cualquier substancia casi instantáneamente.

De este dispositivo existían ejemplares de mayores proporciones que en aquellos mismos momentos eran empleados con éxito por numerosos laboratorios industriales.

Terminado su trabajo, Monk dio a conocer el resultado del análisis.

—Argón, criptón, oxhidrilo, xenon, anhídrido carbónico —informó; y enseguida prosiguió su dictamen en términos tan científicos que cualquier persona que no fuese un perito en la materia no le habría entendido.

Ham, que le escuchaba, arrugó el entrecejo.

El jamás había sido un buen alumno de química y las tres cuartas partes de las palabras de Monk le resultaban totalmente incomprensibles.

—Perfectamente —manifestó Doc Savage, cuando Monk terminó su informe; en su voz se notaba una expresión de alegría.

—¿Dices que esas muestras proceden del lugar en que se encontraba el campo abandonado de Ben Lane? —inquirió Monk.

—Así es.

—Entonces creo entender la solución de estos misterios sobre la nieve —manifestó Monk—. El análisis nos ha dado la clave.

—Prosigamos el viaje —declaró Doc Savage—. Si tenemos suerte, encontraremos a Stroam cerca de la sierra de Benlanium.

Pero antes de atar nuevamente los perros al trineo, Doc Savage abrió una de las cajas, extrayendo de su interior una serie de carabinas, que repartió a sus compañeros, conjuntamente con balas, que sacó de la otra caja.

—Lamento no haber traído muchas balas de esta clase —manifestó—. No creí que tendríamos ocasión de utilizarlas en esta región, pero veo que me había equivocado. Nuestro enemigo es un individuo temible. Lo único que puedo recomendarles es que administren la munición con prudencia, obteniendo de cada bala el resultado deseado.

Prosiguieron el viaje aún varias horas más, hasta que por fin,

apareció ante sus ojos la sierra de Benlanium.

Más al Norte, la Aurora Boreal había perdido una gran parte de su esplendor.

El magnífico espectáculo hallábase menguado por un tinte rosado que teñía el cielo por el Sur.

—Se acerca el amanecer —manifestó Monk.

—Sí —asintió Ben Lane,— es la iniciación de nuestro día de tres horas.

Pocos minutos después Doc Savage gritó, de pronto:

—¡Rápido, ocúltense detrás de esas rocas...!

Los demás no habían visto ni oído nada.

Pero, a pesar de ello, confiando en la superioridad de Doc, inmediatamente obedecieron a la orden, conduciendo Ham el trineo hasta detrás de unos peñascos próximos.

—Stroam debe haber tenido un observatorio sobre la sierra —manifestó Doc—. Ahí vienen hacia nosotros.

Los demás, cuyos órganos sensitivos eran menos perfectos que los de Doc Savage, no habían tenido noticias del peligro, ni escuchado nada.

Solamente los perros y Habeas Corpus, el cerdo-mascota, que estaba acurrucado en el trineo, a los pies de Ben Lane, dieron muestras de terror.

—Miren —gritó Doc Savage—. En dirección al Norte.

Monk siguió la indicación de Doc y sus ojos parecieron salirle de las órbitas.

—¡Oh! —exclamó—. Es un pequeño dirigible...

CAPÍTULO XXIV

UN ATAQUE INESPERADO

EL dirigible estaba totalmente pintado de blanco, habiéndose adoptado ese tono tanto para el globo como para las barquillas que pendían de su parte inferior.

La aeronave tenía dos motores, situados a ambos costados de la misma y provistos de dispositivos silenciadores.

Al volar, el dirigible solamente hacia un ruido casi imperceptible que parecía un silbido, incapaz de ser escuchado por el oído humano a más de 500 metros de distancia.

—El color blanco de ese dirigible no permite distinguirlo sobre el fondo del mismo color de todo el paisaje —comentó Ham—. Eso explica que no haya podido ser visto.

—Pero deben dejar caer el lastre —opinó Ben Lane—. ¿Cómo se explica que no lo hayamos encontrado?

Doc Savage contestó a esa pregunta.

—El análisis químico efectuado por Monk me permite responder a esa pregunta —declaró.— emplean como lastre un líquido que, al ser echado al vacío, se convierte en gas. Las muestras que he sacado de los alrededores de su campamento me permitieron encontrar vestigios de ese líquido. Además, un dirigible de esas características explica perfectamente que se haya podido llevar a cabo un ataque sin que nade se diese cuenta de ello.

Como el dirigible iba aproximándose en aquellos instantes, se interrumpió la conversación y todos los rifles se dirigieron hacia él.

La aeronave era de construcción ligera, constando las barquillas de varias secciones capaces de ser desarmadas rápidamente sin mucho trabajo.

En cuanto al depósito de gas, no teniendo estructura metálica,

contrariamente a lo que ocurre en los dirigibles propiamente dichos, estaba en condiciones de ser desinflado rápidamente y doblado el forro, de manera que sólo constituyese un pequeño paquete.

—Probablemente Stroam haya traído al Norte ese dirigible con el propósito de averiguar el lugar exacto en que estaba situada mi sierra de Benlanium —murmuró Ben Lane.

Monk preparó en ese instante su rifle.

—¿Sobre qué tiramos, Doc? —preguntó—. ¿Sobre la barquilla?

—No; sobre la bolsa que contiene el gas —respondió el interpelado.

La aeronave iba acercándose a ellos rápidamente.

Había en su silencioso avance un algo de fantástico.

La sola visión de aquel extraño dirigible parecía crear una sensación de horror semejante a la que anteriormente produjeran sus depredaciones.

Su presencia en medio de un silencio sepulcral presentaba todas las características de un nuevo misterio sobre la nieve.

El dirigible detuvo su marcha y permaneció completamente inmóvil en el aire.

De la barquilla se asomó un hombre: era un mestizo. Se llevó una carabina a la mejilla, apuntó e hizo fuego.

Con un ruido seco la bala se incrustó en la nieve, a corta distancia del lugar que ocupaban Doc Savage y sus compañeros.

El eco repitió el ruido de la detonación.

—Ellos han empezado el ataque —manifestó Doc Savage con la mayor tranquilidad y cierto tono de reconfortamiento—. Compañeros, inicien el fuego contra la bolsa de gas.

El Hombre de Bronce se llevó el arma a la cara, apuntó cuidadosamente y apretó el gatillo.

Salió el tiro, produciendo un ruido semejante al de un cañonazo y lanzando hacia atrás a Doc, no obstante su extraordinaria fuerza física.

Cuando Ham apretó el gatillo de su arma, el retroceso de la misma fue tan violento que faltó poco para que quedase desvanecido.

También Monk mostró una cara que indicaba claramente que aquel fuego no era de su agrado. En cuanto a Ben Lane, quedó sin aliento por espacio de algunos segundos.

En la barquilla se observaron instantáneamente los efectos de aquella primera salva de disparos, porque la bolsa que contenía el gas presentaba una larga desgarradura.

Una segunda salva cortaría casi enteramente en dos trozos la tela que formaba el dirigible.

Este efecto extraordinario se explicaba teniendo en cuenta que las armas que utilizaban Doc Savage y sus compañeros estaban cargadas con proyectiles especiales, preparados por el Hombre de Bronce, y que consistían en dos trozos metálicos unidos por una pequeña cadena, en forma de sierra dentada.

Por eso, al entrar en contacto con la tela del dirigible, cada bala la cortaba en una extensa zona. El dirigible fantasma comenzó a caer rápidamente, con el consiguiente terror de sus ocupantes.

Todas las maniobras que éstos realizaron, desesperadamente, moviendo los timones, fueron totalmente infructuosas.

Era evidente que la aeronave caería a menos de cien metros del lugar en que estaba el Hombre de Bronce y sus compañeros.

Doc Savage se aproximó a la caja en que guardaba sus municiones y extrajo de ella algunos proyectiles de un nuevo tipo:

—Son de gas —explicó a los demás, mientras entregaba dos de ellos a cada uno. Hagan fuego contra ellos, tan pronto como bajen.

Con una firme determinación en el rostro, Monk cargó su rifle.

Doc Savage, de repente giró sobre sus talones, mirando hacia atrás. Durante unos diez segundos no supo cómo reaccionar ante lo que veía.

Después, lentamente, depositó su carabina en la nieve.

Monk miró igualmente hacia atrás y adoptó la misma actitud que Doc.

El espectáculo que decidió tan inesperado cambio por parte de Doc y Monk estaba formado por un grupo de agentes de la Policía Montada que, en aquellos momentos, aprovechando que Doc y sus compañeros tenían toda la atención concentrada en el dirigible, habíanse aproximado a ellos hasta una distancia de menos de veinte metros, con sus carabinas preparadas para hacer fuego, en caso de encontrar la menor resistencia.

La expresión de sus rostros expresaba claramente que no se trataba de una mera amenaza, sino de que tenían el propósito de cumplirla.

—Felizmente se nos ocurrió echar un vistazo al avión de ustedes —dijo en voz alta uno de los agentes de la Policía Montada—, y lo que encontramos en su interior nos decidió a seguir sus huellas. Ahora hemos sido testigos de su ataque contra ese dirigible, pudiendo agregarse el cargo de tentativa de homicidio al de la muerte de Ben Lane, que ya pesa sobre ustedes.

—Imbéciles —gritó Ben Lane con vez débil—. Si yo soy Ben Lane y estoy perfectamente vivo.

El agente sonrió irónicamente:

—Tendrá usted que probar primeramente que esa es su identidad —contestó.

En aquel momento el dirigible tocó el suelo, saltando los ocupantes de la barquilla.

Uno de los mestizos, que parecía ser el que mandaba a los demás, reunió a éstos y conferenció con ellos por espacio de algunos segundos.

—Tengan cuidado con esa gente —advirtió Doc Savage—. Son secuaces de Stroam.

El agente de la Policía Montada, que había hablado anteriormente, se encogió de hombros con incredulidad y abrió el abrigo con el fin de mostrar su uniforme:

—Somos agentes de la Policía Montada —gritó—. Acérquense. Naturalmente, sin armas.

Los secuaces de Stroam —Doc estaba seguro de que se trataba de individuos de esa calaña aun cuando no había visto a ninguno de ellos anteriormente— celebraron una nueva y breve conferencia y, luego, se acercaron.

—Tienen malos propósitos —advirtió nuevamente el Hombre de Bronce—. No los pierdan de vista ni un segundo, porque sus intenciones son siniestras.

—Será mejor que se calle usted —respondió uno de los agentes —. Al que no tenemos que perder de vista es a usted.

Doc Savage tenía los brazos en alto, pero a pesar de ello dio tres pasos a un costado, acercándose al trineo, sobre el cual estaba la caja que contenía distintos artefactos de su invención, que en más de una circunstancia de apremio le habían sacado de graves peligros.

Los agentes de la Policía Montada dedicaban su preferente

atención a la gente de Doc Savage, lo que era completamente natural, si se tiene en cuenta que sobre Monk y Ham pesaba la acusación de ser los asesinos de Ben Lane y de sus compañeros de viaje.

Por otra parte, los compañeros de Doc Savage habían sido vistos por los agentes, en los momentos en que hacían fuego contra el dirigible, con el evidente propósito de producir su caída.

Pensaron que se trataba de peligrosos delincuentes y que los tripulantes de la aeronave eran las víctimas atacadas por ellos con fines criminales, y este pensamiento fue su perdición.

Los hombres de Stroam pudieron acercarse, pues, hasta unos diez pasos sin provocar la menor sospecha de los representantes de la Ley.

No todos ellos eran mestizos, hallándose en el grupo dos europeos, que, por su ropa manchada de aceite indicaban claramente que habían ocupado los puestos de piloto y mecánico de la aeronave.

Cuando se encontraron a esa distancia, todos obraron simultáneamente.

Metieron las manos en los bolsillos de sus abrigos y sacaron unos tubos metálicos, que tiraron en dirección del lugar en que se encontraban Doc Savage, sus compañeros y los agentes de la Policía Montada.

Los tubos, que resultaron ser granadas de mano, tenían un dispositivo de tiempo que producía su explosión en un tiempo dado.

En el aire, durante su trayectoria, despidieron un líquido violáceo.

Tan pronto como tiraron las granadas, los hombres de Stroam dieron media vuelta y echaron a correr.

Los agentes de Policía lanzaron furiosas advertencias.

Tres de ellos dispararon sobre los prófugos, hiriendo a dos en las piernas.

El líquido, de color violáceo, iba convirtiéndose rápidamente en una especie de gas, que cayó sobre los agentes como una fina llovizna.

Su acción era peor que la del vapor de agua.

Los policías que estaban descuidados, cayeron redondamente al suelo, permaneciendo inmóviles.

Monk y Ham echaron a correr, tratando de escapar de los efectos del gas.

Solamente Doc Savage comprendió que esa actitud era completamente equivocada, por la simple razón de que no dispondrían del tiempo necesario para salir fuera de la zona de eficacia de aquellos gases.

Hasta Ben Lane trató de alejarse.

Pero los tres cayeron al suelo al cabo de pocos segundos, permaneciendo tan inmóviles como los agentes de policía.

Habeas Corpus corrió hacia ellos, lanzando exclamaciones de terror, y cayó también, quedando igualmente inmóvil.

Solamente Doc Savage echó a correr con un propósito, que, evidentemente, no era el de escapar.

Se lanzó sobre el trineo y sacó un objeto de la caja que guardaba sobre el mismo.

Después, se tiró boca abajo en la nieve.

Ésta era tan blanda, que el Hombre de Bronce quedó casi totalmente sepultado.

Los hombres de Stroam se detuvieron a alguna distancia.

—¿Está usted seguro de que el gas no llegará hasta aquí, señor? —preguntó uno de los mestizos a un blanco—. Bien sabe que se trata de un gas inodoro, de manera que no podremos darnos cuenta de su presencia hasta que sea demasiado tarde.

—No, no llega hasta aquí —aseguró el interpelado.

Entonces se detuvieron todos, asistiendo con una expresión irónica en sus rostros al espectáculo de los desmayos sucesivos de todos sus enemigos, que caían como heridos por el rayo, tan pronto como respiraban el gas.

—Peguémosles un tiro a esos policías —gritó uno de los mestizos, levantando ya el rifle para acompañar la acción a la palabra.

Pero el jefe de la banda le ordenó secamente:

—Baja esa arma. Bien sabes que Stroam es el único que puede hacer justicia aquí. Además, no conviene matar a los individuos de la Policía Montada.

Transcurrieron unos diez minutos.

Después, los hombres de Stroam avanzaron en dirección a sus enemigos.

—Recuerden —recomendó el cabecilla— que Stroam es el único que puede disponer de sus vidas.

—¿Y el Hombre de Bronce?

—Si está desmayado, se lo llevaremos a Stroam para que decida lo que quiere hacer con él. Ahora, si se resiste le sacaremos del medio.

Uno de los mestizos fue enviado hacia la barquilla del dirigible.

—Pide por radio ayuda para transportar a todos éstos —le ordenó su jefe.

En cuanto a Habeas Corpus, fue levantado por otro de los mestizos, quien, después de comentar jocosamente la gran fealdad del animal, lo lanzó con fuerza contra la nieve, sumergiéndose el cerdo en ella como una bala.

CAPÍTULO XXV

EL PLAN DE MUERTE

EL piloto y el mecánico del dirigible corrieron también hacia la barquilla para ver si el aparato de radiotelefonía estaba aún en condiciones de funcionar, comprobando que, efectivamente, se hallaba en buen estado.

Uno de los mestizos recordó, entonces, un detalle.

—Compañeros —gritó;— el Hombre de Bronce se tiró a la nieve con un aparato raro. Es preciso saber qué era. Parecía una caja.

Buscaron un rato, lo que dio por resultado el hallazgo de la caja metálica, en cuyo interior encontraron numerosos dispositivos raros.

—Son la caja mágica del Hombre de Bronce —exclamaron varios.

Los que habían ido hasta el lugar en que estaban los restos del dirigible regresaron con algunas cuerdas para sujetar a los desvanecidos informando al mismo tiempo que se habían puesto en comunicación con el Cuartel General, desde donde ya habrían salido, en aquellos momentos, trineos para buscar a los prisioneros.

En la tarea de atar a los prisioneros se puso especial cuidado, sobre todo en lo referente a Doc Savage.

El Hombre de Bronce no daba señales de vida.

Pocos minutos más tarde llegaron los trineos.

En ellos se cargaron inmediatamente a los prisioneros; los hombres informaron que Stroam deseaba que le fuesen llevados cuanto antes.

En lo que se refiere al dirigible, había manifestado que podría ser recogido posteriormente.

El viaje hasta el Cuartel General de la banda se efectuó con

bastantes dificultades, porque la nieve formaba una capa tan espesa, que el caminar por ella involucraba serias dificultades.

El llamado Cuartel General estaba compuesto por dos casas de madera, construidas con troncos, en el mismo valle que Ben Lane calificara de difícil de cruzar.

Las dos casas dejaban entre sí un espacio, que había sido cubierto por los costados con pieles, y que, evidentemente, cumplía las funciones de hangar para el dirigible.

Estaban emplazadas, además, justamente al pie de una elevada cuesta y no tenían chimeneas, circunstancia que indicaba que estaban dotadas con cocinas y estufas de gasolina o petróleo.

Sobre el techo de las casas veíase una antena.

Cerca de esas casas se encontraban dos aviones, de los cuales uno era grande y lento y el otro muy pequeño y de gran velocidad.

Evidentemente el primer aparato era de transporte y el segundo era el que Stroam había empleado para dirigirse tan rápidamente al Norte desde Nueva York.

—Stroam ha construido estas casas cerca de la sierra de Benlanium sin saberlo —dijo con una sonrisa uno de los mestizos.

—No —te preocupes— le contestó un compañero —. Sabe bien lo que hace.

Los trineos se detuvieron, finalmente, delante de la menor de las dos casas, a cuyo interior fueron transportados los prisioneros. Junto a la pared ya se encontraban varios otros prisioneros, sólidamente atados.

En efecto, hallábanse ya en ese lugar Renny, Long Tom, Johnny y los dos agentes de la Policía Montada del puesto de Sierra Nevada.

En cambio, no se veía ni rastro de la hermosa Midnat d'Avis y del capitán Stonefelt.

Al ver a Doc Savage, Renny lanzó un gruñido.

Long Tom y Johnny trataron inútilmente de librarse de sus ligaduras.

Los agentes de la Policía Montada permanecían indiferentes.

Los mestizos colocaron a los prisioneros a lo largo de la pared y revisaron cuidadosamente sus ligaduras, para estar seguros de que estaban fuertes.

No querían correr el riesgo de que alguno de esos hombres se

desatase.

Kulden penetró en la casa:

—Muchachos —dijo—. Stroam quiere verlos. Ha tenido una idea que resolverá todo el asunto. Dejen una guardia afuera.

—¿Y qué hacemos con los dos compañeros heridos en las piernas por los policías?

—Stroam cuidará de ellos.

Los hombres salieron, cerrando la puerta a sus espaldas.

En el interior de la casa se hizo inmediatamente una profunda oscuridad, la luz solamente tenía acceso a ella por medio de dos pequeñas aberturas, que apenas servían para asegurar una ventilación suficiente.

Renny gruñó nuevamente:

—¿Cuánto tiempo tardará Doc en despertar? —preguntó.

—Eso depende de la cantidad de gas que le hayan hecho respirar. Nosotros estuvimos desmayados casi durante dos horas —declaró Long Tom.

Renny quiso hacer un nuevo comentario, pero guardó silencio, sorprendido, cuando desde el rincón más oscuro de la habitación se escuchó una voz que parecía ser la suya propia y que decía:

—Guarden silencio, idiotas.

Renny quedó perplejo, pero fue solamente por espacio de un segundo, pues, inmediatamente, comprendió lo que había ocurrido.

Era Doc Savage quien había hablado.

El gigante de metal era un maestro en el arte de imitar la voz de uno de ellos para que el guardián, apostado en el exterior no descubriese el tono de su voz.

Doc Savage se incorporó.

En ningún momento había estado desvanecido. Tomando del interior de su caja metálica una máscara, habíasela colocado, lanzándose a la nieve y quitándosela cuando el gas había desaparecido y los agentes de Stroam vinieron a investigar.

Al escuchar la orden de que los prisioneros debían ser transportados con vida al Cuartel General, decidió fingir un desmayo, tirando la máscara, por considerar que, en el caso de querer guardarla de nuevo en la caja metálica, podría despertar sospechas.

Estaba seguro de que, por el momento, no corría ningún peligro

y quería averiguar adónde estaban sus compañeros.

Al atar a Doc, los mestizos estuvieron convencidos de que habían llevado a cabo esa tarea con toda maestría, pero el Hombre de Bronce había mantenido en tensión sus músculos, de manera que, al distenderlos nuevamente, eras ligaduras se aflojaron totalmente y pudo librarse de ellas sin ninguna dificultad.

Tan pronto como estuvo en libertad, Doc Savage prestó atención para cerciorarse de sí alguien se acercaba y, convencido de que nadie venía, se puso inmediatamente en acción, desatando a sus compañeros y a los agentes de la Policía Montada, después de recomendarles en voz baja que no se moviesen ni dijesen nada.

Terminada esta tarea, Doc se dirigió a Renny:

—¿Dónde están el capitán Stonefelt y la muchacha? —preguntó.

—Los secuaces de Stroam nos manifestaron que se los habían llevado para interrogarlos —contestó Renny.

—¿Y Habeas Corpus? —preguntó Monk.

—Está perfectamente —contestó Doc—. Lo dejaron abandonado en la nieve y no le ocurrirá nada...

Desde la otra casa llegó a sus oídos en aquel momento una voz chillona de mujer.

Era la de Midnat d'Avis.

Se escuchó un ruido de voces entre las cuales distinguieron una que no habían oído antes. Esas voces se acercaban, pudiendo deducirse de ellas que pertenecían a un hombre y a una mujer, que eran arrastrados hacia la casa contra su voluntad.

Pocos segundos más tarde se abrió la puerta y Midnat d'Avis fue lanzada violentamente al interior de la habitación.

Detrás de ella fue introducido con igual violencia un hombre de complexión ruda, nariz prominente y ojos celestes, de los cuales uno estaba tan hinchado, que casi permanecía cerrado.

Éste era el individuo cuya voz había sido desconocida para Doc Savage y sus compañeros.

Llevaba el uniforme de la Policía Montada, pero le había sido arrancada una manga.

La puerta volvió a cerrarse, sin que, gracias a la oscuridad, los hombres de Stroam se diesen cuenta de que los prisioneros estaban todos libres de sus ligaduras.

Midnat d'Avis gritaba desesperadamente.

—Señores —dijo,— han enviado a un individuo a la cima de la cuesta con dinamita para que produzca una avalancha que sepultará estas casas a una profundidad tal, que jamás serán encontradas.

Afuera se escuchaba la voz de Kulden que ordenaba:

—Carguen las cosas. Es necesario salir cuanto antes. Orden de Stroam. Tenemos que llevarnos también los aviones.

Doc Savage ya se había acercado a la puerta.

Ejerció presión contra ella, pero debió convencerse de que era demasiado sólida para ceder.

En cuanto a las ventanas, aun cuando merecieron por un momento la atención de Doc Savage, muy pronto perdieron todo interés para éste, pues comprendió que eran demasiado pequeñas para que pudiese pasar por ellas una persona.

Midnat d'Avis seguía gritando:

—Tenemos que echar abajo la puerta...

—Salgan de la puerta —ordenó Doc Savage.

Estas palabras fueron las primeras que escuchó la joven, revelándole la presencia del Hombre de Bronce.

Hasta entonces, la oscuridad había sido tan intensa, que no había reparado en que Doc Savage estaba allí. La autoridad de su voz le impuso silencio.

—Señor Savage, ¿está usted aquí? —preguntó con una voz que indicaba su consternación.

Todos los hombres que estaban en la habitación, comprendieron el significado de aquella consternación. Aquella joven estaba enamorada del Hombre de Bronce y el peligro de que él pudiese morir, la hacía padecer más que la perspectiva de perecer ella.

En cuanto a Doc Savage también comprendió lo que ocurría, pero guardó silencio.

Sus facciones permanecieron inmutables, pero en el fondo de su corazón sintióse bastante conmovido.

Doc Savage se sentó en el suelo y se sacó las polainas.

Por su lado interior, éstas no estaban forrabas de piel como las que habitualmente se emplean en aquellas regiones de intensos fríos, sino que parecían tener una simple capa de gamuza.

Pero aquella gamuza poseía cualidades especiales.

Doc Savage dobló el forro de las polainas, después de separarlo del cuero exterior y lo trenzó hasta formar un cordón, que colocó

debajo de la puerta.

Enseguida, mojó uno de los extremos.

—¡Atrás todos! —gritó, corriendo hacia el fondo de la habitación. Los demás le imitaron.

Todos los ojos permanecieron fijos en la puerta.

Sentíase un leve olor a quemado. El extremo del cordón, donde había sido mojado, púsose al rojo, y muy pronto se formó una pequeña llama. Una fracción de segundo más tarde, se produjo un estampido formidable, acompañado par una luz tan intensa, que todos tuvieron que cerrar los ojos y la puerta saltó hecha añicos...

CAPÍTULO XXVI

“HABEAS CORPUS” REAPARECE

DOC Savage cruzó el umbral de la puerta en tanto que volaban aún las astillas.

Kulden se encontraba a corta distancia, con un rifle entre las manos, pero no estaba en condiciones de hacer uso de él.

Estaba estupefacto. No podía hallar una explicación razonable, capaz de justificar aquella explosión.

Y es que, naturalmente, ni Kulden ni ninguno de sus compañeros hubiese podido jamás imaginarse que las polainas de Doc Savage estaban forradas de una sustancia que, arrollada y mojada, era sumamente explosiva, al punto de que se parecía al algodón pólvora.

Habían quitado al Hombre de Bronce todo lo que a aquel le hubiese podido servir para hacer fuego, incluso el encendedor de cigarrillos, que siempre llevaba consigo, aun cuando jamás fumaba.

Que la humedad, aplicada a ciertas sustancias químicas, está en condiciones de producir la combustión, era un fenómeno químico que, desde hace tiempo, habían olvidado, si es que alguna vez lo supieron.

En consecuencia, Kulden levantó la carabina demasiado tarde.

Antes de que pudiera hacer uso de ella, Doc Savage, convertido en un Némesis de Bronce, estuvo junto a él y le arrancó el arma de las manos.

El lugarteniente de Stroam era sumamente ágil.

Giró sobre sí mismo, dio un salto y salió a todo correr.

Doc Savage quiso lanzarse en pos de él, pero desde una de las ventanas de la casa vecina se inició un fuego tan nutrido, que prefirió buscar resguardo contra las balas detrás de la casa que

ocupaban los prisioneros hasta un momento antes.

Kulden penetró corriendo en la casa en que se encontraban sus compañeros... y Stroam.

Renny, Midnat d'Avis y los demás estaban ya fuera de su prisión.

La joven clavó los ojos en Doc Savage, permaneciendo extasiada, hasta que, comprendiendo que sus emociones estaban revelando sus sentimientos, se ruborizó intensamente y miró en otra dirección.

—Quédense detrás de la casa y escapen, guardando siempre la protección que ella les ofrece —indicó Doc.

Todos escaparon, con excepción de Midnat d'Avis, quien no quiso alejarse, hasta que no lo hiciese también Doc Savage.

Pero Monk la levantó en brazos y se la llevó.

Desde la otra casa, los rifles lanzaban su plomo destructor en forma ininterrumpida.

Una voz chillona ordenaba a la gente salir al exterior para hacer frente a Doc Savage.

Era la de Stroam. Doc Savage reconoció el mismo timbre de voz que escuchara en Nueva York, cuando daba instrucciones a Mahal.

Doc Savage asomó la cabeza detrás de la casa.

Un certero tiro inutilizó el cañón de un rifle, que en ese momento salía por una de las ventanas.

Pero, enseguida, Doc Savage dirigió la mirada hacia la cima de la cuesta, donde en aquel preciso instante el individuo, a quien se había encomendado la tarea de producir la avalancha, había disparado sobre él.

Un rápido y enérgico salto puso a Doc Savage fuera de peligro, pues la bala pasó por debajo de sus pies.

Doc, a su vez, trató de devolver aquel regalo de plomo, pero el otro era muy listo y cuidó de no ofrecer blanco.

El Hombre de Bronce inició la retirada.

En el interior de la casa, Stroam gritaba a sus hombres, tratando de convencerlos por todos los medios para que saliesen del interior e hiciesen frente a Doc al aire libre.

Pero sus secuaces tenían ideales más conservadores.

A su vez, Doc dirigió una mirada hacia arriba, comprobando que el sujeto que llevaba la dinamita, se acercaba al lugar donde se proponía colocar su bomba para producir el alud, pero cuidando siempre de conservar la protección de los peñascos para evitar que

Doc Savage pudiese alcanzarle con una bala.

El fondo del valle describía un círculo y Doc Savage calculó que aquel hombre tardaría pocos minutos en llegar al lugar que parecía haber elegido para colocar el explosivo a fin de producir el alud.

El Hombre de Bronce se detuvo entonces e hizo puntería con el mayor cuidado.

Cuando salió el tiro, el proyectil dio de lleno en una pequeña roca existente encima del lugar en que estaba el hombre del explosivo.

La roca en cuestión fue movida haciendo caer varias otras que estaban apoyadas sobre ella e iniciando de esa manera la avalancha, en forma lenta al principio, pero tomando cada vez mayores proporciones.

Doc observó al secuaz de Stroam, pero éste no reaccionó en la forma que había supuesto el Hombre de Bronce, es decir, retrocediendo ante el peligro que le amenazaba, sino que, entusiasmado por la idea de llevar a cabo la misión que le había sido encomendada, siguió corriendo, con el deseo de adelantarse a la avalancha, y poder alcanzar su posición.

Pero solamente transcurrieron unos segundos, antes de que el hombre comprendiese que su propósito no podría ser puesto en práctica.

Entonces, lanzando una exclamación, se volvió y quiso escapar.

Su prisa fue su perdición.

Perdió pié y comenzó a rodar por la cuesta abajo, pocos metros delante de la avalancha.

Unos segundos más tarde, unos gritos desgarradores anunciaron que había sido alcanzado por el torrente de piedras y nieve y un silencio profundo expresó su fin.

Sobre el ruido que producía la avalancha, se escuchó la voz de Doc Savage, quien gritaba:

—Stroam, escape.

Pero el malvado y sus hombres, creyendo que en la advertencia del Hombre de Bronce habría una intención oculta, prefirió quedarse en la casa.

—Escapen —gritó Doc nuevamente.

Los hombres de Stroam, comprendiendo el peligro en que se encontraban como consecuencia del alud que les venía encima y

que sepultaría totalmente la casa en la misma forma en que lo habría hecho en el supuesto caso de haberse colocado el explosivo, salieron presurosos de la casa y echaron a correr en todas direcciones, presos del pánico.

Kulden fue el primero en salir al exterior, seguido por los mestizos y, finalmente, por… el Capitán Stonefelt.

Pero este último no estaba atado ni amordazado, sino que escapaba junto con los demás.

Pero el castigo divino les alcanzó, se habían demorado demasiado y el alud cayó sobre ellos.

Un grito agudo indicó su agonía; un silencio profundo, su muerte.

Doc Savage, retrocediendo rápidamente para escapar a los efectos de los extremos de la avalancha, se reunió con sus compañeros.

Encontró que Ben Lane había perdido el conocimiento, por efectos del agotamiento y, también, por los agudos dolores que le producían las quemaduras de ácido, que tenía en el rostro.

El Hombre de Bronce le reanimó instantáneamente y entonces pudo comprender que su desvanecimiento se debía, en realidad, al horrible espectáculo que acababa de presenciar.

—Pobre Capitán Stonefelt —dijo—. No merecía esa muerte.

—Es verdad —comentó Monk—. Seguramente le habrán puesto en libertad para que pudiese correr con ellos, pero no lo hizo a tiempo para salvarse.

—Yo no creo que haya sido así —manifestó, a su vez, Doc Savage.

Y, dirigiéndose al desconocido, que llevaba también el uniforme de la Policía Montada, agregó:

—Caballero, creo saber quién es usted. Solamente deseo que confirme mi hipótesis. ¿No es, acaso, el Capitán Stonefelt usted?

—Sí, señor.

Todos quedaron perplejos.

—¿Pero, no ha muerto el Capitán Stonefelt en el alud? —preguntaron.

—No, señores —respondió Doc Savage—. Este caballero es el verdadero Capitán Stonefelt. El otro era Stroam.

—¿Y cómo pudo verificarse ese engaño? —preguntó Ham.

—Muy sencillamente —contestó el verdadero Capitán Stonefelt —. Como ustedes saben, hace pocos meses fui destinado al puesto de Sierra Nevada. Mientras realizaba el viaje para hacerme cargo de ese puesto, fui hecho prisionero por la gente de Stroam y éste asumió mi identidad y se presentó en el puesto. Como sabía que en esta época del año no podía venir ninguna inspección desde el resto del territorio, estaba perfectamente tranquilo. Por otra parte, como oficial de la Policía Montada estaba en inmejorables condiciones para llevar a cabo sus planes, por cuanto se encontraba en contacto directo con todo.

—Y yo que le pedí que se persiguiese a sí mismo —interrogó Lane—. Cómo debe haberse burlado de mí interiormente.

Doc Savage miró fijamente al Capitán Stonefelt.

—¿Y sabe usted por qué está aún con vida? —inquirió.

—Sí, porque el tal Stroam no sabía gran cosa de las tramitaciones policiales y de las tareas inherentes al cargo que estaba desempeñando. En consecuencia, necesitaba que yo estuviese a su alcance para poder interrogarme. Cuando ya no me hubiera necesitado, seguramente me habría matado, como a los demás.

—¿Y tú no estás sorprendido, Doc? —preguntó Renny.

—No —replicó el Hombre de Bronce—. ¿Recuerdan ustedes cuando les dije haber descubierto extraños círculos en el piso, detrás de la cortina, en la oficina de Mahal en Nueva York? ¿Recuerdan que les manifesté que ese círculo había sido descrito, distraídamente, por un hombre, con la punta del zapato?

—Sí recuerdo —declaró Monk.

—Bien, el falso Capitán Stonefelt tenía la costumbre de dibujar círculos.

Todos asintieron.

Midnat d'Avis se acercó entonces a Doc Savage:

—Muchas gracias, señor —dijo—, por habernos salvado la vida a todos.

Doc Savage se mostró un tanto confundido.

Aquella joven era muy hermosa y el Hombre de Bronce temía caer víctima de sus encantos.

En consecuencia, decidió encomendar a Monk la tarea de persuadirla de que no debía forjarse ilusiones acerca de una luna de miel al lado de él, porque estaba resuelto a seguir su misión y no

quería que sus aventuras produjesen algún día el duelo de una mujer, y menos aún, de una que estuviese enamorada de él.

Además, esperaba a Doc Savage otra tarea importante: la de restaurar las facciones de Ben Lane, cosa que el Hombre de Bronce esperó poder lograr sin mayores dificultades, gracias a sus conocimientos de la medicina estética.

En este sentido, Ben Lane pareció leer sus pensamientos:

—Sr. Savage —dijo de pronto—, he decidido entregar la mitad de la fortuna que representa la tierra de Benlanium a usted y a sus compañeros.

Pero Doc Savage no estaba conforme con ello.

Jamás aceptaba recompensas en dinero, porque él disponía de una fortuna fabulosa.

Cuando se le hacía una donación, destinaba esos recursos a alguna obra de beneficencia.

En este caso, reflexionó que el mejor programa que podría llevarse a cabo con el dinero que resultaría de la venta del Benlanium sería el de construir líneas férreas en el Norte del Canadá, una región rica en yacimientos minerales y con toda clase de posibilidades agrícolas.

Los nuevos medios de transporte darían lugar al desarrollo de las actividades industriales y con ellas vendría trabajo y pan para muchos miles de hogares.

Lo que menos pensó Doc Savage, mientras estaba allí, reflexionando sobre el futuro, que habría de partir muy pronto con destino a Europa y que, antes de ver construidos los ferrocarriles que donaba al Canadá, habría de correr una aventura mayor aún que la pasada en un pequeño reino del Viejo Mundo, donde tendría que vérselas con un criminal más perverso que Stroam.

Monk paseó la mirada por el valle, en gran parte obstruido por el alud.

De pronto su mirada vaga se concentró sobre un punto fijo.

Y, un segundo más tarde, una exclamación de alegría escapó de entre sus labios:

—Ahí viene “Habeas Corpus” —gritó—. Yo temí que hubiese muerto…

Y, en efecto, el cerdo-mascota se acercaba a ellos, con las orejas extendidas como las alas de un avión…

—Esta es, para mí, la mejor recompensa —terminó diciendo el químico.

FIN

Título original: *Mystery on the Snow*